

El libro de Marco Polo

Marco Polo

El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón

Prólogo

En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo y verdadero amén. Comienza el prólogo al libro de micer Marco Polo de Venecia sobre las costumbres y cualidades de las regiones de Oriente, traducido del vulgar al latín por fray Francisco de Pepuris de Bolonia.

Yo, fray Francisco de Pepuris de Bolonia, de los frailes predicadores, me veo forzado por muchos padres y señores míos a trasladar de lengua vulgar al latín en verídica y fiel traducción el libro del prudente, honorable y muy fiel micer Marco Polo de Venecia sobre las costumbres y cualidades de las regiones de Oriente, publicado y escrito por él en nuestro vulgar, a fin de que tanto los que gustan más del latín que del romance como los que no pueden entender en absoluto o difícilmente la propiedad de otra lengua, por la total diferencia del idioma o por la diversidad de giros, lo lean ahora con mayor deleite o lo comprendan con más presteza. Además, los que me obligaron a tomar este trabajo no podían hacerlo del todo por sí mismos, ya que, entregados a más alta contemplación y prefiriendo lo sublime a lo ínfimo, rehusaban tanto entender como escribir de cosas terrenas. En consecuencia, por acatar sus mandados, vertí el contenido de esa obra fiel e íntegramente en un latín llano y paladino, pues ese estilo requería la materia del presente libro. Y para que no parezca tal labor huera e inútil, pensé que de la lectura de este volumen los hombres fieles podrían obtener de Dios el merecimiento de muchas gracias, ya que, al contemplar las obras del Señor, maravillosas por la variedad, hermosura y grandeza de sus cria-

turas, admirarán con devoción su poder y su sabiduría; o al ver a los pueblos gentiles envueltos en tan densas sombras de ceguera y en tan grandes indecencias darán gracias a Dios, que, alumbrando a sus fieles con el resplandor de la verdad, se dignó llamarlos de tan peligrosas tinieblas a su admirable luz; o condoliéndose de su ignorancia rogarán al Señor por la iluminación de sus corazones; o se confundirá la desidia de los cristianos no devotos, ya que los pueblos infieles están más dispuestos a venerar a sus ídolos que muchos de los que han sido sellados con el hierro de Cristo a honrar el verdadero culto de Dios; también podrán ser incitados los corazones de algunos religiosos al acrecentamiento de la fe cristiana, y llevarán con la ayuda propicia de Dios el nombre de nuestro Señor Jesucristo, entregado al olvido en tan grande multitud de pueblos, a las naciones ciegas de los infieles, donde la mies es mucha y pocos los obreros. Por otra parte, para que muchas cosas nunca oídas e insólitas Para nosotros, que se cuentan en este libro en multitud de pasajes, no parezcan increíbles a un lector poco avisado, han de saber cuantos lo leyeren que micer Marco, el que las relata, es un hombre discreto, fiel y devoto y adornado de honestas costumbres y que goza de buen crédito ante todos sus amigos, de modo que su relación, por el refrendo de tantas virtudes, es digna de fe. Su padre, micer Nicolás, varón de prudencia suma, refería igualmente punto por punto las mismas cosas; también su tío micer Mateo, del que hace mención este libro, hombre maduro, devoto y sabio, hallándose en trance de muerte aseguró con firmeza constante a su confesor, en una conversación íntima, que este libro contenía en todo la verdad. Por esta razón tomé el trabajo de traducirlo con la conciencia más tranquila, para consuelo de los que lo lean y loor de nuestro Señor Jesucristo, creador de todas las cosas visibles e invisibles.

Libro primero **Empieza el libro primero de micer Marco de Venecia.**

Capítulo primero

En el tiempo en que el príncipe Balduino tenía el cetro del imperio de Constantinopla, en el año de la encarnación del Señor de mccc, dos nobles y prudentes hermanos, vecinos de la ínclita ciudad de Venecia, se embarcaron de común acuerdo y concierto en el puerto de Venecia en su propia nave, cargada de diversas riquezas y mercancías, y pusieron rumbo a Constantinopla al soplo de un viento favorable bajo la guía de Dios. El mayor de edad se llamaba Nicolás, el otro Mateo, y su estirpe se decía de la casa de Polo. Después de despachar sus asuntos pronta y felizmente en la ciudad de Constantinopla, zarparon de allí en busca de mayor ganancia y arribaron al puerto de una ciudad de Armenia que se llama Soldada, de donde, hecho acopio de joyas preciosas, se dirigieron por consejo que les fue dado a la corte de un rey de los tártaros, de nombre Barka, a quien ofrecieron todos los regalos que llevaban; y el les dispensó por su parte una benigna acogida, pues, en compensación, les dio ricos y más valiosos presentes. Cuando llevaban ya un año de estancia en su reino y querían tornar a Venecia, de pronto estalló una nueva y gran contienda entre el susodicho monarca y otro rey de los tártaros, llamado Man. Al trabar combate entre sí los ejércitos de uno y otro, resultó vencedor Man y la hueste del rey Barka sufrió un no pequeño descalabro. Por esta razón, tras ponderar los peligros, les quedó cortado el camino de volver a su patria por la vía anterior, y después de deliberar sobre la mejor manera de regresar a Constantinopla, les fue forzoso rodear el reino de Barka por la ruta opuesta. Así llegaron a la ciudad llamada Onchata, y saliendo de ella cruzaron el río Tigris, que es uno de los cuatro ríos del Paraíso, y atravesaron un desierto sin encontrar durante xvii jornadas ni ciudad ni aldea, hasta que llegaron a una ciudad muy buena que se llama Bochaya en la región de Persia, en la que gobernaba un rey por nombre Barach. Allí residieron tres años.

Capítulo segundo

De cómo fueron a la corte del gran rey de los tártaros

En aquel tiempo llegó a Bochara un varón de suma prudencia enviado por el susodicho monarca al gran rey de los tártaros, y al encontrar allí a unos hombres ya del todo versados en la lengua tártara, se alegró sobremanera, porque nunca había visto otros hombres latinos, a los que sin embargo ansiaba ver de todo corazón. Una vez que tuvo durante muchos días conversaciones y trato con ellos y comprobó sus agradables maneras, los invitó a que fuesen con él ante el gran rey de los tártaros, prometiéndoles que obtendrían muy grandes honores y muy pingües beneficios. Ellos, viendo que no podrían volver durante largo tiempo a su patria sin peligro, emprendieron con él el viaje encomendándose a la protección de Dios y llevando como compañeros a unos criados cristianos que habían traído consigo de Venecia. Al cabo de un año llegaron ante el gran rey de todos los tártaros, que se llamaba Cublay, que en su lengua se decía Gran Kan, que significa en la nuestra «gran rey de reyes». El motivo de tan gran tardanza en el viaje fue que les resultó preciso esperar en el camino, a causa de las nevadas y las crecidas de los ríos y de los torrentes, a que se deshela la nieve que había caído en demasía y menguasen las aguas que se habían desbordado. Su camino durante aquel año fue siguiendo el viento aquilón, que los venecianos llaman en su lengua «tramontana». Todo lo que vieron en su curso será descrito por orden en este libro.

Capítulo tercero **De cómo hallaron gracia ante el susodicho rey**

Cuando fueron introducidos en presencia del Gran Kan, el rey, que era afable en extremo, los acogió con alegría, y les preguntó muchas veces sobre las cualidades de las regiones de Occidente, sobre el Emperador de romanos, sobre los reyes y los príncipes cristianos, sobre cómo se guardaba la justicia en sus reinos y de qué manera hacían la guerra. Les inquirió también con insistencia sobre las costumbres de los latinos, y ante todo les interrogó con más ahínco todavía acerca del Papa de los cristianos y el culto de la fe cristiana. Aquéllos, a fuer de hombres prudentes, dieron sabia respuesta a cada cuestión, por lo que el soberano ordenaba que fueran llevados a menudo a su presencia, y hallaron gracia ante sus ojos.

Capítulo cuarto

De cómo el rey los envió al Romano Pontífice

Un día el Gran Kan, tras celebrar consejo con sus barones, rogó a los hombres susodichos que, por afecto hacia él, regresasen al Papa con uno de sus barones, que se llamaba Cogatal, para pedir de su parte al Sumo Pontífice de los cristianos que le enviase a cien letrados cristianos, que le supiesen enseñar con su doctrina de manera razonada y discreta si era verdad que la fe de los cristianos era la mejor de todas, que los dioses de los tártaros eran demonios, y que ellos y los demás orientales estaban engañados en el culto gentílico; pues deseaba escuchar de manera fundada qué fe se había de guardar con mayor motivo. Como se postraron humildemente ante él, diciendo que estaban prestos a cumplir su entera voluntad, el rey ordenó escribir una carta al Romano Pontífice en lengua de los tártaros, que les confió para que fuesen portadores de ella. También mandó que se les entregara una chapa de oro en testimonio de fe, que estaba grabada y sellada con el sello del rey, según la costumbre de su cancillería; el que la lleva debe ser acompañado con toda su comitiva sano y salvo de un lugar a otro por todos los gobernadores de las ciudades sometidas a su imperio, y se debe atender totalmente a sus gastos y necesidades todo el tiempo que quiera permanecer en una ciudad o en una villa. Además les encargó el rey que, a su vuelta, le trajesen aceite de la lámpara que pende ante el Sepulcro de Nuestro Señor Jesús en Jerusalén, pues creía que Cristo se encontraba en el número de los dioses buenos. Después de haber sido despachados con honores en la corte del rey y recibido su permiso, emprendieron el camino llevando la carta y la chapa de oro. Al fin de cabalgar durante xx jornadas, el barón Cogatal, que iba en su compañía, cayó gravemente enfermo, de forma que por la voluntad de él mismo y el consejo de muchos continuaron su ruta abandonándolo; pero en todas partes fueron recibidos con reverencia a causa de la chapa de oro que tenían. Les fue preciso retrasar el viaje por haber encontrado los ríos desbordados en muchos parajes, pues estuvieron tres años de camino antes de poder llegar al puerto de la ciudad de Armenia que se llama Glasa. Partiendo de Glasa llegaron por mar a Acon en el mes de abril del año de mcclxxii.

Capítulo quinto

De cómo esperaron en Venecia la elección del Sumo Pontífice

Cuando entraron en Acon se enteraron de que el señor Papa Clemente cuarto acababa de morir, noticia que los llenó de grandísima pesadumbre. Estaba entonces en la ciudad de Acon un legado de la sede apostólica, el señor Teobaldo, de los Visconti de Placencia, al que narraron todas las cosas por las que habían sido enviados por el Gran Kan. Su consejo fue que aguardasen la designación de Sumo Pontífice. Así marcharon a Venecia a ver a los suyos, para esperar allí a que se crease nuevo Papa. Cuando llegaron a Venecia, halló micer Nicolás que su mujer, que estaba embarazada a su partida, había muerto, y se encontró con un hijo llamado Marco, que tenía ya xv años de edad, que había nacido de su mujer después de su marcha de Venecia. Este Marco es el que compuso este libro; cómo supo todas estas cosas se aclarará más abajo. Mientras tanto, se prolongó tanto la elección del Sumo Pontífice que permanecieron en Venecia dos años esperando todos los días su proclamación.

Capítulo sexto

De cómo regresaron al rey de los tártaros

A cabo de dos años, temiendo los mensajeros del susodicho rey que el monarca se enojase por su excesiva tardanza y pensara que no querían volver más a su presencia, tornaron a Acon, llevado consigo al susodicho Marco. Al visitar el Sepulcro el Señor, recibieron con permiso del legado apostólico aceite de la lámpara del Sepulcro, como había pedido el rey. Y llevando una carta del legado para el soberano, en la cual testificaba que habían cumplido fielmente su misión y que todavía no se había proveído a la Iglesia Romana de pastor, fueron a Glaza. Nada más salir ellos de Acon, el legado susodicho recibió emisarios de los cardenales para anunciarle que había sido él el elegido como Sumo Pontífice, y se puso por nombre Gregorio; y despachando inmediatamente mensajeros en pos suyo los hizo llamar y a su vuelta los acogió con júbilo, y les entregó otra carta para el rey de los tártaros y desde Acon envió con ellos a dos frailes de la Orden de los predi-

cadores, hombres letrados y virtuosos, uno de los cuales se llamaba fray Nicolás de Vincencia, el otro Guillermo de Trípoli. Cuando llegaron a Glaza, el Sultán de Babilonia atacó con su ejército a los armenios. Así, los frailes, terniendo no poder llegar al rey de los tártaros por los peligros de la guerra y los azares de los caminos, se quedaron en Armenia con el Maestre del Temple, ya que muchas veces estuvieron en trance de morir. Por su parte, los enviados del rey, exponiéndose a todos los peligros, llegaron tras múltiples penalidades ante el monarca, al que encontraron en la ciudad que se llama Cleuenfu. Desde el puerto de Glaza hasta Cleuenfu estuvieron de camino tres años y medio, pues bien poco podía prosperar su viaje en invierno a causa de las nieves y las aguas torrenciales y los fríos intensísimos. El rey Cublay, al oír de lejos su retorno, envió mensajeros a su encuentro a xi jornadas de distancia, que hicieron por mandato especial del Kan que se los proveyese durante el camino de todo lo necesario con largueza suma.

Capítulo séptimo **De cómo fueron recibidos por el rey**

Cuando llegaron a la corte del rey, entraron a su presencia y se postraron ante él con gran acatamiento. El, acogiéndolos con alegría., les mandó ponerse en pie y narrar cómo les había ido en el viaje y qué habían tratado con el Sumo Pontífice. Al contarle y referirle todo y presentarle la carta del Papa Gregorio, el monarca recibió la misiva del Sumo Pontífice con júbilo y encomió su leal diligencia; tomó el aceite de la lámpara de nuestro Señor Jesucristo con devoción y mandó que se guardara con gran honra, y preguntó acerca de Marco quién era. Al oír que era hijo de micer Nicolás lo saludó con semblante complacido y contó a los tres entre sus privados, por lo que todos los cortesanos los trataban con gran deferencia.

Capítulo octavo
De cómo Marco, hijo de micer Nicolás, creció en gracia del rey

Marco aprendió en poco tiempo las costumbres de los tártaros y también cuatro varias y diferentes lenguas, de suerte que sabía leer y escribir en cualquiera de ellas. Después, queriendo poner a prueba su prudencia, el soberano lo envió por un asunto del reino a una región lejana, a la que se tardaba en llegar seis meses. El se comportó con tal cordura en todo, que el rey recibió con general complacencia cuanto había realizado. Y como el monarca gustaba de preguntar las novedades de maneras y costumbres de los hombres y las cualidades de las tierras, Marco, por donde pasaba, procuraba informarse de tales novedades, para poder satisfacer la voluntad del soberano. Por este motivo, durante los xvii años que fue privado suyo, fue tenido en tanto aprecio por el rey, que lo despachaba de continuo a importantes negocios del reino. Así, pues, ésta es la razón por la que el susodicho micer Marco aprendió las novedades de las partes de Oriente, que serán descritas con mayor detenimiento más abajo.

Capítulo noveno
De cómo después de muchos años obtuvieron del rey licencia para volver a su patria

Después los susodichos señores, deseando regresar a Venecia, pidieron muchas veces licencia al rey, que mal podía acceder a concederla por el gran afecto que les profesaba. Mientras tanto, llegaron a la corte del gran Kan Cublay los barones de un rey de la India llamado Argón, uno de los cuales se llamaba Oulatoy, otro Alpusta y el tercero Coila, pidiendo de parte de su señor que le entregara una mujer de su estirpe, ya que había muerto recientemente su esposa, la reina Volglana. El rey Cublay los recibió con grandes honores y les ofreció una doncella de su linaje de xvii años, llamada Cogatim. Ellos, tomándola en nombre de su señor con gran agradecimiento, y sabedores de que los miceres Nicolás, Mateo y Marco anhelaban volver a su patria, suplicaron por merced al soberano que, en honor del rey de Argón, los enviase a ellos tres con la reina y que, si

querían regresar de allí a su casa, les concediese permiso al efecto. El rey, vencido por el insistente ruego de los nobles, no pudo negarse a sus deseos, pero dio un triste consentimiento a su petición.

Capítulo décimo De cómo volvieron a Venecia

Cuando llegó la hora de emprender el viaje, el rey hizo aprestar xiv naves con todo lo necesario y mantenimientos para dos años. Cada una de ellas tenía cuatro mástiles con cuatro velas. Y con ellos se despidieron del rey, que recibió gran pesar de su partida y les entregó dos chapas de oro, para que se atendiera a su protección y a sus gastos en todas las provincias sometidas a su señorío. Les encomendó además una embajada para el Sumo Pontífice y algunos reyes de los cristianos. Después de navegar tres meses arribaron a la isla llamada Jana. A continuación, tras surcar el mar Indico durante un año y medio, llegaron a la corte del rey Argón, al que hallaron muerto. La doncella que llevaban para el rey Argón la tomó como esposa su hijo. Allí, haciendo balance de los compañeros que habían muerto en el camino, encontraron que, salvando a los tripulantes, había habido en su comitiva ochenta y dos bajas; en total eran sin contar los marineros seiscientos hombres. Al partir de allí adelante recibieron cuatro chapas de oro del príncipe, llamado Achatu, que regía el reino en nombre del niño, que todavía no estaba en condiciones de gobernar, para que en todo su imperio fueran honrados y acompañados sin sobresaltos. Así se hizo muy bien. Al cabo de largo tiempo y de muchas fatigas, llegaron bajo la guía de Dios a Constantinopla. De allí tornaron sanos y salvos a Venecia con muchas riquezas y un gran séquito en el año del Señor de mcccxcv, dando gracias a Dios que los había librado de tantos trabajos y peligros. Se ha escrito todo esto en el libro primero para que el que lea esta obra sepa cómo y de qué manera pudo conocer micer Marco Polo de Venecia lo que se refiere después. Estuvo el susodicho Marco en las partes de Oriente xxvi años, calculado todo este tiempo con exactitud por él mismo.

Capítulo undécimo

Descripción de las regiones de Oriente, y primero de Armenia la Chica

Hecha la relación de nuestros viajes, pasará a contar lo que vimos. Primero describiré brevemente Armenia la Chica. Hay dos Armenias, la Grande y la Chica. El reino de Armenia la Chica es tributario de los tártaros. Allí encontramos a un rey que guardaba justicia. Ese reino tiene muchas ciudades y villas. Es una región fértil y placentera. Hay caza abundante de animales y de aves. El aire es muy sano. Los habitantes de esta Armenia fueron en la Antigüedad guerreros arrojados; ahora se han convertido en borrachos y cobardes. Hay allí a la ribera del mar una ciudad que se llama Glaza, que tiene puerto de mar, a la que acuden numerosos mercaderes de Venecia, de Génova y de otras muchas regiones. También se llevan a ella desde el interior muchas mercancías de especias de diversas clases y otros preciosos tesoros. Asimismo van a Glaza los que quieren entrar en las tierras de Oriente.

Capítulo duodécimo

De la provincia de Turquía

Turquía alberga una multitud abigarrada de gentes varias: griegos, armenios y turcos. Los turcos tienen su propia lengua y adoran la ley del abominable Mahoma. Son hombres zafios y rudos; habitan en las montañas y colinas donde puedan encontrar mejor pasto. Poseen grandes rebaños de jumentos y de ovejas. Alcanzan allí gran precio los caballos y los mulos. Los armenios y griegos que pueblan la región residen en las ciudades y villas. Tejen de manera admirable la seda. Tienen muchas ciudades, entre las cuales las principales son Garno, Cassene y Sebasta. Allí recibió martirio por Cristo San Blas. Están sometidos a uno de los reyes de los tártaros.

Capítulo décimotercero De Armenia la Grande

Armenia la Grande, tributaria de los tártaros, es una inmensa comarca que tiene muchas ciudades y villas. La ciudad metropolitana se llama Acinga, donde se confecciona un bocarán excelente. Sale allí a borbotones agua hirviendo, con la que hacen muy excelentes baños. Las dos ciudades principales son Argiron y Argiri. Durante el verano moran allí muchos tártaros con sus rebaños y ganados, ya que hay pastos muy pingües; en el invierno bajan de la montaña, a causa de las grandes nevadas. En las sierras de esta Armenia está el arca de Noé. La región limita al oriente con la provincia de Mosul; al aquilón hay una gran fuente de la que fluye un líquido semejante al aceite, que no sirve para la comida, pero que es excelente para ungüentos y lámparas. Todos los pueblos comarcanos usan este líquido para unciones y candiles, pues de esta fuente mana en tan gran abundancia, que se cargan de él al tiempo cien naves.

Capítulo décimocuarto De la provincia de Zorzania

La provincia de Zorzania es tributaria del rey de los tártaros. Se cuenta que los monarcas de los zorzanos nacían antaño con la señal de un águila sobre el hombro. Los zorzanos son hombres hermosos y muy diestros flecheros; son cristianos y guardan el rito de los griegos. Llevan el pelo corto como los clérigos. Se refiere que Alejandro Magno, al pretender pasar a los zorzanos, ya que es preciso que los que quieren entrar por la parte de oriente franqueen un camino estrecho de cuatro leguas de longitud, que por un lado cierra el mar y por otro las montañas, de suerte que un puñado de hombres impide el paso de grandes ejércitos, Alejandro, digo, al no poder pasar a su tierra quiso prohibirles la entrada en la suya, y al comienzo del camino levantó una torre fortísima que llamó «Puerta de hierro». En esta provincia hay muchas ciudades y aldeas que abundan en seda, y se hacen allí muy bellos paños de seda y de oro. Los azores son excelentes. La tierra es fértil. Los hombres de la región son mercaderes y artesanos. Está allí el cenobio

de monjes de San Leonardo de oriente, junto al cual se extiende un gran lago; en él, desde el primer día de Cuaresma hasta el Sábado Santo, se pescan peces en gran abundancia, mientras que en el restante tiempo del año es imposible de todo punto encontrar pescado. Aquel lago se llama mar de Geluchelam y tiene ccvi millas de circunferencia, y dista de todos los mares xii jornadas. En estos lagos entra el río Eufrates, uno de los cuatro ríos del Paraíso, y otros muchos ríos, de todos los cuales se forman lagos, que están cercados por doquier de montañas. En esta región se da la seda que se llama en romance «ghella».

Capítulo décimoquinto Del reino de Mosul

El reino de Mosul se encuentra al oriente en la frontera de Armenia la Grande. En él habitan árabes que adoran a Mahoma; hay también allí muchos cristianos nestorianos y jacobitas, a los que preside el gran patriarca, que se denomina «iacolich». Se hacen paños muy galanos de oro y de seda. En las montañas de este reino moran unos hombres que se llaman Cardy, de los cuales unos son nestorianos, otros jacobitas y otros guardan la ley de Mahoma; todos ellos son redomados bandoleros.

Capítulo décimosexto De la ciudad de Baldach

En aquella región se encuentra la ciudad de Baldach que en las Escrituras se nombra Susis, donde habita el mayor prelado de los sarracenos, que dicen «califa». Se hacen allí paños muy bellos de oro de diversas maneras, e igualmente de seda, asimismo de diversas maneras, a saber, nassit, nac y carmesí. Baldach es la ciudad más noble de aquella región. En el año de la encarnación del Señor de mccl el gran rey de los tártaros Alau la sitió y la tomó por la fuerza, aunque en el interior había más de cien mil jinetes; pero

el ejército del Kan era también numeroso a maravilla. El califa que señoreaba en ella tenía una torre repleta de oro, plata, piedras preciosas y otras maravillas de inmenso valor; pero como era un avaro y no supo aprestar un ejército suficiente ni dio galardones a los soldados que mandaba, por ello sufrió el desastre, ya que el rey Alau tomó la ciudad y prendió al califa, al que ordenó encerrar en la torre de aquel tesoro inestimable privado de bebida y alimento. Y le dijo: «De no haber guardado estas riquezas con avaricia y avidez, hubieses podido salvarte a ti mismo y librar la ciudad. ¡Que ahora te socorra ese tesoro tuyo que amaste con tanta codicia!». Al cuarto día murió de hambre. A través de la ciudad de Baldach corre un río enorme, por el que se va hasta el mar Indico, que dista de Baldach dieciocho jornadas; navegan por él mercaderes sin cuento; acaba en la ciudad de Chisi. En medio de Baldach y Chisi se halla la ciudad de Basera, que está rodeada de palmares, en los que hay grandísima abundancia de dátiles afamados.

Capítulo décimoséptimo De la ciudad de Thaurisio

En aquella región está Taurisio, ciudad famosísima donde se hacen tratos innumerables. Hay también allí abundancia de gemas y de toda suerte de piedras preciosas. Se hacen paños de oro y de seda de valor sin ponderación. La ciudad goza de un emplazamiento inmejorable, por lo que acuden allí los mayores mercaderes de todas partes, a saber, de la India, de Baldach, de Mosul y de Cremosar, y también de tierras de los latinos y de regiones infinitas, y en ella se enriquecen muchos comerciantes. Un pueblo numerosísimo habita el país * * *. Hay también ciudadanos persas. Los vecinos de Taurisio adoran a Mahoma. La ciudad está cercada de huertos hermosísimos, que dan frutos abundantes y excelentes.

Capítulo décimooctavo Del milagro de la traslación de un monte

En aquellas sierras, es decir, entre Taurisio y Baldach, hay un monte que fue trasladado antaño de un lugar a otro por el poder de Dios. Querían los sarracenos mostrar que el evangelio de Dios era vano, porque el Señor dice: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza y dijerais a este monte; ‘Vete allí’, irá y nada será imposible para vosotros»; por tanto, dijeron a los cristianos que habitaban bajo su dominio que trasladasen en el nombre de Cristo ese monte o se convirtiesen todos a Mahoma; si no, perecerían todos por la espada. Entonces un hombre devoto, confortando a los cristianos, profirió con fe una oración al señor Jesucristo y trasladó al lugar señalado el monte aquel, ante la vista de multitud de pueblos. Por esta causa muchos sarracenos se convirtieron a Cristo.

Capítulo décimonono De la región de los persas

Persia es una inmensa provincia que antaño fue famosísima, y ahora está muy asolada por los tártaros. En una región de Persia se adora como dios el fuego. La provincia tiene ocho reinos; el primero se llama Casium, el segundo Turdistam, el tercero Locer, el cuarto Ciesltam, el quinto Istauiths, el sexto Zeirizi, el séptimo Sontara y el octavo, que está en la frontera, se llama Thimochaim, donde se crían corceles grandes, hermosos y de gran precio, pues el precio de un caballo, asciende al valor de doscientas libras torneses. Los tratantes los llevan a las ciudades de Chisi y Curmose, que están en la costa del mar Indico, y de ellas los transportan a la India. Los asnos son allí igualmente hermosísimos, y por su bella estampa se venden al precio de treinta marcos de plata y más. Van al paso con prestancia y galopan muy bien. En estas regiones los hombres son grandísimos bellacos, amigos de peleas, bandoleros y homicidas. Muchos mercaderes han perecido a manos de los salteadores, por lo que es preciso que vayan armados y viajen juntos en grandes caravanas. Guardan la ley del miserable Mahoma. En las ciudades hay artesanos excelentes que trabajan de modo admirable

en oro, en seda y en muchos tejidos. Hay en ellas abundancia de algodón, de trigo, de cebada, de mijo, de panizo, de grano, de vino y de todos los frutos.

Capítulo vigésimo De la ciudad de Yassi

Yassi es una ciudad grande en aquella región, de gran trato de mercaderías. Allí trabajan de manera primorosa los artesanos en seda. También en ella se adora a Mahoma. Pasada Yassi, durante siete jornadas en el camino a Crerman no hay poblados. En las llanuras se encuentran bosques en los que se puede cabalgar a placer, donde hay mucha caza; hay asnos salvajes y codornices en gran abundancia. Después se llega a Crerman.

Capítulo vigésimo primero De la ciudad de Crerman

Crerman es una ciudad donde se encuentran en abundancia turquesas en los montes. Tienen también gran cantidad de acero y de andánico. Hay asimismo halcones muy reputados que vuelan raudos a maravilla; son menores que los halcones peregrinos. En Crerman hay artesanos que labran frenos, espuelas, sillas, espadas, arcos, carcajes y otros tipos y géneros de armas a la usanza de la región. Las mujeres de la ciudad trabajan también con gran primor en el tejido de cojines y hacen colchas bellísimas y almohadas de gran precio. Desde Crerman se va durante siete jornadas por una llanura, cuya tierra es pacífica. Hay allí ciudades y aldeas y se hallan perdices en suma abundancia. Después de las siete jornadas comienza una pendiente tan grande, que durante dos jornadas se marcha siempre cuesta abajo, en la que crecen numerosos árboles de mucho fruto; sin embargo, no hay ningún poblado salvo de pastores, y hace allí en invierno un frío intolerable.

Capítulo vigésimo segundo **De la ciudad de Camandu**

Después se llega a una gran llanura donde se alza la ciudad de Camandu, que antaño fue muy floreciente y ahora está destruida por los tártaros. La región se llama Rotbarle. Hay allí dátiles, pistachos y manzanas del Paraíso en grandísima abundancia; crecen también muchos otros frutos que no se dan entre nosotros. Hay aves que se llaman francolíes de color mezclado, es decir, blanco y negro, aunque tienen las patas y el pico de color rojo. Hay bueyes muy grandes que tienen el pelo blanquísimo, corto y liso; sus cuernos, pequeños y gruesos, carecen de punta; sobre el lomo tienen córcova como los camellos; son fortísimos y soportan grandes pesos; a la hora de ser cargados se arrodillan como los camellos, y una vez que han recibido la carga se levantan, como les han enseñado los hombres. Hay allí carneros grandes como asnos que tienen una cola grandísima, larga, gruesa y de muchas libras de peso; son gordos y muy bellos y excelentes para comer. Pueblan esta llanura muchas ciudades y villas que tienen muros de adobe muy gruesos y fuertes, ya que en aquella región hay multitud de bandidos que se llaman caroanas y obedecen a un rey. Son hechiceros, y cuando quieren saquear una región hacen con arte diabólica que se entenebrezca el aire de día en una extensión tan gran de que nadie los pueda ver, y en algunas ocasiones mantienen esta oscuridad siete días; entonces salen al campo aquellos bandidos, a veces en número de diez mil, y se despliegan en largas haces, uno junto a otro, en prolongado espacio. Así rara vez acontece que pase alguien sin caer en sus manos. Hacen prisioneros a los hombres y las acémilas, venden a los jóvenes y matan a los viejos. Yo, Marco, al transitar una vez por allí, caí en una de aquellas tinieblas; pero como me encontraba cerca del castillo llamado Canosalim, me refugié en él, si bien muchos de mis acompañantes tropezaron con ellos, de los cuales unos fueron vendidos y otros degollados.

Capítulo vigésimo tercero **De la campiña y la ciudad famosa de Karmos**

La llanura susodicha se extiende al mediodía; a las cinco jornadas se llega por fin a un camino en pendiente por el que se desciende sin cesar durante xv millas; la senda es pésima y muy peligrosa por los bandidos. Después se entra en una campiña bellísima de dos jornadas de longitud y se llama aquel lugar Formosa, donde hay ríos y muchas aguas y palmeras; abundan allí francolíes, papagayos y otras aves de diversas especies que no existen aqueunde el mar. Después se llega al mar Océano, en cuyo litoral está la ciudad de Carmosa, a cuyo puerto acuden los comerciantes de la India portadores de especias, perlas, piedras preciosas y paños de oro y seda, colmillos de elefante y otros tesoros. Esta ciudad es sede regia y tiene bajo su jurisdicción otras ciudades y aldeas. La región es caliente y malsana. Si muere en ella algún mercader extranjero, el rey de la tierra se incauta de todos sus bienes. Se hace allí un vino de dátiles y otras especias que es muy bueno; si alguien que no está hecho a él lo bebe, sufre flujo de vientre; después aprovecha y hace engordar a los hombres. Los habitantes del lugar no toman pan de trigo ni carne, ya que no podrían vivir si comieran semejantes alimentos; se nutren de pescado salado, dátiles y cebollas para mantener su salud; muchos se sustentan de atún. Tienen naves peligrosas, ya que no las fijan con clavos de hierro, sino que clavan las tablas con tarugos de madera y las amarran con hebras hechas de corteza de nueces de la India; en efecto, curten la corteza como cuero, y las hojas de corteza se solidifican a modo de crin de caballo. Aquellas hebras aguantan bien el embate de las olas del mar y duran largo tiempo; pero es mejor con mucho la clavazón de hierro. La nave sólo tiene un mástil, una vela, un único timón y sólo tiene una cubierta. No brean con pez los navíos, sino sólo con aceite de pescado. Una vez colocado el cargamento en la nave, la recubren de cueros sobre los que ponen los caballos que llevan a la India. Muchos de estos bajeles naufragan, porque el mar es allí muy tempestuoso y las naves no están clavadas con hierro. Los habitantes de aquella región son negros y adoran a Mahoma. En el tiempo del estío a causa del calor sofocante no residen en las ciudades, sino que tienen quintas y vergeles en los arrabales y llevan el agua por caños y acequias a sus respectivos jardines; en ellos moran durante el verano. De la parte de un desierto, donde no hay sino arena, sopla a menudo un viento muy recio, que mataría a los hombres si no huyeran; en efecto, cuando sienten su primera bocanada, corren todos al punto al agua, y metiéndose en ella permanecen a remojo hasta que cesa. A causa del gran calor siembran el grano en noviembre y lo siegan en marzo, mes en el que maduran también todos sus frutos; después de marzo todas las hojas y las

hierbas quedan tan mustias, que no se puede encontrar ni una hoja. En esta región, cuando fallece un hombre casado, la mujer llora la muerte del marido una vez al día todos los días durante cuatro años; también acuden al hogar del difunto los deudos y vecinos y hacen amargo duelo y en su llanto profieren muy duras quejas contra la muerte.

Capítulo vigésimo cuarto
De la región medianera entre la ciudad de Curmosa y la ciudad de Crermam

Ahora, a punto de hablar de otras regiones, volveré primero a Crermam para seguir desde allí a las regiones de las que quiero escribir; en otro lugar de este libro se describirá la India. Al volver desde Curmosa a la ciudad de Crermam por otro camino, se encuentra una hermosa y gran llanura, donde hay abundancia de víveres. Tienen trigo en cantidad, pero el pan de aquella región resulta incomedible a los que no están acostumbrados a él durante largo tiempo, ya que a causa de la acidez del agua es amargo. Hay allí per-dices y dátiles y otros frutos en gran abundancia.. Hay baños calientes muy buenos, que valen para curar la sarna y otras muchas enfermedades.

Capítulo vigésimo quinto
De la región que media entre Crermam. y la ciudad de Cobina

Los que van de Crermam a Cobina topan con un camino pésimo que tiene vii jornadas de longitud, durante las cuales no se puede conseguir agua en absoluto sino en determinados sitios y en escasa cantidad; además es salobre, amarga y de color verduzco, así que antes parece jugo de hierbas que agua, por lo que nadie puede beber de ella. Quien toma un sorbo, de inmediato sufre flujo de vientre y casi por cada trago se ve obligado a hacer diez deposiciones; lo mismo le ocurre al que come una pizca de la sal que se obtiene de ella. Por esta razón es preciso que los viandantes lleven consigo

agua potable; los jumentos beben muy contra su voluntad aquel agua amarguísima, y cuando por el apremio de la sed se ven forzados a hacerlo, sufren igualmente flujo de vientre. No se encuentra en el desierto ningún lugar poblado ni de hombres ni de animales, salvo de asnos salvajes, por la falta de agua y de alimento.

Capítulo vigésimo sexto De la ciudad de Cobina

Cobina es una ciudad grande, donde hay abundancia de hierro. Se hacen en ella bellos y muy grandes espejos de acero. Se elabora allí la atutía con la que curan los ojos y el espodio. Se obtiene de la manera siguiente; cuando descubren una vena de tierra indicada para ello, la ponen en un horno cubierto de una parrilla de hierro: el vapor que sube de la tierra incandescente y se adhiere a la parrilla es la atutía, mientras que la materia más densa que queda en el fuego se llama espodio. Los habitantes observan la ley del abominable Mahoma.

Capítulo vigésimo séptimo Del reino de Thimochaim y del árbol del sol, que se llama en romance «árbol seco»

A la salida de Cobina se encuentra un desierto que tiene ocho jornadas de longitud, donde la aridez es extrema, pues carece de árboles y de frutos; sus aguas son amargas, y las acémilas las beben muy reacias. Es preciso, en consecuencia, que los viandantes lleven consigo el agua. Después se llega al reino de Thimochaim, donde hay muchas ciudades y aldeas; la región se halla en los últimos confines de Persia al aquilón. Hay allí una gran llanura en la cual se encuentra el árbol del sol, que en romance llaman los latinos «árbol seco». Es un árbol grande y muy copudo, que tiene hojas blancas por un lado y verdes por otro; no produce frutos, pero da bayas como

castañas, en cuyo interior no hay fruto ninguno; la madera de este árbol es fuerte y resistente, y de color amarillo como el boj. De un costado de este árbol en un compás de diez millas no crece otro árbol; de los otros lados del mismo no hay árbol en absoluto en cien millas a la redonda. Allí se cuenta que se libró la batalla entre Alejandro y Darío. Toda la tierra del reino de Thimochaim es habitable, fértil y abundosa; goza de un aire templado. Tiene hombres hermosos y mujeres hermosas; no obstante, todos adoran a Mahoma.

Capítulo vigésimo octavo **Del tirano que se llamaba el Viejo de las Montañas y sus asesinos**

Mullete es una región en la que señoreaba un príncipe malvadísimo, que se llamaba el Viejo de las Montañas, del que yo, Marco, voy a contar lo que oí de boca de muchos en aquella región. Aquel príncipe con todo el pueblo a quien gobernaba era seguidor de Mahoma. Imaginó una perfidia inaudita: convertir a sus hombres en audaces sicarios y homicidas, que comúnmente son llamados «asesinos», para poder matar con su temeridad a quien quisiese y ser temido por todos. Hizo, en efecto, en un valle amenísimo, rodeado por doquier de altísimas montañas, un inmenso y hermosísimo vergel, donde había copia de todas las hierbas, flores y frutos deleitosos. Había allí palacios espléndidos, pintados y decorados con maravillosa variedad; allí corrían varios y diversos regatos de agua, vino, miel y leche; allí se guardaban mujeres jóvenes sobremanera bellas, diestras en danzar, tocar el laúd y cantar en todas las maneras de los músicos, que tenían vestidos distintos y preciosos y que estaban adornadas con maravillosa galanura, cuyo menester era criar en todos los halagos y placeres a los jóvenes que estaban en él; allí había multitud de vestiduras, lechos, viandas y todo lo deseable del mundo. No se hacía allí mención de cosa triste; no estaba permitido sino entregarse regaladamente al solaz y a la lujuria. A la entrada del vergel se alzaba un castillo fortísimo, que era custodiado con sumo cuidado, pues por otro camino no había ni entrada ni salida. El Viejo aquel -así se llamaba en nuestra lengua, pero su nombre era Eleodim- tenía en su palacio, fuera de aquel lugar, a muchos mancebos que veía dispuestos y arrojados, y los hacía adoctrinar en la ley abominable de Mahoma; pues el muy miserable

de Mahoma promete a los seguidores de su ley que tendrán en la otra vida muchos goces semejantes a los dichos. Por tanto, cuando quería convertir en audacísimo asesino a alguno de aquellos jóvenes, hacía que se le diera un bebedizo; al tomarlo, caía al punto presa de pesado sopor; entonces era llevado al vergel, y al cabo de un breve intervalo, cuando despertaba y se veía inmerso en tantos placeres, pensaba que estaba disfrutando de los deleites del Paraíso, según la promesa del abominable Mahoma. Después de algunos días ordenaba sacar fuera a los que quería con un brebaje semejante. Ellos, al salir del sopor, se entristecían muy mucho, viéndose despojados de tanta consolación. El Viejo, que se proclamaba profeta de Dios, les aseguraba que, si morían por obedecerle, inmediatamente volverían allí, por lo cual estaban deseosos de dar su vida por acatarlo. Entonces les ordenaba que matasen a éste o a aquél y que no temiesen arrostrar la muerte, pues al punto serían transportados a la gloria. Los jóvenes, exponiéndose a todos los peligros, se alborozaban si por obedecerle merecían la muerte, y así trataban de cumplir lo que mandaba tocante a matar a los hombres * * *. Con esta maña y engaño se burló durante largo tiempo de aquella región. Por esta razón los poderosos y los grandes, temiendo afrontar la muerte, se convirtieron en sus tributarios y vasallos.

Capítulo vigésimo noveno **De su muerte y la destrucción de aquel lugar**

En el año del Señor de mcclxii Alau, rey de los tártaros, asedió aquel lugar, queriendo extirpar de sus tierras semejante peligro. Al cabo de tres años capturó al Viejo, Aloadin * *, con todos sus asesinos, y el lugar aquel fue desmantelado por completo.

Capítulo trigésimo **De la ciudad de Sepurga y sus tierras**

Al partir de aquel lugar se entra en una región hermosa, que tiene oteros y llanuras y pastos excelentes y muchos frutos y que produce todo tipo de alimento, salvo que en algunos lugares no se encuentra agua durante 1 o 1x millas, por lo que conviene que la lleven consigo los viandantes; los caballos y las demás acémilas sufren mucho por la escasez de agua, de suerte que es necesario cruzar a toda prisa por aquel yermo o llevar agua para los animales. La longitud de aquella región es de seis jornadas. Además de los lugares desprovistos de agua la comarca tiene muchas ciudades y villas; todos adoran a Mahoma. Después se llega a la ciudad de Sepurga, donde hay abundancia de toda suerte de vituallas y cantidad de pepinos llamados en romance «melones», que cortan al través en tiras o correas o corno se hace con las calabazas; cuando se han secado, los llevan a vender a las tierras aledañas en gran número; son muy apreciados entre el pueblo como comida, ya que tienen un dulzor como de miel. En aquella región hay mucha caza de animales y de aves.

Capítulo trigésimo primero De la ciudad de Baldach

Al partir de allí se encuentra la ciudad de Baldach, que antaño fue famosa y enorme, y tenía muchos palacios de mármol; ahora está arrasada por los tártaros. Relatan que en esta ciudad Alejandro tomó por esposa a la hija del rey Darío. En ella se adora al abominable Mahoma. Aquí acaba por el aquilón la provincia de Persia; después se camina entre el aquilón y el oriente durante dos jornadas y no se encuentra ningún poblado, ya que los habitantes del lugar huyeron a las montañas por los ladrones y bandidos. Hay allí mucha agua y abundantísima caza de animales. Hay también caza de leones. Es preciso que los viandantes lleven consigo vituallas durante dos jornadas.

Capítulo trigésimo segundo Del castillo de Tartam

Al término de las dos jornadas susodichas se encuentra el castillo de Tartam, donde hay gran cantidad de grano. La región aquella es muy hermosa. Al mediodía tiene montes de sal buenísima, muy altos y grandes que, según se dice, abastecerían de sal con holgura a todo el mundo; su dureza es tan grande que no se puede coger ni un grano si no es con martillos de hierro. Después se anda a lo largo de tres jornadas entre el aquilón y el oriente y se llega a la ciudad de Scassem; por el camino se encuentran no obstante muchas villas, donde hay gran cantidad de vino, grano y trigo. Los habitantes adoran a Mahoma, pero beben sin embargo vino y son grandísimos borrachos, pues se entregan a la bebida durante el día entero; tienen un vino cocido excelente. Los hombres son muy felones, aunque buenísimos cazadores y apresan muchas alimañas salvajes. En la cabeza no se tocan con más que con una cinta de diez palmos de longitud, que lían enderredor de la frente. Curten las pieles de los animales que capturan y con su cuero se visten y se calzan; y no tienen otros trajes ni botas.

Capítulo trigésimo tercero De la ciudad de Scassem

La ciudad de Scassem está en el llano y tiene muchos castillos en las montañas; un gran río pasa por medio de ella. En aquella región hay muchos puercoespines. Cuando los cazadores los acosan con perros, los puercoespines, juntados en uno, se menean con gran saña y arrojan las púas que tienen en el dorso y sus costados contra los perros y los hombres, y a menudo hieren a muchos. Esta gente tiene su propia lengua. Los pastores de la comarca residen en las montañas, donde hacen sus moradas en cavernas. Después se avanza durante otras tres jornadas hasta la provincia de Balascia; en ese viaje de tres días no hay poblado alguno, ni se puede obtener en el camino comida o agua. Por eso los viandantes llevan consigo agua y comida.

Capítulo trigésimo cuarto **De la provincia de Balascia**

Balascia es una provincia que tiene lengua propia. Tiene reyes de una dinastía que se suceden por derecho hereditario. Se cuenta que todos descienden de la estirpe de Alejandro. Allí se adora a Mahoma. En los montes de esta región se encuentran piedras preciosas finas y de gran belleza, que se llaman balajes por el nombre de la tierra. Si alguien excava o saca fuera del reino alguna piedra de éstas sin licencia del rey, en cualquier caso perdería la vida y se confiscarían sus bienes, pues todas las piedras pertenecen al soberano, que envía las que quiere a los reyes y príncipes como presente o en pago de un tributo, y trueca también muchas por oro y plata. Hay tan gran abundancia de estas piedras que, si el monarca permitiera que se excavasen o exportasen libremente, bajaría de tal modo su valor que sería nula o muy escasa la ganancia. En otro monte de esta provincia se encuentra lapislázuli, del que se hace el mejor azul que existe en el mundo. Se halla en minas, como el hierro * *. Hay allí muchos caballos excelentes, veloces y grandes y provistos de cascos tan fuertes, duros y resistentes que no es preciso herrarlos, pues andan y trotan por montes y roquedas y no se dañan sus pezuñas. Hay también herodii o halcones excelentes, que entre nosotros se llaman sacres, y también laneros. Hay caza maravillosa de animales y de aves. La provincia de Balascia produce también trigo muy bueno en grandísima cantidad. Abunda en cebada y asimismo en mijo y panizo. Carece de aceite, pero se hace aceite de nueces y de ajonjolí * **. A los hombres de otros reinos y de los comarcanos no les abrigan ningún miedo, ya que las entradas a la provincia por la sierra son angostas y fragosas, de modo que no las pueden forzar ni atravesar los enemigos, y sus ciudades y sus castillos en las montañas son fortísimos. Son flecheros y extremados cazadores. Se visten de cuero, pues no pueden tener vestidos de lana y de lino, que son muy caros. Las mujeres nobles de aquella región se ponen zaragüelles de lino o de algodón; cada una trae en sus muslos cintas de paño de cien, ochenta o cuarenta brazas, y es reputada la más galana de todas la que de cintura para abajo muestra mayor grosor.

Capítulo trigésimo quinto
De la provincia de Bascia

Bascia es una provincia que dista diez jornadas de la provincia de Balascia. Es una región muy caliente, y la pueblan hombres negros, astutos y malvados; tienen su propia lengua y llevan en las orejas zarcillos de oro y de plata con perlas y piedras preciosas. Se alimentan de carne y de arroz. Son idólatras y se entregan a los encantamientos de los demonios.

Capítulo trigésimo sexto
De la provincia de Chesimur

Chesimur es una provincia que dista de Bascia siete jornadas. Los habitantes tienen su propia lengua y son idólatras. Consultan a los ídolos y reciben respuesta de ellos por treta del diablo. Hacen por arte del demonio que se oscurezca el aire. Son morenos, es decir, no del todo negros, pues la región es templada. Se alimentan de carne y arroz; sin embargo, son muy flacos. Hay allí numerosas ciudades y muchas y grandes villas. Tienen un rey que no es tributario de ninguno. No sienten miedo a nadie, ya que al estar rodeados en todo su entorno de desiertos llevan las de ganar, y el acceso a su tierra es difícil por todas partes. En esta provincia hay unos hombres que sirven a los ídolos en monasterios y celdas y hacen gran ayuno de comida y de bebida en honor de sus dioses. Se cuidan muy mucho de no ofender a los dioses a los que adoran transgrediendo sus leyes sacrílegas. El pueblo de la región muestra gran reverencia a semejantes ermitaños.

Capítulo trigésimo séptimo
De la provincia de Nocham y de sus montañas altísimas

De querer avanzar en línea recta, sería menester proseguir a la India; pero como de ella se hablará en el libro tercero, haremos, pues, diferente itinerario, partiendo de nuevo desde otro confín de la provincia de Balascia. A la salida de la provincia de Balascia se va entre oriente y aquilón durante dos jornadas a la vera de un río, donde gobierna el hermano del rey de Balascia; allí se encuentran muchas aldeas y villas, y los lugareños son buenos y esforzados con las armas; adoran a Mahoma. Al cabo de las dos jornadas se halla la provincia de Nocham, que tiene su propia lengua y está sometida al rey de Balascia * * *. También guarda la ley malvadísima de Mahoma. Los hombres del lugar son valientes guerreros. Hay allí mucha caza, porque la región tiene animales salvajes sin cuento. Finalmente, a la salida de la comarca susodicha se camina durante tres jornadas al oriente, subiendo siempre por los montes, hasta que se llega a una montaña inmensa, que se dice que es la más alta del mundo; se abre entre dos sierras una amena llanura, por la que discurre un río muy hermoso, y que tiene pastos excelentes en grado sumo. Si se pone allí a pastar un caballo o un buey escuálido u otras cualquiera, en x días engorda. Hay en ella muchos animales salvajes. Se encuentran también bueyes salvajes, que tienen cuernos muy grandes de cuatro o seis palmos, con los que se hacen escudillas y otros vasos; los pastores, incluso, cierran sus chozas con cuernos. Se extiende esa llanura a lo largo de xii jornadas y se llama Pamer, pero conforme avanza el camino está desierta y no hay allí poblado ni se encuentra hierba alguna, de suerte que conviene que los viandantes que van de paso lleven consigo las vituallas. Tampoco se topa con animal alguno por el gran frío y la mucha altura, ya que no podrían hallar alimento. Aunque allí se prende fuego, a causa de la grandísima frialdad de la tierra no brilla como luce en los demás lugares ni tiene tanta fuerza que valga para cocer. Después es preciso que los viajeros avancen entre oriente y aquilón diez jornadas a través de los montes, oteros y valles; allí corren muchos ríos. La región se llama Bellor. En aquel camino de xl jornadas no hay poblado ni crece hierba alguna, por lo que conviene que los viandantes lleven consigo las vituallas; pero en las montañas altísimas hay muchos poblados de hombres idólatras crueles y muy pérfidos, que viven de la caza y se visten de cuero.

Capítulo trigésimo octavo De la provincia de Cascar

Después se llega a la provincia de Cascar, que es tributaria del Gran Kan, donde hay muchas viñas muy hermosas y numerosos jardines y huertos de frutales. Abundan en algodón. Los hombres de aquella comarca tienen su propia lengua. Son comerciantes y artesanos. Emprenden muchos viajes por sus negocios; son tacaños, y por su gran avaricia llevan vida mezquina. Observan la ley del miserable Mahoma. Con todo, viven allí algunos cristianos nestorianos, que tienen sus propias iglesias. Toda la región se extiende durante cinco jornadas.

Capítulo trigésimo noveno

De la ciudad de Samarcham y del milagro de la columna acaecido en la iglesia de San Juan Bautista

Samarcham es ciudad famosa y grande en aquella región, que es tributaria de un sobrino del Gran Kan. Habitan en ella juntamente los cristianos y los que adoran a Mahoma, que se denominan sarracenos. En esta ciudad ha acontecido en nuestro tiempo por el poder de Cristo un milagro. Un hermano del Gran Kan, llamado Cogatay, que gobernaba en ella, convertido y adoc-trinado por los cristianos recibió el bautismo. Entonces los cristianos, contando con el favor del príncipe, edificaron una gran basílica en la ciudad de Samarcham en honor de San Juan Bautista, que fue construida y fabricada por los arquitectos con el artificio de que toda la bóveda de la basílica se erguía y se sustentaba sobre una columna de mármol, que se hallaba en el centro. Cuando se hacía la obra, quitaron una piedra a los sarracenos, con la que calzaron la base de la columna susodicha. Los sarracenos, que detestaban a los cristianos, se dolieron del hurto de la piedra, pero por temor al príncipe Cogatay no se atrevieron a contradecirle. Acaeció que murió el príncipe, a quien sucedió su hijo en el trono, pero no en la fe. Los sarracenos consiguieron de él que los cristianos se viesan obligados a devolverles su piedra. Al ofrecerles los cristianos a los sarracenos una gran suma de dinero por ella, éstos se negaron, con el propósito de que, al quitar la piedra, se derrumbase la iglesia privada de columna. Como los cristianos no encontraron ningún remedio al apuro, comenzaron a invocar a San Juan

Bautista con súplicas llorosas. Así, pues, al llegar el día en que se había de retirar la piedra de debajo de la columna, esperaban los sarracenos que por la inmediata ruina de todo el techo se desplomase la basílica; pero por la voluntad divina se separó la columna de su base hasta sustentarse en el aire por espacio de tres palmos; y así perdura hasta hoy sin apoyo de ningún sostén humano.

Capítulo cuadragésimo De la provincia de Carthan

Avanzando desde allí encontramos la provincia de Carthan, que tiene de largo cinco jornadas de camino, y que adora también la ley de Mahoma. Está sometida al dominio de un sobrino del Gran Kan, y tiene muchas ciudades y villas. La ciudad principal se llama Cotim. La región se extiende a lo largo de ocho jornadas; hay algodón y vituallas en abundancia, y muchas y muy buenas villas. Los hombres son allí apocados y cobardes, pero son artesanos y comerciantes, y observan la muy indecorosa ley de Mahoma.

Capítulo cuadragésimo primero. De la provincia de Coram

La provincia de Coram se encuentra después de Carthan entre el oriente y el aquilón. Está sometida al dominio del Gran Kan y tiene multitud de ciudades y villas. La ciudad principal es Coram. Se extiende la provincia a lo largo de ocho jornadas; tiene abundancia de algodón y de toda suerte de vituallas. Hay allí muchas y muy buenas viñas. Los hombres no son guerreros, pero son artesanos y comerciantes y guardan la ley indecente de Mahoma.

Capítulo cuadragésimo segundo De la provincia de Pein

Avanzando por la misma región sale al paso la provincia de Pein, que tiene cinco jornadas de longitud; está igualmente sometida al Gran Kan y adora a Mahoma. Tiene muchas ciudades y aldeas. La ciudad más famosa se llama Pein, a la que baña un río en el cual se encuentran piedras preciosas, a saber, jaspes y calcedonias. Los hombres de esta tierra son comerciantes y artesanos. Abundan en algodón y en alimentos. Existe en esta provincia la costumbre de que, si algún hombre casado se marcha por algún motivo a otra parte y se ausenta más de xx días, le está permitido a la mujer después de su partida abandonar a su marido y casarse con otro; y también el varón que se fue puede contraer nuevo matrimonio, conforme a los malos usos de aquella tierra.

Capítulo cuadragésimo tercero De la provincia de Carchia

Después se llega a la provincia de Carchia, que está bajo el dominio del Gran Kan, donde hay muchas ciudades y aldeas. Su ciudad principal se llama Carchia. Hay allí ríos en los cuales se cogen en abundancia piedras preciosas, a saber, jaspes y calcedonias de gran valor, que transportan los mercaderes a la provincia de Cathay. Esta región de Carchia es toda ella arenosa y tiene muchas aguas amargas, aunque en algunas partes el agua sea buena. Igualmente entre Cathay y Pein toda la tierra es arenosa y estéril. Cuando algún ejército atraviesa aquella provincia de Carchia, los hombres de la tierra con sus mujeres e hijos y todo el ganado se trasladan durante dos o tres días a otra región donde encuentren pastos y agua, y allí moran hasta que haya pasado la tropa; y el viento borra de tal modo las huellas que han dejado en la arena, que el ejército a su llegada no puede seguir su rastro. A la partida de la hueste tornan a sus hogares. Si pasan ejércitos de los tártaros a los que están sometidos, no huyen los hombres, pero trasladan todos los animales a otro lugar, porque los soldados tártaros no

quieren pagar dinero por los alimentos que reciben de los habitantes por donde pasan. A la salida de la provincia de Carchia se anda durante tres jornadas por arena, y el agua es pésima y amarga; sin embargo, en algunos parajes dentro de aquel término se encuentra de la buena. Así se llega a la ciudad llamada Lop. Todas las provincias de Cascar, Cartham, Coram, Pein, Carchia hasta la ciudad de Lop están comprendidas en las tierras del Gran Turco.

Capítulo cuadragésimo cuarto **Sobre la ciudad de Lop y el gran desierto**

Lop es una gran ciudad a la entrada del gran desierto que está entre el oriente y el aquilón. Todos sus vecinos observan la ley del miserable Mahoma. En ella se prepara cuanto han menester los comerciantes que desean atravesar el desierto; allí descansan muchos días los mercaderes antes de ponerse en marcha; allí cargan asnos resistentes y camellos de vituallas y de mercancías. Así emprenden el camino a través del yermo. Cuando han vaciado a los asnos y camellos de su carga de comida, los matan y los dejan en el desierto, ya que no los pueden proveer de víveres hasta el término del viaje, y se llevan consigo los cueros, si quieren; con todo, conservan preferentemente los camellos, ya que son de poco comer y transportan gran peso. En el desierto se encuentra agua amarga; en tres lugares y en unas xxviii millas se halla agua dulce; no obstante, entre uno y otro pozo media por lo general un día de distancia y el agua no basta para todos: unas veces da para cinco hombres, otras para cincuenta, en ocasiones para cien. En xxx días se llega al término del desierto, atravesándolo a lo ancho. En cuanto a su longitud, refieren los de la región que apenas se puede llegar en un año desde su comienzo hasta su fin. Es aquel desierto montuoso por lo general, y su llanura arenosa; todo él está completamente pelado y no hay animales en absoluto por la falta de alimento. Se ven y se oyen allí de día y de noche muchos embelecos; por tanto, es preciso que los que lo cruzan se cuiden muy mucho de no separarse de sus camaradas y de que nadie duerma en el camino sin compañía, ya que, si dejan atrás a un compañero de suerte que no los pueda ver a causa de los montes y los oteros, es difícil que el que ha quedado muy a la zaga les dé alcance, pues se escuchan allí voces de los

demonios que los llaman por sus nombres e imitan las voces de los hombres que van delante, y al seguirlos los conducen al camino errado. De resultas de este engaño han perecido muchos en aquel paso, ya que no acertaron a reunirse con sus compañeros. Alguna vez se oyen en el aire sonidos o se escucha el son de instrumentos músicos, pero sobre todo de tambores. De esta suerte su tránsito es muy laborioso y aventurado.

Capítulo cuadragésimo quinto
De la ciudad de Sachion y la costumbre de los paganos en la
incineración de los cadáveres

Terminada la travesía del desierto susodicho se llega a la ciudad de Sachion, que está a la entrada de la gran provincia de Tanguth donde viven pocos cristianos nestorianos; otros habitantes guardan la ley del miserable Mahoma, y los restantes son idólatras. Los vecinos gentiles tienen su propia lengua. Todos los moradores de esta ciudad no se aplican a la contratación, sino que viven sólo de los frutos de la tierra. En Sachion hay muchos monasterios dedicados a diversos ídolos, a los que se hacen grandes sacrificios y a los que el pueblo muestra grandísima devoción. Cuando a un hombre le nace un hijo, inmediatamente lo consagra a algún ídolo, en cuyo honor tiene un camero en su casa aquel año; cumplido el año desde el nacimiento de su hijo, en la primera fiesta de ese dios que se celebra después del curso del año, ofrece al ídolo el hijo y el camero con suma devoción. Después cuece la carne del carnero y la ofrenda al ídolo, y la deja en su presencia hasta que terminan las oraciones que se profieren ante él según la costumbre de la ciudad. El padre le ruega suplicante que se digne conservar la vida de su hijo, y creen que entre tanto el dios come el caldo de la carne * * * y conservan sus huesos con unción en un hermoso recipiente. Cuando muere alguien, aquéllos a cuyo cargo están los cuerpos de los muertos lo hacen quemar. En la incineración se sigue el siguiente ritual: * * * debe ser ofrecido a la pira su cadáver; aquéllos les preguntan el mes, el día y la hora de su nacimiento, y una vez averiguada la constelación de su horóscopo indican el día en que se ha de quemar. Algunas veces hacen que se retenga el cadáver por siete días, otras por un mes, en ocasiones por seis meses; mientras tanto lo guardan en casa de la siguiente manera: tienen un ataúd

de tablas muy gruesas y acopladas con tal maña que no puede exhalar hedor alguno, antes bien, está pintado por fuera primorosamente. Allí colocan el cadáver embalsamado con muchas especias y cubren el sarcófago con un hermoso paño. Todos los días, mientras permanece el cuerpo en casa, preparan a la hora de yantar una mesa junto a la caja con vino y delicados manjares, que queda puesta el tiempo que podría tardar un hombre vivo en comerlos, pues dicen que el alma del difunto prueba las viandas que están servidas en su nombre. También se consulta a los astrólogos susodichos por qué puerta se ha de sacar de casa el cuerpo del difunto, pues dicen que algunas veces esta o aquella puerta careció en su construcción de buenas obras, por lo cual no la consideran adecuada para sacar por ella los restos mortales, y así mandan que se lleve el cadáver a la pira por otra puerta o abriendo un nuevo orificio en la pared. Cuando es llevado a quemar fuera de la ciudad o de la villa, erigen por el camino cabañas de madera en muchos lugares, cubiertas de paños de seda y oro; cuando llegan ante una de ellas, depositan la caja con el cadáver ante la choza y esparcen en tierra ante el ataúd vino y finos manjares, diciendo que aquel muerto va a ser recibido en la otra vida con tal festín. A la hora de las exequias preceden al sarcófago todos los instrumentos de los músicos de la ciudad, cuyo sonido produce gran deleite. Al llegar al lugar de la pira, tienen cortadas en hojas de papel figuras de hombres, mujeres, caballos, camellos y muchos dineros, todo lo cual arde juntamente con el cadáver, pues dicen que va a tener en la otra vida tantos siervos y criadas, animales y dineros como imágenes se quemaron con él, y que así vivirá con riquezas y honra. Esta superstición la observa por doquier en las partes de oriente la ceguera de los gentiles a la hora de incinerar los cadáveres humanos.

Capítulo cuadragésimo sexto **De la provincia de Camul y de una muy mala costumbre de ella**

Camul es un a gran tierra en la provincia de Tanguth, que está sometida al Gran Kan, poblada de ciudades y muchas villas. Está situada Camul entre dos desiertos, a saber, el gran desierto antedicho y otro.,que tiene de longitud tres jornadas. Hay en esta comarca alimentos en abundancia, tanto para sus habitantes como para todos los viajeros. Los hombres de aquella región

tienen su propia lengua y son muy regocijados, pues parece que no hacen otra cosa sino divertirse y solazarse. Son idólatras, y están tan trastornados desde antiguo por sus ídolos que, cuando un viajero de paso por allí se hospeda en casa de alguien de Camul, éste lo recibe con júbilo y ordena a su mujer y a toda su familia que le obedezcan sin rechistar todo el tiempo que quiera alojarse en su mansión. Dicho lo cual, se va el señor de la casa para no volver mientras el huésped quiera morar en su domicilio, y la desdichada esposa de aquel hombre debe acatarlo en todo como a su marido. Las mujeres de aquella comarca son hermosas en extremo, pero todos sus maridos están cegados por sus dioses con la locura de considerar un honor y un provecho que sus cónyuges se prostituyan a los viandantes. En el tiempo en que reinó Monghu, el Gran Kan universal de todos los tártaros, al oír tan gran desvarío de los hombres de Camul, les ordenó que en adelante no se atreviesen a consentir cosa tan detestable, sino que velasen más bien por el honor de sus mujeres y proveyesen a todos los viandantes de posadas públicas, para que en el futuro el pueblo de aquella región no quedase mancillado por tamaña deshonra. Los hombres de la provincia de Camul, enterados del mandato del monarca, se entristecieron sobremanera y le enviaron embajadores de nota con dineros, pidiéndole acuciantemente que revocase ese edicto tan grave, ya que habían recibido de sus antepasados la tradición de que, mientras dispensasen semejantes mercedes a sus huéspedes, obtendrían el favor de sus dioses y la tierra produciría siempre abundosos frutos. El rey Monghu, cediendo a su insistencia, revocó la orden diciendo: «Procuré mandaros lo que me cumple; pero desde el momento que tan vitando y execrable oprobio lo recibís como un honor, quedaos con esa deshonra que deseáis». Los enviados, al regresar con la carta de revocación, devolvieron la alegría a todo el pueblo, que se había sumido en la tristeza. Así, pues, guardan hasta el día de hoy esa costumbre detestable.

Capítulo cuadragésimo séptimo De la provincia de Chinchinculas

Después de la región de Camul se encuentra la provincia que se llama Chinchinculas, que confina con el desierto al aquilón. Tiene dieciséis jor-

nadas de longitud y está bajo el dominio del Gran Kan. Hay allí muchas ciudades y aldeas. Viven también en ella cristianos nestorianos y algunos que adoran a Mahoma; el resto del pueblo de la región venera los ídolos. En esta comarca se eleva un monte donde hay minas de acero, de andánico y de salamandra, de la que se hace un paño, si se arroja al fuego, no sufre combustión. Se hace el paño de la tierra, según aprendí de un compañero mio turco, un hombre muy sabio que se llamaba Turficar, que por mandato del Gran Kan dirigió en aquella provincia el laboreo de las minas; contaba, en efecto, que en aquel monte había una vena de tierra que tenía hilos semejantes a la lana; esos hilos se secan al sol, después se maceran en un mortero de bronce y a continuación se lavan con agua y se separan de la tierra gruesa; la tierra se desecha y se hilan los hilos de lana, de los cuales después se confeccionan los paños. Estos paños no los sacan blancos del telar, sino que los arrojan al fuego y los dejan durante una hora en la llama: entonces se tornan blancos como la nieve y no se chamuscan por el fuego. Otro tanto se hace asimismo a la hora de limpiarlos, pues no se les da otro lavado para quitarles las manchas. Sobre la serpiente salamandra no oí nada en las partes de Oriente, pero he escrito fielmente cuanto escuché al respecto. Se cuenta que hay en Roma un paño de salamandra en el que está envuelto el sudario del Señor, que mandó al Sumo Pontífice un rey de los tártaros.

Capítulo cuadragésimo octavo De la provincia de Succuir

Dejando la provincia de Chinchinculas al oriente, no se encuentra durante diez jornadas seguidas ningún poblado salvo en pocos lugares; al cabo de ellas se halla la provincia de Succuir, que tiene muchas ciudades y villas, la mayor de las cuales se llama Succuir. En esta región hay algunos cristianos; los demás habitantes son idólatras y están sometidos al Gran Kan. No son comerciantes, sino que viven de los frutos de la tierra. En todos los montes de esta provincia se encuentra ruibarbo en grandísima abundancia, y de allí es transportado por los mercaderes a todas las partes del mundo.

Capítulo cuadragésimo noveno De la ciudad de Campion

Campion es una ciudad muy grande y famosa que es la principal en la región de Tanguth, donde moran algunos cristianos y otros que observan la ley de Mahoma; los demás vecinos son idólatras. Hay en esta ciudad muchos monasterios en los cuales se adora multitud de ídolos, de los cuales unos son de piedra, otros de madera y otros de barro, pero todos sobredorados; algunos de ellos miden diez pasos y parecen yacer en tierra, y en torno suyo están puestos otros ídolos pequeños que semeja que le hacen reverencia. Hay también algunos religiosos gentiles, que viven con mayor virtud que los demás paganos; algunos de ellos guardan castidad, y se cuidan muy mucho de no trasgredir la ley de sus dioses. Computan todo el curso del año por lunaciones, y no existen entre ellos otros meses ni semanas. En algunas lunaciones celebran cinco días seguidos en los que no matan ave ni bestia ni comen carne mortecina en ese plazo; se comportan también durante cinco días con más decencia que durante el resto del año. En esta ciudad un idólatra puede tener xxx mujeres o más, si se lo permite su hacienda; sin embargo, la primera esposa es tenida por más honrada y legítima. El marido no recibe dote de la esposa, sino que él se la ajusta en animales, esclavos o dinero, según su estado, sus posibilidades y su conveniencia. Si la mujer resulta enojosa al marido, a éste le está permitido dejarla según le plazca. Los hombres toman como esposas a parientes de segundo grado, e igualmente a sus madrastras. Muchas cosas que entre nosotros son graves pecados ellos las consideran lícitas, pues en muchos aspectos viven como bestias. Mi padre, micer Nicolás, su hermano y yo, Marco, residimos a causa de ciertos negocios en esta ciudad de Campion durante un año.

Capitulo quincuagésimo De la ciudad de Ecima y de otro gran desierto

Avanzando más allá de la ciudad de Campion se marcha durante xii jornadas y después se encuentra la ciudad llamada Ecima, que linda también al aquilón con un desierto de arena. Hay en ella numerosos camellos y

muchos animales de diversas especies; hay allí herodii o halcones laneros muy buenos y también sacres en grandísima cantidad. Los hombres de Ecima son idólatras. No se ocupan del comercio, sino que viven de los frutos de la tierra. En esta ciudad los viandantes y los mercaderes preparan vituallas para xl días, si quieren ir por el desierto que está al aquilón, que se tarda en cruzar xl días; en efecto, no hay allí poblado sino en las montañas y en determinados valles, donde habitan algunos hombres durante el verano. En aquel desierto rara vez se encuentra hierba, aunque en ciertos lugares hay muchos animales salvajes, sobre todo onagros en gran número; abundan también en aquel desierto los pinos. Todas las provincias y ciudades susodichas, es decir, la ciudad de Sachion, la provincia de Camul, la provincia de Chinchinculas, la provincia de Succuir, la ciudad de Campion y la ciudad de Ecima pertenecen a la gran provincia de Tanguth.

Capítulo quincuagésimo primero

De la ciudad de Carocoran y del comienzo del dominio de los tártaros

Acabada la travesía del desierto susodicho se llega a la ciudad de Carocoran, que está al aquilón, donde tuvo comienzo el señorío de los tártaros, pues antes habitaban en las grandes llanuras de aquella región, en las que no había ciudades ni aldeas, sino sólo pastos y grandes ríos, ni tenían rey de su pueblo, sino que eran tributarios del gran rey de nombre Onchan, que los latinos llaman Preste Juan, del cual habla todo el mundo. Una vez que creció el pueblo de los tártaros y se multiplicó, receló aquel monarca, que tamaña multitud le pudiera hacer daño si quisiese alzarse en rebeldía. Por tanto, pensó dividirlos en partes y deportarlos a diversas regiones, para mermar su poderío. Ellos, negándose a separarse unos de otros, cruzaron todos juntos el desierto al aquilón y llegaron a un lugar donde no podían temer ya al rey susodicho, al que rehusaron en adelante pagar tributo.

Capítulo quincuagésimo segundo

Del primer rey de los tártaros y de la rencilla con su rey

Al cabo de pocos años todos, de común acuerdo, eligieron rey a un varón de los suyos esforzado y prudente, que se llamaba Chinchis; ello sucedió en el año del Señor de mclxxxvii. Tras su coronación, todos los tártaros, que andaban dispersos en otras regiones, acudieron a él y se sometieron de buena gana a su dominio. El gobernó a sus súbditos con gran sabiduría y en breve tiempo ganó ocho provincias. Cuando capturaba una ciudad o una aldea por la fuerza, después de la victoria no permitía que sufriese saqueo quien quería plegarse de grado a su mandato e ir con él a asaltar otras ciudades, por lo que todos lo amaban a maravilla. Al verse enaltecido a tanta gloria, envió mensajeros a su rey, solicitando a su hija por esposa. Ocurrió esto en el año del Señor de mcc. El recibió su petición como una gravísima afrenta y respondió con dureza, pues dijo que antes arrojaría a su hija al fuego que entregarla como mujer a un esclavo suyo, y expulsó de su vista de manera ultrajante a los enviados de Chinchis, diciéndoles: «Decid a vuestro señor que, ya que se ha atrevido a alzarse a tanta soberbia como para pedir en matrimonio a la hija de su amo, le haré morir muerte amarga».

Capítulo quincuagésimo tercero **De la batalla de los tártaros con aquel rey y su victoria**

Al oír esto, Chinchis reventó de cólera y reuniendo un gran ejército se dirigió a las tierras del rey Onchan, que es nombrado Preste Juan, y acampando en una planicie inmensa llamada Canduth, envió a decir al rey que se aprestase a defenderse. Este descendió con un gran ejército al llano, a xx millas de la hueste de los tártaros. Entonces el rey de los tártaros Chinchis ordenó a los magos y astrólogos que le predijesen qué resultado tendría la futura batalla. Los astrólogos, hendiendo en dos a lo largo una caña, pusieron en tierra las dos partes, y a una la llamaron de Chinchis y a la otra de Onchan, y dijeron al rey: «Cuando nosotros profiramos los ensalmos, por voluntad de los dioses lucharán entre sí las dos partes de la caña. Obtendrá la victoria en el combate aquel rey cuya parte monte sobre la del otro». Apiñada la muchedumbre para el espectáculo, los astrólogos leyeron en su libro de encantamientos y las dos partes de la caña se movieron y parecía

que se alzaba una sobre otra; por fin la parte de Chinchis quedó por encima de la parte de Onchan. Los tártaros, con esta visión, recibieron gran aliento, seguros ya de su futura victoria. Por último, al tercer día se entabló combate y cayeron muchos del ejército de uno y otro bando. Chinchis, no obstante, resultó vencedor y el rey Onchan fue muerto, y los tártaros sojuzgaron por completo su tierra. Después de la muerte de Onchan reinó Chinchis seis años, en los cuales conquistó muchas provincias. Al cabo de los seis años, al sitiar los suyos un castillo, se acercó en persona a pelear ante la plaza y fue herido en la rodilla con una saeta, herida de la cual falleció a los pocos días. Fue enterrado en la gran montaña de Alchay, donde desde entonces reciben sepultura todos los supremos monarcas del reino de los tártaros que descienden de su estirpe; y si el Gran Kan muriera a cien jornadas de distancia del monte de Alchay, sería llevado allí a sepultar su cuerpo.

Capítulo quincuagésimo cuarto

Del catálogo de los reyes de los tártaros y de cómo son enterrados sus cuerpos

Por tanto, el primer rey de los tártaros fue Chinchis; el segundo, Eni; el tercero, Bacni; el cuarto, Esu; el quinto, Monghu; el sexto, Cublay, que reina todavía, cuyo poderío es mayor que el de los cinco predecesores susodichos. Es mayor el imperio de él solo que todos los reinos y señoríos juntos de cristianos y sarracenos, como se demostrará de manera paladina en su lugar en este volumen. Cuando se lleva el cadáver del Gran Kan a enterrar al monte, la comitiva que lo acompaña al sepulcro pasa a cuchillo a todos los hombres con los que topa en el camino diciendo: «Id y servid al rey vuestro señor en la otra vida». Están, en efecto, ofuscados por tan gran extravío, que creen que los muertos en aquella ocasión se consagrarán a su servicio en el más allá. Igualmente degüellan todos los caballos que encuentran y corceles elegidos del rey difunto, para que él los reciba vivos en el otro mundo. Cuando se llevó el cuerpo de Monghu Kan al monte, los soldados que escoltaban su cadáver mataron por el motivo antedicho más de xx mil hombres.

Capítulo quincuagésimo quinto **De las costumbres comunes de los tártaros**

Los tártaros por lo general crían rebaños de bueyes, acémilas y ovejas, por lo que residen con la manada en los pastizales. Durante el verano habitan en las montañas y en los lugares fríos, donde hay pasto y leña, y durante el invierno trashuman a las regiones calientes, donde puedan encontrar alimento para el ganado. Tienen cabañas al modo de tiendas, muy bien tapadas con fieltro, que llevan consigo a donde vayan; están compuestas con tal arte, que las pueden doblar y extender, alzar y posar y transportar con facilidad. Su puerta, cuando montan la cabaña, la orientan al mediodía. Tienen también carromatos arrastrados por camellos y que están forrados de fieltro con tanta industria que, aunque llueva todo el día sobre ellos, es imposible que se moje nada en el interior. Transportan en ellos a sus mujeres e hijos y todos los enseres necesarios. Las esposas de los tártaros son muy fieles a sus maridos; entre ellos se mira mucho que nadie se atreva a cortejar a la mujer de su prójimo, y se cuidan sobremanera de no hacerse o inferirse agravio al respecto. Cada uno de ellos puede tener, según su costumbre, tantas mujeres como pueda alimentar; sin embargo, la primera es considerada más principal y más noble que las demás; excepto las hermanas, toman como esposas a todas las mujeres consanguíneas por línea transversal. Al fallecer el padre, el hijo puede casarse con su madrastra, y un hermano, a la muerte de otro, con su cuñada, y celebran bodas solemnes cuando las toman por mujeres. Los hombres no reciben dote, sino que, por el contrario, ellos se la dan a su esposa y a su madre. Debido a la multitud de esposas tienen hijos sin cuento. Las mujeres de los tártaros resultan poco gravosas en gastos a sus maridos, porque ganan mucho con sus labores. Son prudentes en el gobierno de la familia, solícitas en la preparación de la comida, cumplen con diligencia todas las tareas del hogar y compran y venden muy bien cuanto hay que vender y comprar. Los maridos, dejando en sus manos los cuidados domésticos, se entregan a la caza, a la cetrería y al ejercicio de armas y batallas.

Capítulo quincuagésimo sexto **De sus armas y vestidos**

La armadura que se ponen los tártaros es de fuerte y resistente cuero cocido de búfalo o de otro animal que tenga piel dura. Llevan mazas y espadas, pero se sirven preferentemente de arcos y flechas. Son excelentes arqueros, enseñados y entrenados a este ejercicio desde niños. * * * usan trajes recamados en oro y sobre los vestidos llevan pieles finas de raposas, veros y también de armiños; asimismo se cubren de pieles de los animales llamados cibelinas, que son muy finas y apreciadas.

Capítulo quincuagésimo séptimo De la comida común de los tártaros

El mantenimiento ordinario de los tártaros es carne y leche, y aquella de animales puros e impuros, pues comen carne de caballo y perro, y asimismo de algunos reptiles denominados en romance «ratas del Faraón», que se encuentran en suma abundancia en las llanuras. Beben leche de yegua, que saben preparar de modo que parece vino blanco, que es también muy sabrosa y se llama en su lengua chemius.

Capítulo quincuagésimo octavo De su idolatría y plegarias

Los tártaros veneran a un dios que se llama Nacigoy, que consideran señor de la tierra y que vela por ellos, los frutos de la tierra, sus hijos y sus ganados. A este falso dios lo adoran con muy honda devoción. En sus casas tienen una imagen suya de fieltro o de otro paño, y la colocan en el lugar de honor. Creen que tiene mujer e hijos, a los que hacen también fetiches de fieltro; el ídolo de la mujer de Nacigay lo ponen a la izquierda, el de su hijo ante él. Profesan reverencia suma a estos ídolos; cuando van a comer o a cenar, untan antes la boca de los dioses con grasa de la carne cocida; una

parte del caldo, es decir, del agua en la que se ha cocido la carne, la derraman fuera de la casa, para que los dioses susodichos reciban su parte. Acabado este ritual se sientan a la mesa. Si fallece soltero el hijo de un tártaro y muere doncella la hija de otro, el padre del mozo difunto pide para su hijo muerto la mano de la muchacha muerta, y cuando el padre de la doncella da su consentimiento, hacen que se extienda un contrato por escrito y dibujan en papel al joven y a la doncella, así como vestidos, dineros, multitud de enseres y ajuar diverso; después prenden fuego al documento y las pinturas y creen, engañados por ceguera diabólica, que aquellos muertos contraen matrimonio entre sí en la otra vida cuando el humo de los papeles quemados sube por el aire. Y con tal motivo celebran solemnes banquetes nupciales, de los que esparcen trozos acá y acullá, para que el novio y la novia tengan su porción del festín de bodas. Desde entonces los padres y la familia de los difuntos se consideran tan emparentados como si aquel matrimonio fantasmagórico se hubiera efectuado de verdad.

Capítulo quincuagésimo noveno **Del valor, la industria y la fortaleza de los tártaros**

Son los tártaros arrojados en las armas y victoriosos en las lides, pues no son hombres de melindres, sino de mucho brío; cuando lo exige una guerra o alguna necesidad del ejército, son más duros y dispuestos a soportar penalidades que los demás pueblos del mundo; durante un mes entero, si fuere necesario, no comen otra cosa que leche de las acémilas y carne de los animales que cazan; también sus caballos se contentan sólo con la hierba que hallan en las praderas y no es preciso que se les prepare grano u otro pienso. En ocasiones los tártaros aguantan toda la noche armados sobre sus monturas, y sus caballos entretanto pacen donde encuentran alguna hierba. Son hombres de muchísimo esfuerzo y se conforman con poco; saben mejor que nadie tomar fortalezas y ciudades. Cuando a causa de una campaña es necesario que emprendan largos viajes, de sus cosas no llevan consigo nada salvo las armas, así como una cabaña pequeña en la que se cobijan cuando llueve; cada cual va con dos botas de cuero, en las que guarda la leche que bebe, y una olla pequeña para cocer la carne, que llamamos en nuestro romance «pinguatella». Si alguna vez urge llegar con

presteza a un lugar remoto, se abstienen durante diez días de todo alimento cocido, si resulta que por la cocción de la comida se retrasa la marcha. Traen leche consigo a modo de pasta sólida, que ponen en agua en una vasija, y la agitan con un palo hasta que se disuelve, y después se la beben. A menudo en lugar de vino o a falta de vino o de agua cortan una vena a sus caballos y chupan su sangre.

Capítulo sexagésimo **De la disciplina de su ejército y su astucia para pelear**

La disciplina de su ejército y su manera de luchar es la siguiente. Cuando un general recibe el mando de un ejército de *c* mil soldados, elige a los que quiere como camaradas, y a los tribunos, que mandan a mil jinetes, y a los centuriones y a los decuriones, de suerte que todo su ejército se ordena por mil, cien y diez hombres. Igualmente hay uno que manda a diez mil. Los tribunos son consejeros del capitán de diez mil, los centuriones son consejeros del tribuno y los decuriones son consejeros del centurión, y así sucesivamente, de suerte que ningún oficial tiene más de diez consejeros. Se observa esta norma en un ejército grande y pequeño. Cuando el que manda a cien mil hombres quiere enviar tropas a algún lugar, ordena al que capitanea a diez mil que elija a mil de los suyos; él a su vez manda al tribuno que elija cien, y éste a su vez al centurión que elija diez, y el decurión elige uno: así se escogen mil de diez mil soldados. Cumplen esto con tanta disciplina que todos se relevan por turno, y cada uno sabe cuándo le toca su vez. Todos, cuando son elegidos, obedecen al instante, pues no se encuentra en el mundo entero hombres de tanto acatamiento a sus señores como lo son los tártaros. Cuando avanza la hueste de un lugar a otro, siempre guardan los cuatro flancos doscientos o más centinelas apostados a distancia oportuna, para que no puedan atacar los enemigos de improviso. Cuando luchan en batalla campal con el adversario, a menudo simulan la huida con engaño sin dejar de lanzar flechas, hasta que atraen a sus perseguidores a donde quieren; entonces a una vuelven grupas y obtienen con gran frecuencia la victoria sobre el enemigo, que sufre un descalabro cuando piensa haber vencido. Sus caballos están tan adiestrados, que a voluntad de sus jinetes se revuelven con gran facilidad acá o acullá.

Capítulo sexagésimo primero **De los jueces y su justicia**

En los malhechores hacen justicia de la siguiente manera. Si alguien ha hurtado una cosa de poco valor y precio, por la que no merece la muerte, es azotado con una vara siete veces, o diecisiete, o xxvii, o xxxvii o xlvii, pues a la magnitud del delito corresponde el número de azotes, que llegan hasta cien, añadiendo siempre diez; no obstante, hay quien perece de la zurra. Si alguien roba un caballo u otra cosa por la que merezca la pena capital, es desbarrigado a filo de la espada y muere. Si el ladrón es descubierto y quiere pagar nueve veces el valor de lo robado, se libra de la muerte. Los que poseen caballos, bueyes y camellos marcan su hierro en la piel y después los sueltan a pastar sin guardianes. Cuando vuelven, si entre los suyos encuentra un animal de otro, se apresura a buscar a su amo para devolverle en el acto lo que es suyo. El ganado menor se confía al cuidado de pastores, pues tienen rebaños hermosos sobremanera. Estas son todas las costumbres comunes de los tártaros; pero como ahora están mezclados entre diversos pueblos, en muchas comarcas pierden muchas de sus costumbres y se acoplan a la manera de vivir de otros.

Capítulo sexagésimo segundo **De las campiñas de Bargi y las últimas islas del aquilón**

Habiendo expuesto en parte las costumbres de los tártaros, pasaré ahora a describir otras regiones. Después de salir de la ciudad de Carocoram y del monte Alchay, se avanza al aquilón a través de la campiña de Bargi, que tiene longitud xl jornadas. Los habitantes del lugar se llaman «metrich», están sometidos al Gran Kan y siguen las costumbres de los tártaros; son hombres salvajes y se sustentan de la carne de los animales que apresan en la caza, y sobre todo de ciervos, de los que tienen gran cantidad, y que también domestican y en los que cabalgan una vez amaestrados. Carecen de grano y vino. En el verano tienen mucha caza de aves y de fieras salvajes; durante el invierno todos los animales y los pájaros emigran de allí por

el frío rigurosísimo de aquella región. Al cabo de aquellas xl jornadas se llega al mar Océano, junto al cual se yerguen unos montes donde anidan herodii o halcones peregrinos que son llevados de allí a la corte del Gran Kan. En aquellas sierras no se encuentran más pájaros que los susodichos halcones y otra especie de aves que se dicen bardelach, de las que se alimentan los herodii; esas aves son grandes como perdices y tienen las patas como papagayos y la cola de golondrina; son largas y de raudo vuelo. En las islas de aquel mar nacen gerifaltes en gran número, que son llevados al Gran Kan; los gerifaltes que se traen a los tártaros desde tierras de cristianos no se ofrecen al Gran Kan, porque tiene muchísimos, sino que se llevan a otros tártaros que confinan con los armenios y los comanos. En aquellas islas que están situadas tan al aquilón la estrella polar ártica, que se dice en romance «tramontana», queda al mediodía.

Capítulo sexagésimo tercero **Del reino de Ergimul y de la ciudad de Singuy**

Es preciso que retornemos de nuevo a la ciudad de Campion, de la que se hizo mención más arriba, para describir otras provincias comarcanas. Después de salir de la ciudad de Campion se marcha al oriente durante cinco jornadas; en aquel camino se oyen de noche muchas voces de demonios. Después de esas cinco jornadas, se encuentra el reino de Ergimul, que está en la gran provincia de Tanguth, reino que está sometido al Gran Kan. Viven allí cristianos nestorianos, idólatras y otros que guardan la ley de Mahoma. Hay en él muchas ciudades y aldeas. Al siroco entre oriente y mediodía se va a la provincia de Talchay, pero antes se da con la ciudad de Singuy, tributaria del Gran Kan, donde moran igualmente cristianos nestorianos, idólatras y secuaces de la ley de Mahoma. Hay allí bueyes salvajes hermosísimos, grandes como elefantes; cubre por todas partes su cuerpo un pelaje blanco, salvo en el dorso, y allí, esto es, en el lomo, les nacen pelos negros de tres palmos de longitud. Muchos de estos bueyes son mansos y están domados y acostumbrados a llevar grandes cargas; otros se uncen al arado y por su maravillosa fortaleza llevan a cabo en breve tiempo mucha faena en la labranza. En esta tierra existe el mejor almizcle que hay en el mundo, que se extrae de un animal que es hermoso en extremo y tiene el

tamaño de un gato, pelos gruesos como un ciervo y patas como un gato; cuenta con cuatro dientes, a saber, dos arriba y dos abajo, de tres dedos de longitud; junto al ombligo tiene, entre la carne y la piel, una vejiga llena de sangre, y aquella sangre es el almizcle, que exhala tanto aroma; y de estos bichos hay allí cantidad infinita. Los habitantes de la región son idólatras y rijosos, observantes de la ley de Mahoma y tienen cabello negro. Los hombres son barbilampiños y sólo les crece pelo en las comisuras de los labios; su nariz es pequeña y su cabello negro. Las mujeres son hermosas y muy blancas; los hombres buscan esposas antes bellas que nobles, pues un varón linajudo y poderoso se casa con una mujer pobre si es agraciada, y le da dote a la madre. Viven allí muchos comerciantes y numerosos artesanos. Tiene esta provincia xxv jornadas de longitud, y es muy fértil. Hay allí faisanes el doble de grandes que en Italia, y tienen la cola de diez o nueve palmos de longitud y, como mínimo, de ocho o siete; hay también faisanes que se asemejan en tamaño a los nuestros, y otras muchas aves bellísimas de diversas especies, con plumas hermosas y adornadas de diversos y muy hermosos colores.

Capítulo sexagésimo cuarto Sobre la provincia de Egrigaya

Después de andar ocho jornadas mas allá de la provincia de Ergimul al oriente se avista la provincia de Egrigaya, en la cual hay muchas ciudades y aldeas. Es tierra de la gran provincia de Tanguth, cuya ciudad más principal es Colatia. Sus habitantes son idólatras, salvo algunos cristianos nestorianos, que tienen allí tres basílicas. Están sometidos al Gran Kan. En la ciudad de Colatia se tejen paños que se llaman chamelotes de lana blanca y de pelo de camello, los más hermosos que se hacen en el mundo, que los mercaderes llevan a las demás provincias.

Capítulo sexagésimo quinto De la provincia de Tenduch y Gog y Magog y de Ciagomor

Tras abandonar la provincia de Egrigaya se llega al oriente a la provincia de Tenduch, donde hay ciudades y muchas aldeas, en la que solía residir aquel gran rey de gran nombradía en todo el mundo que llamaban los latinos Preste Juan. Aquella provincia es tributarla del Gran Kan, aunque todavía reina allí uno de la estirpe de aquel monarca que aún se titula Preste Juan, cuyo nombre es Jorge. Todos los Grandes Kanes, después de la muerte de aquel rey que mató Chinchis en combate, han entregado sus hijas como esposas a aquellos soberanos. Aunque haya allí algunos idólatras y otros que viven según la ley del miserable Mahoma, con todo la mayor parte del pueblo de la provincia observa la fe cristiana y se llaman cristianos y señorean en toda la región; entre ellos hay sin embargo un pueblo que tiene los hombres más bellos y más sagaces en los negocios que pueda haber en toda la comarca. En aquellas partes están las regiones que se llaman Gog y Magog; a Gog lo denominan en su lengua Ung, a Magog Mungul. En estos lugares hay parajes en los que se encuentra lapislázuli, del que se hace azul finísimo. En esta provincia se hacen paños de oro y de seda de diversas maneras hermosos en extremo. Hay allí una ciudad donde se fabrican armas de todo tipo, finísimas y muy buenas para las necesidades del ejército. En las montañas de esta comarca hay grandes minas de plata. Abunda allí también la caza por la multitud de fieras salvajes; la región de la sierra se llama Edidisti. A tres jornadas de esta ciudad se halla la ciudad de Ciangomor, en la cual se alza un enorme palacio donde habita el Gran Kan cuando visita la ciudad, pues va a menudo allí porque en los lagos vecinos se encuentran cisnes, grullas, faisanes, perdices y pajarería infinita. El rey, en efecto, recibe gran placer en la captura de las aves con sus gerifaltes y sus herodii o halcones. Las grullas son allí de cinco clases. La primera especie de grullas tiene las alas grandes y son negras por completo, como cuervos; la segunda tiene las alas mayores que las demás, y hermosas; las plumas de sus alas están llenas de ojos redondos de color y resplandor dorado, tal como son entre nosotros las colas del pavo real; tienen los ojos de colores diversos, a saber, blanco, negro y azul. La tercera especie la forman grullas semejantes a las nuestras de Italia. La cuarta se compone de grullas pequeñas, provistas de plumas largas y bellísimas, entreveradas de rojo y negro. La quinta especie corresponde a grullas de color gris, que tienen los ojos rojos y negros, y son muy grandes. Junto a esta ciudad está un valle en el cual se guardan en diversas cabañas perdices en grandísimo número, que

vigilan hombres dedicados a este menester, para que el rey disponga de caza abundante cuando llegue a la ciudad susodicha.

Capítulo sexagésimo sexto **De la ciudad de Ciandu y del bosque del rey que está junto a ella y de las fiestas de los tártaros**

A tres jornadas de la ciudad de Ciagamor se encuentra al aquilón la ciudad de Ciandu, que edificó el Gran Kan Cublay, en la cual hay un palacio de mármol muy grande y hermoso, cuyas salas y habitaciones están adornadas de oro y pintadas con gran variedad. junto al palacio se extiende el bosque del rey, cercado en derredor de muros de mármol que tienen xv millas de perímetro. En ese bosque hay fuentes y ríos y muchas praderas; está poblado de ciervos, gamos y cabras, para que sirvan de alimento a los gerifaltes y los halcones del rey cuando los guardan en su muda. A veces hay al tiempo en una muda doscientos y más gerifaltes, y el monarca los visita en persona todas las semanas. A menudo caza allí el soberano, y lleva a la grupa del caballo que monta un leopardo domesticado, que azuza contra un cervatillo o un gamo; y cuando el leopardo le ha traído la presa, la entrega a los gerifaltes; de esta suerte se deleita a menudo en este pasatiempo. En medio del bosque tiene el rey una casa bellísima hecha de cañas y dorada totalmente por fuera y por dentro y adornada con pinturas diversas, que están cubiertas de barniz con tal esmero que no puede borrarlas la lluvia. Toda la casa está compuesta con tanto refinamiento del arte, que se puede levantar y posar, montar y deshacer sin que sufra menoscabo. Cuando se monta y se dispone a manera de tienda, se sustenta sobre doscientas y más cuerdas tensas. Las cañas con las que se fabrica la casa tienen xv pasos de longitud y más de tres palmos de grosor; con ellas se hacen las columnas, las viguetas y el cierre. También por encima está cubierta toda la casa de estas cañas; parten las cañas por los nudos, y ese pedazo se divide por la mitad, y de cada parte se hacen dos tejas, que dispuestas sobre la casa la protegen de la lluvia y desaguan el agua por debajo. El Gran Kan habita en aquel lugar durante tres, meses al año, a saber, junio, julio y agosto, ya que tiene allí gran templanza el aire y el verano carece de calores; durante esos meses permanece alzada la casa, que en los restantes se guarda desmontada

y plegada. El día xxviii de agosto parte el Gran Kan de la ciudad de Ciandu y se dirige a un lugar para ofrecer a los dioses un solemne sacrificio, pensando que, gracias a él, tanto él como sus mujeres y todos los animales que posee se conservarán sanos y salvos. Cuenta el rey, en efecto, con grandes manadas de caballos blancos, en las que hay más de diez mil yeguas blancas. En el día de la fiesta se prepara leche de yeguas en gran abundancia en vasos muy preciados, y el propio monarca con sus manos vierte mucha leche aquí y allá en honor de sus dioses; y dicen los magos que los dioses beben la leche derramada y que conservan y acrecientan por tal sacrificio cuanto le pertenece al rey. Después del sacrificio diabólico bebe el soberano leche de las yeguas blancas; y no se permite a ningún otro beber en aquel día sino a los que son de su estirpe y a un pueblo de esta región que se llama Oriath, a quien le concedió Chinchis Kan tal privilegio en honor de una gran victoria que consiguió aquel pueblo. En honor de Chinchis se celebra por tanto esta fiesta para siempre jamás en el día xxviii de agosto. Los caballos y las yeguas blancas son tenidos en tanta reverencia por el pueblo, que ningún viandante, cuando cruza la llanura donde están sus pastos, se atreve a transitar hasta que haya pasado todo el ganado. En esta provincia comen la carne de los hombres que han sido ejecutados por la justicia pública, pero rehúsan comer la carne de los fallecidos por enfermedad. Tiene el Gran Kan magos que con maña diabólica hacen que el aire se cubra de tinieblas, mientras que sobre el palacio del rey brilla la luz hacen también a menudo, cuando el rey se sienta a yantar, que los vasos de oro se eleven por arte del demonio de la mesa situada en medio de la sala y se posen sin la menor ayuda humana ante el monarca en su mesa; dicen que pueden hacer esto por virtud de su santidad. Cuando estos magos celebran fiestas a sus ídolos, reciben del rey carneros que tienen la testuz negra, lináloe e incienso, para ofrecer a sus dioses un sacrificio bien oliente; y ofrendan su carne cocida a los ídolos con cánticos y gran algazara y vierten ante ellos el caldo de la carne, y sostienen que así mueven a clemencia a sus dioses para que se dignen dar fertilidad a las tierras.

Capítulo sexagésimo séptimo **De algunos monjes idólatras**

En aquella región hay muchos monjes consagrados al culto de los ídolos. Existe allí un gran monasterio, que por su tamaño parece una ciudad pequeña, en el cual viven cerca de dos mil monjes que sirven a los ídolos. Contra la costumbre de los seculares, se pelan la cabeza y las barbas y se ponen atuendos más a tono con la religión. Estos entonan grandes cánticos en las festividades de sus dioses y encienden en su templo abominable gran cantidad de candelas. Además de éstos, hay en otros parajes de aquella región muchos y diversos monjes gentiles, de los cuales unos tienen muchas mujeres, otros por el contrario guardan castidad en honor de sus dioses y llevan una vida muy estricta y no comen sino espelta mezclada con agua; se visten de paño muy grosero y áspero de color negro y duermen sobre jergones muy duros. Hay también otros monjes paganos que observan una regla más relajada. Los que viven de forma tan austera a estos otros monjes los tildan de herejes, diciendo que no veneran a sus dioses como es debido.

Libro Segundo

Capítulo primero

Del poder de Cublay, el muy gran rey de los tártaros

En el contenido de este libro segundo trataré de mostrar la grandeza de Cublay, el muy gran rey de los tártaros, que consta que vive hasta el tiempo de redactarse este libro. Su pujanza en riquezas, en dominio de tierras y en señorío de multitud de pueblos es evidente que excede a lo que se pueda contar de cualquier otro rey o príncipe de todo el tiempo pasado, como se verá de manera paladina en los capítulos siguientes. Desciende este Cublay Kan, es decir, «señor de señores», del linaje del rey Chinchis, y es el sexto Kan, como se desprende de lo dicho arriba. Comenzó a reinar en el año de nuestro Señor Jesucristo de mclvi y alcanzó el reino por su sabiduría y valor, pues algunos de sus hermanos y parientes trataron de impedir que reinara, aunque por derecho le correspondía el trono. Es varón esforzado en las armas, robusto en virtud, aventajado en consejo y avisado y prudente en el gobierno del ejército y del pueblo. Antes de recibir la corona del reino salía a menudo a la guerra y en todo se portaba como bueno; sin embargo,

desde que la ciñó, no ha marchado sino una vez en campaña, pero envía a la lucha a sus hijos y barones.

Capítulo segundo

De cómo Nayam se atrevió a alzarse contra Cublay

La causa por la que salió sólo una vez a combate desde su coronación es ésta. En el año del Señor de mclxxvi un tío paterno suyo, de nombre Nayam, de treinta años de edad, que gobernaba muchas regiones y pueblos, pensó, trastornado por su mocedad, en levantarse de repente contra Cublay con un gran ejército. Para ello requirió a un rey llamado Caidú, que era sobrino de Cublay, pero que le tenía gran aborrecimiento; éste, dando su consentimiento a la rebelión, prometió que marcharía en persona con él al frente de cien mil soldados. Acordaron reunirse con sus ejércitos en una llanura para invadir después a una y de improviso las tierras del Kan. Nayam, congregados cuatrocientos mil soldados, llegó al lugar convenido, donde esperó la llegada del rey Caidú.

Capítulo tercero

De cómo el rey Cublay se preparó para hacerles frente

Entretanto, el rey Cublay se enteró de cuanto habían tramado, y, sin dejarse intimidar en lo más mínimo por semejante conspiración, juró que nunca más llevaría la corona si no se vengaba de aquella traición y felonía. En veintidós días reunió ccclx mil jinetes y cien mil peones de las tropas próximas a la ciudad de Cambalú. La razón por la que no juntó un mayor ejército fue que quiso atacar de repente por sorpresa, pues si se hubiese detenido más tiempo en alistar un ejército más numeroso, hubiese llegado la nueva a Nayam, y quizá por ello hubiesen retrocedido o hubiesen trasladado su campo a un lugar más seguro. Por este motivo no quiso avisar a los ejércitos que había enviado a conquistar diversas ciudades y provin-

cias, ya que hubiese podido congregarse en pocos meses tan gran muchedumbre de jinetes y de infantes que, por el pasmo que produciría esa hueste innumerable, parecería cosa increíble. Mientras, el rey ordenó que se tomasen todos los caminos con toda diligencia, de suerte que Nayam no pudiese saber de antemano sus preparativos y su llegada; así, pues, los que iban y venían eran retenidos por los centinelas del rey, por lo que Nayam no pudo enterarse previamente de su ataque. Consultó el rey Cublay a los astrólogos sobre el resultado de su expedición, y ellos a una le respondieron que triunfaría con honra sobre sus enemigos.

Capítulo cuarto **De cómo trabaron combate y fue vencido Nayam**

Reunido su ejército, Cublay levantó el campo y en veinte días llegó a la llanura donde Nayam esperaba los ejércitos del rey Caidú. Durante la noche descansó su hueste junto a un alcor; en cambio, los soldados de Nayam andaban esparcidos por la planicie, desarmados, entregados a los placeres y sin precaverse del peligro. Al despuntar el alba el rey Cublay subió al otero y ordenó a todos los soldados de su ejército en xii haces, de suerte que cada haz se componía de treinta mil hombres. Colocó a los peones junto a los jinetes de manera que en todas las haces a cada jinete lo flanquearan dos infantes con lanzas, hasta completar el número de peones. El rey iba en un maravilloso pabellón de madera que arrastraban cuatro elefantes, donde se encontraba el estandarte real. El ejército de Nayam, al ver las enseñas y la hueste de Cublay, cayó presa de un gran pánico, pues aún no había venido el ejército de Caidú. Nayam, por su parte, dormía en su tienda con una baragana que había traído consigo; despertado por los suyos desmayó un momento. No obstante, mientras descendía el enemigo, ordenó él sus haces lo más aprisa que pudo. Cublay dispuso los cuerpos de su ejército en círculo. Es costumbre de todos los tártaros tocar primero las trompetas y tañer todos los instrumentos y dar alaridos, y después iniciar el combate al son de los atabales del príncipe. Así, al fin de los cánticos de uno y otro ejército, redoblaron los tambores del rey Cublay y entonces, al precipitarse a la lucha una y otra parte, se llenó el aire de una tan innumerable cantidad de saetas que antes parecía lluvia que rociada de flechas. Descargados los car-

cajes, comenzaron a luchar con espadas, lanzas y mazas. Era Nayam cristiano de religión, pero no seguidor de las obras de la fe; en su pendón principal llevaba la señal de la Cruz, y traía consigo a muchos cristianos. Se combatió desde la mañana hasta el mediodía y cayeron muchos de uno y otro bando. Por fin, al desfallecer y volver la espalda la gente de Nayam, quedó vencedor Cublay. En la propia huida se dio muerte a una asombrosa multitud de hombres; a su vez, Nayam fue hecho prisionero y entregado al rey.

Capítulo quinto **De la muerte de Nayam**

El rey Cublay ordenó que se ajusticiase inmediatamente a Nayam, por traidor a su señor y rebelde. Pero como era de su linaje, no quiso que se deramase sangre de estirpe real, para que la tierra no bebiese sangre regla ni el sol o el aire viesen la muerte de alguien de prosapia de reyes; hizo, pues, que se le envolviera en una alfombra y que se le atara una vez envuelto y que, después de atado, fuera zarandeado de acá para allá y sacudido una y otra vez hasta morir sofocado. A la muerte de Nayam, todos sus barones, capitanes y soldados que pudieron escapar con vida, entre los cuales se encontraban muchos cristianos, se entregaron sin condiciones al dominio del rey Cublay, Por tanto, el rey Cublay conquistó entonces cuatro provincias, cuyos nombres son los siguientes, a saber, Futorcía, Cauli, Rascol y Sinchitra.

Capítulo sexto **De cómo el rey Cublay impuso silencio a los sarracenos y judíos que se atrevieron a insultar la señal de la Cruz de salvación**

Los judíos y los sarracenos que habían formado parte del ejército de Cublay comenzaron a insultar a los cristianos que habían venido con Nayam,

porque su Cristo, cuya Cruz Nayam enarbolaba en su bandera, no le había podido socorrer ni a él ni a los suyos; y así, sin temor a escarnecer todos los días el poder de Cristo, inferían agravio a los cristianos. Los cristianos que habían dado obediencia al rey le presentaron queja acerca de esta afrenta. Este, convocando a los judíos y a los sarracenos junto con los cristianos, dijo lo siguiente a los cristianos: «No os sonrojéis si vuestro Dios y su Cruz no quiso prestar ayuda a Nayam, ya que un Dios bueno no debe patrocinar la injusticia y la iniquidad. Nayam, que fue traidor a su señor y rebelde contra la justicia, imploraba la ayuda de vuestro Dios en su maldad, pero vuestro dios, que es bueno, no quiso favorecer sus crímenes. Por tanto, ordeno a todos los judíos y sarracenos que ninguno de ellos por esta razón se atreva a blasfemar de la Cruz del Señor y vuestro Dios». Así fue como aquéllos cesaron de insultarlo en adelante. El rey Cublay, victorioso, regresó a su ciudad de Cambalú, y no ha salido más con su ejército contra los enemigos, sino que envía a sus hijos y barones al frente de sus tropas adonde sea necesario.

Capítulo séptimo

De cómo el Kan, gran rey, recompensa a sus caballeros cuando obtiene una victoria

A los capitanes de sus ejércitos, cuando logran la victoria en la guerra, los honra de la manera siguiente: al que manda a cien soldados lo pone al frente de mil, y así correlativamente asciende a los demás y les hace regalos de copas de oro y de plata y diplomas de privilegios y mercedes de oro y plata, que contienen en la inscripción grabada en la chapa el galardón conferido; por una cara el letrero es de este tenor: «Por el poder del gran dios y por la gran gracia que ha conferido a nuestro emperador, loado sea el nombre del Gran Kan»; por la otra cara está esculpida la imagen de un león con el sol y la luna o la imagen de un gerifalte o de otros animales. Cuando sale en público el que tiene en la chapa la imagen del león con el sol y la luna, se lleva sobre él un quitasol en señal de gran autoridad; el que tiene la imagen de un gerifalte, puede llevar consigo como comitiva de un lugar a otro la caballería hasta de un príncipe; y así está muy bien dispuesto todo en lo que se debe obedecer a los que tengan las chapas. Quien no presta

cumplida obediencia a satisfacción del poseedor, tal y como requiere su autoridad, será condenado a muerte por rebelde al Gran Kan.

Capítulo octavo
Del aspecto del rey Cublay y de sus mujeres, hijos y criadas.

El gran rey Cublay es muy apuesto, de estatura mediana, ni muy grueso ni muy flaco; tiene la cara redonda y blanca, los ojos negros, la nariz muy hermosa, y en toda la complexión de su cuerpo está muy bien proporcionado. Tiene cuatro mujeres a las que da el nombre de legítimas. El primogénito de la primera le debe suceder en el trono. Cada una de estas cuatro dispone para sí de una corte real en su propio palacio, pues posee trescientas doncellas escogidas y muchos criados eunucos y otros servidores sin cuento, de suerte que el séquito de cada una de ellas se compone de cerca de diez mil hombres y mujeres. Además tiene el rey muchas concubinas; en efecto, hay un pueblo entre los tártaros que se llama Unctas, en el que nacen mujeres bellísimas y adornadas de excelentes costumbres; de éstas tiene en palacio un número de cien, que están a cargo de nobles matronas, las cuales ponen en su custodia diligente celo y es preciso que vean si las afea alguna enfermedad o defecto; las que carecen de toda mácula corporal se reservan para el rey. Seis de ellas tienen durante tres días y tres noches el cuidado de la cámara regia, y cuando el monarca entra a descansar y cuando se levanta le asisten y duermen en su aposento; el cuarto día otras seis relevan a las primeras y durante tres días y tres noches se ocupan del mismo menester; así, por turno, cada día reemplazan otras seis a las precedentes, y de esta manera se suceden unas a otras hasta que se llega al número de cien. De las cuatro esposas susodichas tiene el rey xxii hijos. El primogénito de la primera mujer se llamaba Chinchis y hubiese debido sucederle en el trono; pero como ha muerto antes que su padre, la sucesión recae en su hijo Themur, porque es el hijo del primogénito. Thernur es hombre valiente y esforzado y muy prudente, y ya ha conseguido muchas victorias. De las criadas tiene el rey Cublay xxv hijos muy valerosos, que todos son grandes señores.

Capítulo noveno
Del palacio maravilloso que hay en Cambalú y de la asombrosa
hermosura de aquel lugar

Durante tres meses, a saber, diciembre, enero y febrero, el rey Cublay reside sin interrupción en la ciudad regia, en la cual se alza el palacio real, que es de esta traza. En primer lugar su circunferencia abarca cuatro millas, de suerte que cada uno de sus cuatro lados mide una milla. La muralla del palacio es de gran grosor, y de diez pasos de altura; su fachada exterior está pintada por todas partes de blanco y rojo. En cada esquina de la muralla se levanta un palacio grande y hermoso; igualmente hay otro palacio en el centro de cada fachada de las murallas principales, de manera que hay en todo el contorno ocho palacios. En éstos se guarda el aparato y las armas de guerra, a saber, arcos, flechas, aljabas, espuelas, sillas, frenos, cuerdas de arco y demás pertrechos pertinentes al combate; en cada palacio se conservan sólo armas de una clase. La fachada del palacio que mira al mediodía tiene cinco puertas, de las cuales la central es mayor que las demás y no se abre jamás, salvo para la entrada o la salida del soberano, pues nadie puede cruzar por ella excepto el rey; pero tiene dos puertas menores laterales por las que pasan los que acompañan al monarca. Las tres restantes fachadas están provistas de una única puerta en su centro, por la que puede entrar libremente quienquiera. Detrás de los palacios susodichos situados en la fachada, corre a la distancia oportuna otro muro a la manera del anterior que contiene igualmente ocho palacios, en los que se guardan otros aprestos y enseres preciosos y joyas del gran rey. En el centro del espacio interior se encuentra el palacio real; carece de terraza, pero su pavimento sobresale diez palmos del suelo del exterior. Su techo es muy alto y está primorosamente pintado. Las paredes de las salas y de las habitaciones están todas recubiertas de oro y de plata y en ellas se encuentran hermosas pinturas y cuadros con historias de batallas. Gracias a estos adornos y pinturas el palacio resplandece sobremanera. En la sala mayor se sientan a la mesa al mismo tiempo alrededor de seis mil hombres. Detrás de las murallas susodichas y entre los mencionados palacios se extienden amenos jardines, cubiertos de praderas y arbustos silvestres de sabrosísimos frutos. Pueblan los vergeles muchos animales salvajes, a saber, ciervos blancos, los bichos en los que se encuentra el almizcle, de los cuales se ha hablado en el libro primero, cabras, gamos, veros y otros muchos animales a maravilla. En la parte de la sala que da al aquilón se extiende junto al palacio un es-

tanque en el que se crían muchos y exquisitos peces, que se llevan allí de otras partes; de éstos puede elegir el rey según le plazca. Al estanque lo atraviesa un río, a cuya entrada y salida están puestas rejas de hierro, para que los peces no puedan escapar. Fuera del palacio y a una legua se eleva un montecillo de cien pasos de altura y de una milla de circunferencia, sembrado de árboles cuya hoja siempre verdea. Dondequiera que sepa el rey que hay un árbol hermoso, hace que se le traslade allí con sus raíces a lomo de elefantes, incluso desde regiones remotas, y ordena que se plante en el jardín; por tanto, crecen en él árboles hermosos sobremanera. Todo el monte es ameno y cubierto de hierba verde; y como todas las cosas son allí verdes, por eso se llama Monte Verde. Remata su cumbre un palacio pintado de verde. En ese montecillo se recrea a menudo el Gran Kan en sus ratos de holganza. junto al palacio susodicho construyó el rey Cublay otro palacio semejante a él en todo, en el que habita Themur, el que ha de reinar a su muerte, que dispone de una corte regia muy magnífica; y tiene bulas imperiales y sello imperial, pero no con tanta plenitud de poderes como el Gran Kan.

Capítulo décimo **Descripción de la ciudad de Cambalú**

La ciudad de Cambalú se encuentra a la orilla de un gran río en la provincia de Cathay, y antaño fue famosa y sede regia: en efecto, Cambalú quiere decir en nuestra lengua «ciudad del señor». El Gran Kan la trasladó a la otra banda del río, ya que se había enterado por los astrólogos que en el futuro sería rebelde a su imperio. La ciudad es cuadrada y se extiende por xx millas. La fachada de cada lado tiene muros de adobe de seis millas de longitud, enjalbegados por fuera, de veinte pasos de altura y de anchura, por la parte inferior, de diez pasos; conforme se elevan se van adelgazando, de modo que su cima sólo mide tres pasos de anchura. Tiene también xii puertas principales, a saber, tres a cada lado, y sobre cada puerta se eleva un palacio. En todas las esquinas de los muros hay igualmente palacios que contienen gran número de cámaras, donde se guardan las armas de la guarnición de la ciudad. Cruzan además el recinto calles anchas y tiradas a cordel con tal precisión que desde una puerta, a causa de la rectitud de la vía,

se ve en derechura la puerta de enfrente. En su interior hay muchos y muy hermosos palacios. En el centro se alza un palacio muy grande donde hay una campana enorme, con la que se dan cada tarde tres toques, después de los cuales no le está permitido a nadie salir de casa salvo por enfermedad o a causa de un parto. Es preciso que cuantos circulan de noche por las calles lleven una antorcha. Cada una de las puertas de la ciudad es vigilada todas las noches por mil hombres, y no por temor a los enemigos, sino a los bandidos, ya que el rey procura con sumo celo tener a raya a los ladrones.

Capítulo undécimo **De las muy grandes mercaderías de la ciudad de Cambalú**

Fuera de la ciudad de Cambalú hay xii inmensos arrabales delante de cada puerta, en los que se hospedan los mercaderes y los viandantes, pues afluye continuamente a la ciudad un gran gentío por la corte del rey y las mercaderías sin cuento que allí se llevan. En aquellos arrabales habita grandísima multitud de hombres, y hay en ellos palacios tan bellos y grandes como los de dentro, a excepción del palacio real. En la ciudad no se da sepultura a ningún muerto, pues todos los que son idólatras son incinerados a la salida de los arrabales; también los cuerpos de los que no han de ser quemados reciben sepultura en las afueras. Debido al sinfín de extranjeros que acuden a la ciudad viven allí alrededor de veinte mil meretrices, que moran extramuros, ya que a ninguna de ellas le está permitido residir dentro del recinto amurallado. A Cambalú son traídas tantas y tan grandes mercaderías, que supera en volumen de contratación a cualquier ciudad del mundo entero: se llevan allí piedras preciosas, perlas, seda y especias preciosas en abundancia incalculable desde la India, Mangi, Cathay y otras regiones infinitas. Está situada en un emplazamiento óptimo y desde las regiones comarcanas se puede ir a ella con facilidad, pues se encuentra en el centro de muchas provincias: según el cuidadoso cálculo hecho por los comerciantes de la tierra, en efecto, no pasa día en todo el año en que no lleven allí los mercaderes extranjeros más de mil carretas de seda, ya que se hacen en ella infinitos trabajos en oro y seda.

Capítulo duodécimo

De cómo se custodia la persona del Gran Kan

El Gran Kan tiene en su corte xii mil jinetes mercenarios que se llaman quesatanos, es decir, «fieles caballeros del señor». A estos jinetes los mandan cuatro capitanes, cada uno de los cuales está al frente de tres mil hombres. Su misión estriba en custodiar la persona del Gran Kan de día y de noche, y reciben su salario de la corte del rey. Establecen su guardia de la siguiente manera: un capitán con sus tres mil hombres permanece durante tres días y tres noches en el interior del palacio para velar por el monarca, mientras los demás descansan; pasados los tres días hacen otros el relevo, tomando su puesto y manteniéndolo, y así sucesivamente lo custodian durante todo el año. Se monta esta guardia por honra de la majestad real, no porque el monarca tenga miedo a nadie.

Capítulo décimo tercero

De la solemnidad de sus banquetes

El protocolo que se guarda en los banquetes del rey es el siguiente. Cuando el soberano por una fiesta u otra causa quiere celebrar un festín en la gran sala, la corte se sienta a la mesa así: en primer lugar, se pone la mesa del rey más elevada que las demás, de manera que el monarca, sentado en la parte septentrional del salón, mire al mediodía; a su izquierda, es decir, junto a él, se sienta la reina mayor, esto es, su primera mujer; a su derecha toman asiento sus hijos y sobrinos y los que descienden de estirpe imperial, pero sus mesas están puestas tan por debajo de la mesa real que sus cabezas sólo llegan a los pies del gran rey; los restantes barones y caballeros son colocados igualmente en mesas todavía más bajas. Según el mismo orden se acomodan a la izquierda las demás reinas y las esposas de los grandes barones; en efecto, el rango que tiene el príncipe o el barón lo poseen también sus mujeres. Todos los nobles que comen en la corte en las fiestas del rey llevan a sus esposas al banquete. Las mesas están dispuestas de suerte que el Gran Kan, desde su sitio, contemple a todos los comensales, pues en tales convites se congrega siempre una gran muchedumbre. Fuera de la sala

del trono hay otras cámaras laterales, en las que comen en las fiestas del monarca a veces xl mil hombres, sin contar los que pertenecen a la corte del rey, pues, en estos festejos acuden a la corte muchos feudatarios de tierras y juglares sin cuento y también los que traen joyas y varias y diversas novedades. En mitad de la sala se pone un recipiente de oro lleno de vino o de alguna bebida exquisita, que tiene la capacidad de un tonel o dolium, a uno y otro lado del cual hay cuatro grandes picheles de oro purísimo, un poco más pequeños que aquel recipiente, en las cuales fluye el vino del recipiente mayor; de esos picheles se escancia el vino en unas jarras de oro que se ponen entre cada dos comensales en las mesas de los invitados al banquete real; cada una de ellas es de tal tamaño, que contiene vino para ocho o diez hombres. Todos beben en grandes copas provistas de pie y de asa de oro, que son todas de valor imponderable. Hay también otra cantidad de copas de oro y de plata tan infinita e inapreciable, todas ellas en la corte del rey, que cuantos lo ven quedan pasmados y el que no lo ha visto apenas puede dar crédito a quienes se lo cuentan. Los servidores que atienden al monarca mientras come son grandes barones; sin excepción llevan su boca tapada con un finísimo cendal de seda, para que el aliento del que le sirve no pueda rozar su comida o su bebida. Cuando el rey toma la copa o bebe, todos los que tienen instrumentos musicales, situados ante él, tocan cada uno el suyo y cuantos barones y criados sirven en el salón se hincan de rodillas. Excusado es referir los manjares que se llevan a la mesa, ya que cada cual puede imaginar por sí mismo que, a tenor de tan fastuosa corte, se prepara una comida opípara y exquisita. Al terminar el banquete se levantan todos los tañedores de laúd y entonan dulces melodías, y los juglares, los histriones y los nigromantes hacen grandes juegos y solaces en presencia del rey y los demás que comen en su corte.

Capítulo décimo cuarto

De la gran fiesta de cumpleaños del rey y sobre la magnificencia de vestimentos de los caballeros de su corte

Es costumbre de todos los tártaros celebrar solemnemente el día del nacimiento del rey. El cumpleaños del Gran Kan cae en el xxviii del mes de setiembre, día en el que hace mayor fiesta que en cualquier otro del año,

exceptuando la festividad de las calendas de febrero, que veneran como comienzo del año, pues febrero es entre ellos el primero de los meses del año. Así, pues, en la fiesta de su cumpleaños el rey Gran Kan se pone un indumento precioso de oro, que es de valor infinito. Tiene en su corte a barones y caballeros en número de xii mil, que se llaman «los fieles del rey más allegados». A todos estos los viste consigo siempre que celebra una fiesta, que son trece al año, y les da también en todas las fiestas susodichas cinturones de oro de gran valor y calzados de camocán recamados en plata de manera muy primorosa, de modo que cada uno de ellos, revestidos de este atuendo regio, semeja un gran rey. Aunque el ropaje del Kan sea el más rico, los trajes de los demás caballeros valen tanto, que muchos de ellos sobrepasan la estima de diez mil besantes de oro. Así, pues, da todos los años a sus barones y caballeros sin excepción vestidos preciosos adornados de oro, perlas y otras piedras preciosas además de los cinturones y los calzados susodichos por un total de clvi mil. Las vestiduras de los caballeros son del mismo color que el ropaje del Gran Kan. En la fiesta del cumpleaños del Gran Kan todos los reyes, príncipes y barones sometidos a su señorío envían presentes a su soberano y cuantos quieren solicitar mercedes o cargos entregan sus peticiones a xii barones que se ocupan de este menester, por los cuales se da respuesta a todo. Es preciso también que todos los pueblos, sea cual fuere su religión, cristianos, judíos, sarracenos y los demás paganos invoquen a sus dioses con solemnes plegarias por la vida, la salud y la prosperidad del Gran Kan.

Capítulo décimo quinto

De otra gran fiesta que se celebra en las calendas de febrero

En el día primero de febrero, es decir, en las calendas, a saber, el primero del año según el cómputo de los tártaros, el Gran Kan y todos los tártaros, dondequiera que estén, celebran una muy gran fiesta. El rey, los barones, los caballeros y el resto del pueblo, hombres y mujeres, se visten si pueden en esa fecha de blanco y llaman a la fiesta de aquel día «la fiesta blanca» y dicen que el vestido blanco trae buena ventura y que por ello van a tener buena suerte en aquel año. En este día todos los señores de las tierras y los gobernadores que tienen capitanías del rey le ofrecen presentes de oro y de

plata, perlas, gemas, paños muy bellos de color blanco y caballos blancos muy hermosos; alguna vez se le han ofrecido al rey cien mil corceles. Igualmente en esa jornada se cruzan los demás tártaros regalos entre sí y hacen grandes regocijos unos con otros, para así vivir felices el resto del año. Con tal ocasión se traen a la corte todos los elefantes del rey, que alcanzan un número de cinco mil, y van revestidos de gualdrapas muy vistosas y de diversos colores, en las que están bordadas en paño historias de fieras y de aves. Cada elefante carga dos arcas enormes y espléndidas, que contienen las copas de oro y de plata del rey y otros muchos aparejos necesarios para la fiesta blanca; también son conducidos allí muchos camellos cubiertos de paños, que llevan multitud de enseres precisos para la fiesta. Todos los animales desfilan en presencia del monarca, pues contemplar este espectáculo causa maravilla y deleite. Al alba, es decir, en el día de la fiesta blanca, antes de estar puestas las mesas, todos los reyes, generales, barones, caballeros, médicos, astrólogos, capitanes y oficiales acuden a la sala del Gran Kan, y los que no tienen acomodo en ella a causa del gentío son instalados en las salas laterales, donde puedan ser muy bien vistos por su soberano que está sentado en su trono. Cada uno ocupa el lugar que le corresponde según el rango de su grado y oficio. Entonces se levanta uno en el medio que exclama a voz en cuello: «Inclinaos y adorad». Al oír este grito se levantan todos muy presto y se ponen de hinojos e inclinando la frente en tierra adoran al rey como a un dios; y hacen esto cuatro veces. Terminada la adoración se encaminan todos por orden al altar que está colocado en la sala, encima del cual se alza una tabla pintada de rojo que lleva escrito el nombre del Gran Kan; y toman un bellissimo incensario allí dispuesto, en el que hay inciensos bien olientes, y en honor del Gran Kan inciensan la tabla y vuelven a su sitio. Acabado este maldito sahumero, cada uno en presencia del rey ofrece presentes, de los que se ha hablado antes. Después se preparan las mesas y se celebra un banquete de gran gala con gran alborozo. Tras el festín los juglares hacen grandes solaces. En semejantes fiestas se lleva ante el monarca un león domesticado, que yace manso a sus pies como un cachorro, ya que lo reconoce como señor.

Capítulo décimo sexto

De los animales salvajes que en determinadas épocas del año envían los cazadores a la corte

Durante los tres meses que reside el Gran Kan en Cambalú, es decir, diciembre, enero y febrero, los cazadores de los lugares, por orden del rey, deben dedicarse a la caza en un compás de lx jornadas en torno a la provincia de Cathay, y presentar a sus amos todos los venados, esto es, ciervos, osos, cabras, jabalíes, gamos y otros tales animales; éstos están obligados, si viven a treinta jornadas o menos de la corte del rey, a enviar las piezas al Gran Kan limpias de entrañas en carretas o en barcos; si distan más de xxx jornadas de la corte, a mandar sólo los cueros curtidos que son menester para las armas.

Capítulo décimo séptimo

De los leones, leopardos, onzas y águilas acostumbradas a cazar con los hombres

Tiene el Gran Kan para su recreo muchos leopardos domesticados que están acostumbrados a cazar con hombres y despuntan en este tipo de cacería y apresan muchas alimañas. También tiene onzas enseñadas a cazar. Tiene asimismo leones excelentes y muy hermosos, mayores que los que hay en Babilonia, rayados en el pelaje de su piel con listas alargadas de diverso color, a saber, negro, blanco y rojo, que están también adiestrados a cazar con hombres y a capturar con los cazadores jabalíes, osos, ciervos, cabras, asnos y bueyes salvajes; cuando los cazadores del rey quieren llevar consigo a una montería leones, transportan dos de ellos en una carreta, cada uno de los cuales tiene por compañero un perrillo pequeño. Asimismo tiene el rey muchas águilas amaestradas, de tanta fortaleza que cazan fiebres, cabras, gamos y zorras; muchas de ellas son de tal audacia, que con gran ímpetu se abalanzan sobre los lobos, y éstos no pueden librarse de su ataque sin caer en sus garras.

Capítulo décimo octavo **De la magnífica cacería del Gran Kan**

Dos barones del Gran Kan que son hermanos, uno de los cuales se llama Bayan y el otro Mukan, dirigen la cacería del rey de la manera siguiente. Cada uno de ellos está al frente de diez mil hombres, que crían grandes perros que llamamos «mastines», por lo que se dicen en lengua tártara cimei, es decir, «encargados de perros grandes». Cuando el Gran Kan quiere recrearse con gran aparato en una cacería, los dos barones susodichos llevan consigo a xx mil cazadores con una jauría que suma un total de v mil perros. Una vez llegados a la campiña donde se va a celebrar la montería, el gran rey se coloca en el centro con sus barones; uno de los capitanes marcha a la derecha del soberano con sus x mil hombres, el otro con sus otros x mil a la izquierda. Los cazadores se distinguen todos entre sí porque diez mil van vestidos de rojo y los otros diez mil de color del cielo, que en romance decimos «celeste». Forman un haz larga, situándose uno junto a otro a lo largo del campo, y abarcan de uno a otro cabo un compás de tierra que mide casi una jornada; y cada uno va con sus perros. Cuando están desplegados en el lugar susodicho y avanzan ojeando, sueltan los canes que llevan contra las fieras salvajes, de las que hay allí grandísima abundancia. Por tanto, pocas bestias pueden escapar de sus manos debido al número de la jauría y a la diligencia de los cazadores. Resulta un espectáculo muy placentero de ver a los que gustan de semejantes monterías.

Capítulo décimo noveno **De su cetrería**

En el mes de marzo el Gran Kan, partiendo de la ciudad de Cambalú, avanza por la campiña hasta el mar Océano con sus halconeros. Se sigue tal protocolo en semejante cetrería. Salen con él halconeros en número de xx mil, llevando un sinfín de halcones peregrinos y sacres, muchos azores y alrededor de quinientos gerifaltes. Todos ellos se derraman acá y acullá por el campo, y cuando ven aves, que se crían allí en gran abundancia, sueltan los gerifaltes, azores y halcones para su captura; las piezas cobradas se lle-

van en su mayor parte al rey. A su vez, el monarca en persona va con ellos, sentado en un bellissimo pabellón muy bien construido de madera, que va armado con mucho artificio sobre cuatro elefantes; por fuera está recubierto de pieles de león, y por dentro se halla totalmente decorado y dorado; en él tiene para su recreo a algunos barones y xii gerifaltes escogidos; el pabellón está forrado de paños de oro y seda. Junto a los elefantes que cargan el pabellón cabalgan muchos barones y caballeros, que no se separan del rey y que, cuando ven pasar faisanes, grullas u otras especies, se lo indican a los halconeros que acompañan al monarca, los cuales a su vez lo notifican inmediatamente al rey. Este, haciendo abrir el pabellón, ordena soltar los gerifaltes que le place, y así, sentado en su sitial, contempla el juego de las aves. Tiene además consigo diez mil hombres que en esta cacería se esparcen de dos en dos por el campo, cuyo cometido es atender a los halcones, azores y gerifaltes en vuelo y, si fuere necesario, prestarles socorro; son llamados en lengua tártara restaor, es decir, «guardianes». Cada uno de ellos tiene su reclamo y capirote para poder llamar y sujetar las aves de presa; y no es menester que el que ha soltado el ave la siga, ya que éstos están atentos y cuidadosos a que las rapaces no sufran daño ni se pierdan; en efecto, los que se encuentran más cerca están obligados, si fuere preciso, a socorrerlas. Toda ave, sea de quien fuere, tiene una tablilla diminuta en sus patas con la marca de su dueño o del halconero, para que, una vez suelta, pueda ser devuelta a su amo. Cuando no se reconoce la señal, entonces se lleva a un barón que está a cargo de este menester, que se llama lingargue, esto es, «guardián de las cosas perdidas», el cual conserva fielmente las aves que le traen hasta que las reclame su propietario. Lo mismo se hace con los caballos. Por tanto, quien ha perdido un ave en esta cacería acude a este barón, así que no se puede extraviar allí nada. Mientras aquél tiene algo bajo su custodia, hace que se le preste cuidado exquisito. El que no restituye en el acto la cosa entregada a su dueño o al oficial susodicho es considerado como un ladrón. El guardián elige para colocarse el lugar más elevado y clava su estandarte en alto, para que lo encuentren con más facilidad los que quieren entregar o pedir una cosa hallada o perdida.

Capítulo vigésimo **De sus maravillosas tiendas**

Después, yendo solazándose así con las aves, llegan a la gran llanura de Ciamordium, donde están montadas las tiendas del rey y de la corte, que son más de x mil y muy hermosas. Las tiendas del Gran Kan son de la siguiente traza. En primer lugar hay una tienda grande, en la que pueden caber alrededor de mil caballeros, provista de una puerta que se abre al mediodía, donde residen los caballeros y los barones. Cabe ella, al occidente, se alza otra tienda en la que se encuentra la gran sala del rey, donde celebra un consistorio cuando quiere hablar con alguien. A esta sala está unida una habitación por el otro lado, donde duerme, y a éstas se hallan contiguas otras salas y estancias. Las dos salas susodichas, es decir, la sala de los caballeros y el consistorio real, así como su cámara, son del siguiente porte. Cada una de las tres se asienta sobre tres columnas de madera aromática, que están esculpidas con bellísimos relieves muy bien labrados. Por fuera las cubren por todas partes pieles de león de diversos colores, blanco, negro y rojo, que son colores naturales, pues hay en aquella región muchos leones así coloreados; a las tiendas, por estar revestidas de un cuero tan resistente, no les puede causar daño ni el viento ni la lluvia. Por dentro, el escaño de las salas y de la habitación está forrado de pieles de armiño y de cibelinas, que son las pieles más nobles; y hay tan gran cantidad de pieles de cibelinas que bastarían para confeccionar un vestido completo a un caballero; y monta dos mil besantes de oro un vestido hecho de piel fina, y si es de piel común, vale mil besantes. Los animales de los que se obtienen estas pieles se llaman rondes, y son del tamaño de una garduña. Aquellas pieles están colocadas con tal arte y dispuestas con tal orden, que es cosa maravillosa y deleitable de ver. Las cuerdas que sujetan estas tres tiendas son de seda. Junto a ellas se alzan las tiendas de las mujeres, los hijos y las criadas del rey, también muy hermosas * * *. Y es tan grande la multitud de pabellones que semeja una enorme ciudad, pues a este recreo concurre de todas partes muchedumbre sin cuento. Los médicos del rey, sus astrólogos, halconeros y demás oficiales están allí dispuestos, colocados y ordenados como en la gran ciudad de Cambalú. En esta llanura reside el rey todo el mes de marzo, entregándose a las diversiones mencionadas. En tales cacerías se apresan numerosos animales y aves infinitas, ya que por orden del rey en cuantas provincias lindan con Cathay ningún mercader o artesano, morador de la ciudad o del campo, tiene licencia para poseer perros de caza y aves de presa en veinte jornadas a la redonda. Además, a nadie, grande o pequeño, le está permitido cazar desde principio de marzo hasta el mes de octubre, ni le es lícito capturar de alguna manera o con trampa

cabras, gamos, ciervos, liebres u otros animales salvajes. Quien osa hacer lo contrario sufre castigo, por lo que a menudo las liebres, gamos y otros animales semejantes pasan a la vera de los hombres y nadie se atreve a cogerlos. Después retorna el rey con todo su séquito a la ciudad de Cambalú por el mismo camino por el que había ido a la llanura, cazando aves y animales. Cuando llega a la ciudad, celebra una corte muy grande y jubilosa en el palacio real. A continuación, regresan a sus hogares los que habían sido llamados a este efecto.

Capítulo vigésimo primero **De la moneda del Gran Kan y su incontable abundancia de tesoros**

La moneda del Gran Kan se hace así: de la corteza de morera extraen la pulpa y la trituran y apelmazan como hojas de papel. Después la cortan en pedazos grandes y pequeños a modo de dineros y marcan en ellos diversas señales, según lo que ha de valer tal moneda. El dinero más bajo vale un tornés pequeño; el segundo en precio vale un medio grueso veneciano; el tercero monta dos gruesos venecianos, el siguiente cinco, el otro diez * * *. De este dinero ordena el rey que se haga gran cantidad en la ciudad de Cambalú; a nadie, bajo pena de muerte, le está permitido acuñar o pagar con otra moneda o rehusar ésta en casi todos los reinos sometidos a su señorío, y ninguno, aunque sea de otros dominios, puede servirse de otra moneda dentro de las tierras del Gran Kan, y sólo los oficiales del rey la fabrican por orden del monarca. Muy a menudo sucede que los mercaderes que vienen a Cambalú de diversas partes traigan oro, plata, perlas y piedras preciosas, y todo ello lo hace comprar el rey por medio de sus oficiales y ordena que el pago se efectúe en su dinero. Si los mercaderes son de tierras extrañas, donde no tiene curso aquel dinero, lo truecan a toda prisa por otras mercancías que llevan a su patria, de suerte que nadie lo rechaza. Además, el propio Kan manda a menudo en Cambalú que el que tenga oro, plata y piedras preciosas lo presente sin más tardar a sus oficiales, y se le cambia según la tasación justa en dinero; el libramiento se realiza al momento, sin perjuicio para el propietario, y así se vela por su seguridad y el rey puede allegar por este medio tesoros infinitos y maravillosos. Con este dinero paga el sueldo de sus oficiales y se compra todo lo necesario para la

corte. En consecuencia, considera en nada infinita moneda. Así se prueba de manera paladina que el Gran Kan puede superar a todos los príncipes del mundo en gastos, riquezas y tesoros, pues es preciso que todos compran dinero de su corte, dinero que se fabrica de manera tan continua, que llega sin falta en abundancia suma a cuantos quieren adquirirlo.

Capítulo vigésimo segundo

De los xii gobernadores de las provincias, de su deber y de su palacio

Tiene el Gran Kan xii barones que gobiernan a xxiv provincias, a cuyo cargo está la elección de los señores gobernadores y oficiales en las provincias susodichas y en sus ciudades. Tiene también reyes que, proveyendo a los ejércitos de los cuarteles en donde han de acampar todo el año, deben dar cuenta al Kan de cuanto disponen, y éste ratifica con su autoridad sus decisiones. Se llaman seicug, es decir «oficiales de la corte mayor». Estos pueden dispensar muchas mercedes y multitud de favores, por lo que el pueblo les rinde grandes honores. Su morada se encuentra en la ciudad de Cambalú en un gran palacio consagrado a este menester, donde hay para ellos, sus oficiales y sus servidores las salas, habitaciones y demás cosas que requieren su comodidad y su cargo. Tienen también asesores, jueces y escribanos, que con sus consejos y escrituras los ayudan en sus mandados y oficio.

Capítulo vigésimo tercero

De los correos del Gran Kan y de la multitud y el orden de las posadas que los hospedan

A la salida de la ciudad de Cambalú parten muchos caminos por los que se va a las provincias comarcanas. En todos los caminos reales a cada xxv millas se encuentra una posada provista de muchas estancias, donde se alojan los correos del Gran Kan a su pasa por allí; estos mesones se llaman

laubi, esto es, «cuadras de caballos». Tales hospederías cuentan con lechos y todo lo preciso para recibir a un viajero; hay también en ellas trescientos o cuatrocientos caballos del monarca, preparados para los mensajeros reales. Lo mismo sucede en todos los caminos reales hasta los últimos confines de las provincias colindantes, así que en total hay alrededor de x mil estancias y hospederías semejantes, y más de cc mil caballos dedicados a la posta. Incluso muchos lugares salvajes, donde no existe poblado de hombres, disponen de tales mesones, que están a distancia de xxxv o cuarenta millas el uno del otro, con todos los caballos y guardianes consagrados a este menester. Su manutención y todos sus gastos corren por completo a cuenta de las ciudades y aldeas en cuyo distrito se encuentran; la corte real provee al mantenimiento de los que habitan en las posadas de un despoblado. Así, pues, los correos que van a caballo por orden del rey a llevar algún mensaje cubren al día doscientas o trescientas millas de la siguiente manera. Cabalgan al tiempo dos jinetes que se ciñen muy prieto el vientre y la cabeza, y prolongan su carrera cuanto pueden aguantar sus monturas. Cuando llegan a una de las posadas susodichas, reciben otras cabalgaduras y dejan las suyas agotadas; y al punto galopan velozmente con caballos de repuesto; y mudando así de corcel en cada posta continúan su carrera durante todo el día. De esta suerte llegan las nuevas de partes muy remotas al Gran Kan con suma prontitud, y sus órdenes son llevadas con gran rapidez a comarcas recónditas. Entre los mesones predichos hay otros puestos que distan entre sí un espacio de tres millas, donde hay unas cuantas casas en las que descansan los correos de a pie; cada uno de ellos lleva un cinturón lleno de gruesas bullae, es decir, cascabeles, que suenan mucho; a las bullae, en efecto, las llamamos cascabeles. Por tanto, cuando quiere enviar una carta por medio de corredores, entrega la misiva a uno de éstos, que emprende veloz carrera hasta la primera posada, donde están listos otros corredores. Al oír los que están en el puesto próximo el ruido del que viene, sin tardanza se prepara uno de ellos y, recibiendo la carta de manos del que llega y un sello de fe en el sobre por parte del escribano del lugar, corre como el anterior hasta la segunda posada; y así se relevan los corredores en cada parada hasta llegar a donde hay que llevar la carta del rey. De esta manera en breve tiempo se salva gran trecho de camino. Algunas veces el rey recibe en el plazo de un día y una noche nuevas y frutos frescos de un lugar situado a diez días de distancia. Todos los correos susodichos están exentos por el rey del pago de cualquier tributo y encima reciben de la corte real un excelente salario.

Capítulo vigésimo cuarto
De la previsión del rey para remediar los tiempos de esterilidad y
carestía y de su piedad para con sus súbditos pobres

Todos los años el Kan despacha mensajeros a las provincias que le están sometidas para indagar si alguna región perdió su cosecha aquel año a causa de la langosta, las orugas, alguna sequía o una peste. Cuando el rey tiene noticia de que alguna comarca o ciudad ha sufrido semejante catástrofe, le condona los tributos de aquel año y hace que se le lleve grano de sus trojes en cantidad suficiente para la comida y la sementera. En los tiempos de gran abundancia compra el rey grano sin tasa, que se conserva en sus silos durante tres o cuatro años con cuidado de que no se pudra. Y se provee al abastecimiento de todo el grano con tal diligencia, que siempre están llenos los alholíes reales, de modo que se pueda subvenir a los menesterosos en las épocas de indigencia. Cuando en tal contingencia se vende el grano del monarca, el comprador paga por cuatro cahíces el mismo precio que pide otro vendedor por un cahíz. Igualmente, cuando hay una epidemia de animales, condona a los que sufren esta plaga el tributo del año, más o menos, según la cuantía de la pérdida, y hace que se les venda algunos de sus rebaños y ganados. En las vías principales de la provincia de Cathay y de las comarcas adyacentes hace el rey plantar árboles a poca distancia unos de otros, para evitar que los viandantes se descarríen del camino recto, pues los guían estos mojones. Hace también otra cosa digna de no pequeña alabanza: manda registrar en la ciudad de Cambalú el número de las familias y los nombres de los que no cosechan grano ni pueden comprarlo, que son muchos, y ordena que, de sus silos, se les dé anualmente a todos ellos el grano necesario para todo el año. A nadie que lo solicite se le niega el pan en su corte, y no pasa día en todo el año en que no acudan a mendigar más de xxx mil pedigüeños entre hombres y mujeres: y como a ningún menesteroso se le niega el pan, el Gran Kan es honrado por los pobres como un dios.

Capítulo vigésimo quinto
De la bebida que se hace en la provincia de Cathay en lugar de vino

En la provincia de Cathay en lugar de vino se elabora una bebida de arroz y de diversas especias, que es muy clara y supera en suavidad al vino, y hace que los que beben de ella se embriaguen con más facilidad.

Capítulo vigésimo sexto **De las piedras que arden como leña**

En toda la provincia de Cathay se encuentran unas piedras negras que se cavan en las sierras; puestas en la lumbre arden como leña y conservan el fuego largo tiempo, una vez que han prendido; si se encienden al atardecer, guardan la llama toda la noche; y aunque en esa provincia hay mucha madera, muchos sin embargo se sirven de las piedras, porque la leña es más cara.

Capítulo vigésimo séptimo **Del gran río Pulchanchimet y de un puente muy hermoso**

Terminado lo que por el momento decidí contar acerca de la provincia de Cathay, la ciudad de Cambalú y la magnificencia del Gran Kan, pasaré ahora a describir brevemente las regiones limítrofes. Una vez el gran rey Kan me despachó a mí, Marco, a comarcas remotas para un negocio de su imperio, y yo, partiendo de la ciudad de Cambalú, estuve varios meses de viaje. Así, pues, referiré todo lo que encontré al ir y volver por aquel camino. Al salir de Cambalú se encuentra a diez millas un gran río que se llama Pulsanchimeth, que desemboca en el mar Océano. Por su curso bajan muchas naves con muy grandes mercaderías. Hay allí un puente de mármol muy hermoso de ccc pasos de largo y de gran anchura, que permite que puedan ir al tiempo diez jinetes a la par. El puente tiene xxiii arcos y otras tantas pilastras de mármol en el agua. El pretil, es decir, su muro costanero, es de la traza siguiente. Al comienzo del puente se alza a cada lado una

columna de mármol que tiene por base un león de mármol; después de esa columna, a un paso de distancia, hay otra columna que se asienta asimismo sobre dos leones marmóreos como la primera; entre las dos corre una baranda de mármol de color gris que continúa por los dos lados desde su comienzo hasta su fin, de suerte que se cuentan allí en total mil doscientos leones de mármol, por lo que este puente es bello y suntuoso sobremanera.

Capítulo vigésimo octavo **Descripción de parte de la provincia de Cathay**

Avanzando desde el puente en xxx millas se encuentran sin cesar muchos bellos palacios y otras bonitas casas y fértiles campos. Al cabo de las xxx millas se da vista a la ciudad de Gin, grande y hermosa; hay allí muchos monasterios de ídolos. Se hacen también paños muy finos de oro y de seda y excelentes lienzos. Tiene asimismo muchas hospederías públicas para los viandantes. Los ciudadanos son por lo general artesanos y mercaderes. A una milla después de pasar esta ciudad se bifurca el camino: un ramal atraviesa la provincia de Cathay; otro, torciendo al cierzo, conduce al mar por la región de Mangu. Por la provincia de Cathay se va en otra dirección durante diez jornadas, y se encuentra a cada paso ciudades y aldeas. Hay allí muchos campos muy feraces y huertas hermosas sobremanera; hay numerosos mercaderes y artesanos. Los hombres de esta región son muy amistosos y afables.

Capítulo vigésimo noveno **Del reino de Canfu**

A diez jornadas de camino de la ciudad de Gin se encuentra el reino de Canfu, grande y hermoso, en el que hay muchas viñas. En toda la provincia de Cathay no se da el vino, sino que se lleva de esta región. Crecen allí muchas moreras a causa de la seda, de la que hay grandísima abundancia.

Se hacen múltiples tratos de mercaderías. Hay numerosos artesanos, y se fabrican muchas armas para los ejércitos del Gran Kan. Al avanzar desde allí al occidente, se atraviesa de forma ininterrumpida durante siete jornadas una hermosa región, muchas aldeas y muy bellas ciudades. Se hacen en ellas muchos tratos de mercaderías. Pasadas las siete jornadas susodichas se avista la ciudad de Pianfu, inmensa y colmada de riquezas, donde hay gran abundancia de seda.

Capítulo trigésimo

Del castillo de Caicuy y de cómo su rey fue hecho prisionero traicioneramente y entregado a unenemigo suyo que se llamaba Preste Juan

A dos jornadas de la ciudad de Pianfu se alza el hermosísimo castillo de Caicuy, que edificó un tal Darío, que fue enemigo de un gran rey que se llamaba Preste Juan. Por la fortaleza del lugar aquel rey Darío no podía recibir gran daño de este monarca, así que el Preste Juan sentía muy amarga tristeza de no poder vencerlo por la fuerza. Sin embargo, hubo en su corte siete jóvenes que de mancomún se obligaron a traerle prisionero al rey Darío susodicho; él les prometió una gran recompensa si llevaban a efecto su palabra. Los jóvenes, saliendo de su reino con una excusa fingida, se presentaron en la corte de Darío para ofrecerse a su servicio. Darío, sin recelar su perfidia, los recibió en su corte. Durante dos años no pudieron realizar su maldad. Cuando el rey ya se fiaba de ellos, un día, tomándolos a ellos con otros pocos, cabalgó fuera del castillo una milla para distraerse. Los traidores, viendo que había llegado la hora de perpetrar la felonía que habían urdido, desenvainando la espada lo prendieron y lo llevaron cautivo al Preste Juan, como le habían prometido con palabra aleve. Este se alegró sobremanera y en prueba de su magnanimidad hizo que se le encomendara la guardia del ganado y que se le sometiera a estrecha vigilancia. Después de dos años de andar entre pastores, el rey mandó que fuera conducido a su presencia con todo el boato regio y le dijo: «Ahora has podido aprender en propia carne que tu poder no es nada, ya que te hice prender en tu reino y durante dos años te he relegado a los rebaños; y podría matarte, si quisiera, y ningún mortal podría librarte de mis manos». El confesó que era verdad todo aquello. Entonces prosiguió el rey Juan: «Dado que confiesas que, en

comparación conmigo, no eres nada, quiero ahora tenerte como amigo, y me basta como victoria el hecho de haber podido matarte». Y le entregó caballos y escolta que lo condujo con honor a su castillo. Aquél, mientras tuvo vida, rindió pleito homenaje al Preste Juan y le obedeció en todo cuanto quiso.

Capítulo trigésimo primero Del gran río de Caromoram

Caminando más allá del castillo de Caicuy se encuentra a xx millas el río de Caromoram, sobre el cual no se tiende ningún puente a causa de su gran anchura; es también muy profundo y llega hasta el mar Océano. A orilla de este río se levantan numerosas ciudades y aldeas, en las que se hace mucho trato de mercaderías. En la región limítrofe al río crece por doquier jengibre en gran cantidad. Se encuentra allí seda en suma abundancia. Hay también tal multitud de aves, que es cosa muy de maravillar: en efecto, se venden tres faisanes por una moneda de plata, que vale un veneciano. A dos jornadas del río se encuentra la ciudad noble de Cianfu, donde hay seda en grandísima abundancia. Allí se hacen paños de oro y seda. Todos los habitantes del lugar y de la provincia de Cathay son idólatras.

Capítulo trigésimo segundo De la ciudad de Quingianfu

De allí en ocho jornadas se pasa por ciudades, villas, campos muy hermosos, multitud de jardines y, a causa de la seda, moreras infinitas. Los hombres son idólatras. Hay allí mucha caza de bestias y de aves. Después de las ocho jornadas se llega a la gran ciudad de Quingianfu, que es la capital del reino de Quingianfu, en otro tiempo opulento y famoso. Su monarca es un hijo del Gran Kan llamado Mangla. Hay en ella grandísima abundancia de seda y de cuanto es menester para la vida del hombre y se hacen muchos

tratos de mercaderías. El pueblo de la tierra es idólatra. Fuera de la ciudad, en la llanura, está el palacio real de Mangla, que tiene en cerco largas murallas: su circunferencia alcanza las cinco millas. Dentro de la muralla aquella corren ríos, estanques y fuentes. En la plaza del centro de la ciudad se alza un palacio muy hermoso, todo dorado por dentro. En torno de la muralla acampa el ejército del rey, que se distrae en aquella región con monterías y cacerías de aves.

Capítulo trigésimo tercero De la provincia de Chim

Saliendo de allí, es decir, del palacio, se marcha durante tres días por una llanura muy hermosa, donde hay numerosas ciudades, aldeas y muchos tratos. Tienen seda en muchísima abundancia. Al cabo de los tres días susodichos se entra en una región montuosa; entre las cordilleras se abren grandes valles, en los que se alzan muchas ciudades y aldeas, así como también en la sierra hay ciudades y aldeas, que pertenecen a la provincia llamada Chim. Los hombres de aquella tierra son idólatras y, agricultores; son también diestros cazadores, porque en la región menudean los animales salvajes, a saber, leones, osos, ciervos, gamos, cabras y otras diversas clases de alimañas. Se extiende la comarca susodicha unas xx jornadas, y los viandantes cruzan montes, valles y bosques; se encuentran muchas ciudades y poblaciones y muy buenas hospederías.

Capítulo trigésimo cuarto De la provincia de Achalech Mangii

Después de las xx jornadas susodichas se avista la ciudad de Achalech Mangii * * *, que es limítrofe de la provincia de Mangii. En las tres primeras jornadas el terreno se presenta llano; al término de las mismas se atraviesan grandes montañas y valles inmensos y muchos bosques. Se ex-

tiende la región unas xx jornadas, y tiene multitud de ciudades y villas. Sus habitantes son idólatras y comerciantes, artesanos, labradores y muy avezados cazadores; en efecto, hay allí leones, osos, ciervos, gamos, cabras, onzas y las alimañas de las que se obtiene el almizcle, como se ha dicho arriba * * *. En esta provincia se da en suma abundancia el trigo. También hay arroz en grandísima cantidad.

Capítulo trigésimo quinto De la provincia de Sindifu

Al cabo de las xx jornadas susodichas de camino se extiende en una llanura la provincia de Sindifu, que está también en la frontera de Mangii; su capital se llama Sindifu. Esta ciudad fue antaño grande y opulentísima; su circunferencia abarcaba xx millas; gobernó en ella un monarca poderoso y riquísimo, que tenía tres hijos, los cuales, al suceder a su padre, partieron el reino en tres, y tras dividir asimismo la ciudad en tres partes cercaron cada una de ellas con una muralla, que corría por dentro de la anterior. No obstante, el Gran Kan conquistó la ciudad y el reino. Por medio de esta ciudad pasa el río Quinanfu, que tiene de ancho como media milla; es también muy profundo y se pescan en él muchos peces. A sus márgenes se elevan muchas ciudades y villas, pues fluye hasta el mar Océano a lo largo de xxx jornadas. Discurre por él cantidad innumerable de naves y mercaderías, de suerte que apenas se puede dar crédito a quien lo narra a no ser que se haya visto con los propios ojos. En la ciudad de Sindifu cruza el río un puente de piedra, cuya longitud es de media milla y su anchura de ocho pasos. Está todo él cubierto de una techumbre de madera muy primorosamente pintada, que se sostiene sobre columnas de mármol. Sobre el puente hay muchas casetas o tiendas de madera para los maestros de las diferentes artes, que se montan por la mañana y a la tarde se quitan o se desarman; hay también otra casa mayor donde se instalan los oficiales del rey que cobran el peaje y los tributos impuestos por el monarca, que ascienden todos los días, según se dice, a la suma de mil besantes de oro. Los hombres de esta región son idólatras. Prosiguiendo el camino durante cinco jornadas a través de una llanura se encuentran fortalezas y muchos caseríos, donde hay lienzos en grandísima abundancia. Hay también allí multitud de animales salvajes.

Capítulo trigésimo sexto **De la provincia de Thebeth**

Pasadas las cinco jornadas susodichas se entra en la provincia de Thebeth, que devastó el Gran Kan al combatirla y conquistarla. En efecto, muchas ciudades fueron allí destruidas y aldeas asoladas. La provincia se extiende en longitud durante xx jornadas, y como está convertida en un desierto, es preciso que durante las xx jornadas los viajeros lleven consigo todas las vituallas. Además, al carecer de habitantes, se han multiplicado en ella sobremanera las fieras salvajes, por lo que es muy peligroso pasar por allí y sobre todo de noche. Sin embargo, los mercaderes y los viandantes recurren a esta argucia. Aquella región tiene muchas cañas, cuya longitud suele ser de cinco pasos y su grosor de tres palmos de circunferencia; entre cada nudo de la caña hay una distancia de tres palmos. Por lo tanto, cuando los viandantes quieren acampar al caer el sol, hacen grandes manojos de cañas verdes, a las que prenden fuego para que ardan durante toda la noche; cuando se han calentado un poco, saltan con gran fuerza acá y acullá y se hienden y crepitan con tanto estruendo, que se escucha su fragor y estrépito a muchas millas a la redonda. Cuando las fieras salvajes oyen aquel ruido terrible, se espantan con tal sobresalto y pavor, que sin más se dan a la fuga hasta llegar a un lugar donde deje de escucharse aquel estruendo horrísono. De esta manera, pues, se libran de noche los mercaderes de las alimañas, ya que, de no precaverse con tal añagaza, no podría escapar ninguno con vida por la multitud de fieras salvajes. También los hombres, cuando oyen este estrépito, experimentan gran susto; a su vez, antes de que los caballos y los animales de los viajeros se acostumbren a él, sienten tal pánico, que al punto emprenden la huida, y de esta manera muchos mercaderes poco avisados han perdido ya muchos animales. Por tanto, es preciso que antes se aten con lazos las patas de los caballos una por una con suma diligencia, y a veces rompen las ligaduras y escapan al escuchar el crujir de las cañas si previamente no están trabados con gran cuidado.

Capítulo trigésimo séptimo **De otra región de la provincia de Thebeth y de una costumbre**

vergonzosa

Al cabo de las xx jornadas de la provincia de Thebeth se encuentran muchas aldeas y caseríos, en los que se observa una absurda y muy detestable perversión causada por la ceguera de la idolatría. En efecto, en aquella región no quiere ningún hombre recibir una muchacha virgen en matrimonio, sino que todos exigen de la que pretenden por esposa que haya sido conocida antes por muchos hombres, de otra suerte dicen que la mujer no está madura para el matrimonio. Por tanto, cuando los mercaderes u otros cualesquier viandantes, al pasar por aquella región, arman su tienda al lado de las villas o caseríos susodichos, las mujeres que tienen hijas casaderas las conducen en grupos de xx o xxx o xl, según que el número de comerciantes sea mayor o menor, rogándoles que cada uno de ellos escoja a una de sus hijas y la tenga como compañera mientras vaya a permanecer en su tierra. Ellos eligen para sí las que quieren y las retienen consigo el tiempo que residen allí. Cuando se marchan, no dejan a ninguna partir en su compañía, sino que es forzoso que las devuelvan a sus padres. Cada uno de ellos está obligado a dar a la muchacha que tuvo una joya, para que la joven, gracias a estas alhajas, posea una prueba evidente de haber complacido a muchos hombres, y así pueda casarse con mayor facilidad y tener mejor partido. Cuando las zagalas antedichas quieren presentarse con todas sus galas y arreos, se ponen al cuello todos los aderezos que les han dado los viandantes y muestran que les han servido con aceptación; y las que llevan más preseas semejantes al cuello son las máspreciadas y se casan con mayor facilidad. Una vez que han contraído matrimonio son muy amadas por sus esposos, y no les está permitido volver a cohabitar con extranjeros o lugareños, y se cuidan muy mucho los hombres de esta región de no ofenderse unos a otros por este motivo. Los habitantes de la comarca son idólatras y no consideran pecaminoso ni saquear ni dedicarse a la rapiña. Viven de los frutos del campo y de las mercaderías. En esta tierra menudean los animales que producen almizcle, llamados gudderi. Los moradores de la región tienen muchos perros de caza que los capturan, por lo que abundan en almizcle. Se visten de cuero y de pieles de animales o de bocarán o cañamazo basto. Tienen tanto lengua como moneda propia. Pertenecen a la provincia de Thebeth y lindan con la gran región de Mangi, pues la provincia de Thebeth es anchurosísima y se divide en ocho reinos. Cuenta con muchas ciudades y villas; es muy montuosa y tiene lagos y ríos en los que se encuentra el oro que se llama «de payollo». Hay allí coral,

que usan como moneda, que se compra a subidos precios, porque todas las mujeres de aquella región llevan coral al cuello y cuelgan igualmente coral al cuello de sus ídolos, pues esto lo tienen a mucha gloria. En la región de Thebeth hay perros grandes como asnos, que cazan las fieras salvajes; poseen también otros perros de caza de diversas clases. Hay allí muchos y excelentes halcones laneros o herodii. Hay asimismo en esta provincia canela, áloe y otras especias aromáticas en abundancia, que no se traen a nosotros ni se han visto en nuestra tierra. Se hacen muchos chameletes y otros paños de oro y seda. Toda esta provincia está sometida al Gran Kan.

Capítulo trigésimo octavo De la provincia de Caidu

Después de atravesar la provincia de Thebeth se encuentra al occidente la provincia de Caidu, que tiene rey y está sometida al Gran Kan. Hay allí muchas ciudades y aldeas. Hay una laguna en la que se encuentran perlas en tanta cantidad que, si el Gran Kan permitiese su libre pesca y exportación, su precio bajaría muchísimo por su gran abundancia; pero el Gran Kan no tolera que sean cogidas a placer, y si alguien se atreviese a hacer pesquería de perlas sin licencia del rey, sería ajusticiado. En esta provincia hay gran número de gudderi, de los que se obtiene el almizcle. Hay también peces sin cuento en el lago donde se encuentran las perlas. Hay asimismo muchos leones, osos, ciervos, gamos, onzas y cabras en infinita abundancia, así como un sinfín de aves de muchas especies. Allí no se da el vino ni crecen las viñas, pero hacen un vino excelente de trigo, arroz y diversas especias. Hay clavo en abundancia extraordinaria, que cogen de unos pequeños arbustos que tienen ramitas chicas; dan una flor blanca y menuda, como es el grano de clavo. Hay también jengibre en gran cantidad, y abunda mucho asimismo la canela y otras muchas especias aromáticas que se importan a nuestras tierras. En los montes de esta región se encuentran en grandísima abundancia piedras muy hermosas llamadas turquesas, que no está permitido excavar a nadie sin licencia del Gran Kan. Los habitantes de esta comarca son idólatras. Los hombres tienen el seso tan completamente trastornado por sus ídolos, que creen que se propician su favor si entregan sus propias mujeres e hijas a los viandantes. En efecto, cuando un

viajero pasa por sus tierras y se hospeda en la morada de uno de ellos, al punto el dueño de la casa convoca a su esposa, sus hijas y a las demás mujeres que tiene en el hogar y les manda que obedezcan en todo al huésped y a sus acompañantes: tras dar esta orden se va y deja al extranjero con su séquito en su casa como señor de la misma y no se atreve a regresar mientras quiera aquél permanecer en ella. A su vez, el extranjero cuelga su sombrero u otra señal en la puerta de la mansión; cuando el dueño de la casa decide retornar, pensando que quizá aquél haya partido, si ve la señal en la puerta retrocede de inmediato, por lo que el forastero puede quedarse allí dos o tres días. Esta ciega y detestable perversión la guardan todos en la provincia de Caidu y nadie la considera un vituperio, ya que obran así en honor de sus dioses, y creen que por el buen trato que dispensan a los viandantes merecen que sus dioses les otorguen abundancia de frutos terrenales. Tienen moneda de esta suerte. Hacen barritas de oro de un determinado peso que emplean como dinero, y según el peso de la barrita varía su valor; ésta es la moneda mayor. La menor es la siguiente: cuecen sal en un caldero que después vierten en moldes, donde se cuaja, y se sirven de esa moneda; en efecto, ochenta de estos dineros tienen el valor de una barrita de oro. Después se avanza diez jornadas y se encuentran en el camino muchas aldeas y caseríos, que siguen las mismas costumbres que la provincia de Caidu * * *. En este río se halla gran abundancia de oro que se dice «de payolo». A su orilla crece canela en cantidad infinita; desemboca en el mar Océano.

Capítulo trigésimo noveno De la provincia de Carayam

Después de franquear el río susodicho se penetra inmediatamente en la provincia de Carayam, que comprende siete reinos. Está sometida al dominio del Gran Kan. Reina en ella un hijo de Cublay llamado Esencenir, hombre prudente y esforzado, poderoso y riquísimo que guarda justicia en su reino de manera excelente. Los habitantes de la región son idólatras. Avanzando más allá del río se encuentran en cinco jornadas muchas ciudades y aldeas. En esa región nacen caballos muy buenos. Allí se habla lengua propia, pesada y muy difícil. Después de las cinco jornadas susodichas

se avista la ciudad principal del reino llamada Xacii, noble y grande, donde se hacen grandes y muchísimos tratos. Viven en ella cristianos nestorianos, pero pocos; son muchos, en cambio, los que adoran a Mahoma. Se da allí en gran abundancia trigo y arroz, pero no comen pan de trigo porque no es saludable; el pan lo hacen de arroz. Elaboran también de diversas especias una bebida que emborracha con más facilidad que el vino. En lugar de moneda usan porcelanas blancas que encuentran. Se dan ochenta de ellas por un sagio de plata, que tiene el valor de dos venecianos, y ocho sagios de plata equivalen a un sagio de oro. En esta ciudad se obtiene de agua de pozo sal en grandísima cantidad, de la que el rey saca pingües ganancias * * *. En la comarca hay un lago que tiene cien millas de circunferencia en la que se pescan grandes y sabrosísimos peces, que los hombres de la región comen de la siguiente manera: en primer lugar, los desmenuzan, después los ponen muy bien adobados en un condimento de muchos ajos y buenísimas especias y acto seguido los comen como se come entre nosotros la carne cocida.

Capítulo cuadragésimo **De una región de Carayam en la que hay serpientes**

Después de salir de la ciudad de Xacii se avanza durante x jornadas hasta la provincia de Carayam * * *, donde reina Cogatuy, hijo del rey Cublay. Allí se encuentra mucho oro llamado «de payolo», que se extrae de los ríos, pero en otras lagunas y montañas se encuentra oro más grueso que el «de payolo»; se trueca un sagio de este oro por seis de plata. Usan como moneda porcelana, sobre la que se ha dicho arriba, que se trae de la India. Los hombres de la región son idólatras. En esta tierra se encuentran grandísimas serpientes: muchas de ellas tienen diez pasos de longitud y xiv palmos de grosor en cerco. Cada una de estas grandes serpientes tiene junto a la cabeza dos piernas carentes de pies, pero en su lugar tiene una garra a modo de león. Su cabeza es enorme y sus ojos grandísimos, como hogazas. Su boca es de tal tamaño que puede engullir con facilidad a un hombre. Tiene colmillos larguísimos. Y como la serpiente es tan espantable que no hay persona que no tenga miedo de acercarse a ella e incluso la temen los animales salvajes, la manera en que la cazan los cazadores es la siguiente.

La serpiente susodicha se guarece de día en cavernas subterráneas a causa del calor, y sale de noche y va buscando en torno animales que devorar; se dirige a las madrigueras donde hacen su cubil leones, osos o animales semejantes, y se come a adultos y crías, ya que ninguna bestia puede aguantar su ataque y su fuerza. Después de haber comido vuelve a su gruta. Hay allí un paso arenoso. Y cuando la serpiente va a reptar por la arena se lanza con gran fuerza en ella; y como es tan pesada y tan gruesa, deja un surco tan grande y tan ancho con su pecho y vientre, que parece que se han arrastrado por el arenal grandes toneles llenos de vino. Los cazadores durante el día hincan aquí y allá debajo de la arena muchas y fuertes estacas, en cuyo extremo están clavadas espadas de acero muy puntiagudas que recubren después de arena para que no las pueda ver la serpiente. Así, cuando pasa de noche, el ofidio se arroja según su costumbre sobre el arenal y, al clavarse en su ímpetu el hierro oculto y agudo, muere en el acto o recibe una herida gravísima. Entonces sobrevienen los cazadores y la rematan, si es que vive todavía; en primer lugar extraen su hiel, que venden a subido precio por su gran valor medicinal, ya que el que sufre la mordedura de un perro rabioso y bebe de ella el precio de un dinero pequeño sana por completo; asimismo, la mujer que se encuentra en los dolores del parto y toma un poco de ella queda fuera de peligro, y el que padece un apostema, si unta el lugar enfermo con ella, se cura perfectamente en pocos días. También se vende la carne de la serpiente, que es de gusto muy sabroso y la comen los hombres con sumo placer. En esta región se crían asimismo muchos y excelentes caballos, que los comerciantes llevan a la India. A todos les quitan dos o tres nudos del hueso de la cola, para que al correr no azoten al jinete con su cola, que menean al galopar de acá para allá, pues esto en un caballo se considera feísimo. Los jinetes de esta tierra usan estribos largos para la silla, como acostumbran entre nosotros los franceses. En la guerra se sirven de corazas de cuero de búfalo; utilizan también escudos, lanzas y ballestas y untan de ponzoña las saetas que disparan. Antes de que Cublay Kan conquistase la provincia, los habitantes de la región cometían esta detestable fechoría; cuando atravesaba sus tierras un hombre extranjero de porte honorable y de buenas costumbres, que les pareciese discreto por su trato y conversación, si se hospedaba en su morada lo mataban de noche, pensando que su prudencia, sus costumbres, su apostura y su alma quedaban en adelante en aquella casa. Por esta razón muchos recibieron allí la muerte; mas el Gran Kan, cuando sometió a su señorío aquel reino y lo domo, extirpó de raíz esta impiedad y locura de la tierra.

Capítulo cuadragésimo primero De la provincia de Ardandam

Cuando se avanza desde la provincia de Carayam cinco ornadas, se topa con la provincia de Ardandam, que esta sometida al Gran Kan. Su ciudad principal se llama Ursian. En esta comarca se da oro al peso; en efecto, una onza o sagio de oro se trueca por cinco onzas o sagios de plata, pues en aquella región no se encuentra plata en un compás de muchas jornadas; por esta razón acuden allí los comerciantes, que cambian con ellos oro por plata y obtienen grandes ganancias; también pagan con porcelana, que se trae de la India. Se nutren, por lo general, de arroz y de carne. Hacen una bebida excelente de arroz y de especias finas. Los hombres y las mujeres de la región llevan los dientes recubiertos de laminillas de oro finísimas, dispuestas de manera que encajen a la perfección en la dentadura. Todos los hombres son guerreros, dedicándose únicamente a las armas, a la milicia y a la caza de animales y aves, mientras que las mujeres se cuidan por completo de la hacienda y tienen siervos comprados que están a sus órdenes. En esta región existe la costumbre de que, cuando pare la mujer, se levante cuanto antes de la cama y se haga cargo de la administración de la casa, mientras que su marido pasa xl días en el lecho y vela por el recién nacido, a la madre no le resta otra preocupación por el niño que la de darle de mamar; entre tanto, los amigos y parientes visitan al varón en la cama. Dicen que obran así porque la mujer ha sufrido largo tiempo y ha tenido harto trabajo durante el embarazo y el parto, por lo que juzgan conveniente que se desentienda durante xl días del cuidado del hijo; sin embargo, ella le lleva a su marido la comida a la cama. En esta comarca no hay ídolos, sino que cada familia adora a su progenitor ancestral, del que proceden los demás miembros de la familia. Habitan en lugares muy salvajes, donde se alzan enormes montañas y selvas muy grandes. A aquellos montes no se acercan hombres de otras regiones, porque los forasteros no pueden aproximarse allí por la extrema corrupción del aire. Carecen de escritura, pero hacen sustratos con dos pedazos partidos de madera, de los que uno conserva una mitad y el otro la otra; después, cuando se juntan, coinciden en las muescas. En esta provincia y en las otras susodichas, es decir, Caidu y Carayam, no hay médicos, sino que, cuando alguien enferma, llaman a los magos que sirven a los ídolos; los pacientes les exponen sus dolencias y entonces los hechiceros danzan en corro y tocan sus instrumentos y entonan grandes cánticos en honor de sus dioses. Prosigue todo ello hasta que uno

de los que bailan cae presa de un demonio. Cesando entonces el baile preguntan al endemoniado, que yace en el suelo, por qué causa está aquél enfermo y qué hay que hacer para su salvación. El diablo responde por boca del poseso diciendo que adoleció porque ofendió a tal o a cual dios. Los magos suplican entonces al dios que, si se apiada, le ofrecerá un sacrificio * * * de su propia sangre. Si el demonio juzga por los síntomas de la enfermedad que la curación es imposible, replica: «Fulano ha cometido tan grave afrenta contra el dios, que ningún sacrificio puede apaciguarlo». Si, por el contrario, considera que puede escapar, dice: «Es preciso que ofrezca tantos carneros de testuz negra a tal dios, y que haga tales rogativas, y que convoque a tantos hechiceros y hechiceras, para que ofrezcan por sus manos el sacrificio y aplaquen así al dios». Entonces los parientes del enfermo cumplen todo lo que el demonio ordenó que se hiciera, inmolan carneros y lanzan al cielo su sangre. A su vez los magos, juntándose con las brujas, encienden grandes fuegos e inciensan toda la casa y hacen sahumeros de lináloe y derraman el caldo de la carne cocida y una parte también de las bebidas hechas con especias. Y de nuevo danzan en corro y cantan en honor de aquel ídolo. Después preguntan otra vez al endemoniado si con todo esto ha quedado satisfecho el dios. Si el diablo ordena que se haga otra cosa, se acata sin dilación su orden. Cuando los ensalmadores saben que le han satisfecho, se sientan a la mesa y comen la carne inmolada con gran regocijo y beben los brebajes consagrados al ídolo en la ceremonia. Acabada la comida tornan a su casa. Si acontece por la providencia divina que sane el doliente, atribuyen su curación al diablo al que han ofrecido los sacrificios. De esta suerte los demonios se mofan de su ceguera.

Capítulo cuadragésimo segundo

De un gran combate que hubo entre los tártaros y un rey de Mien

A causa del susodicho reino de Carayam y del reino de Uncian hubo un gran combate en la región que acabamos de mencionar. En el año del Señor de mclxii el Gran Kan envió a uno de sus príncipes, llamado Noscardin, que era un varón prudente y arrojado; con él iban buenos soldados y fortísimos guerreros. Pero los reyes de Mien y de Bengala, al oír su llegada,

se aterrizaron, recelando que había venido a invadir sus tierras, por lo que, juntando sus fuerzas, reunieron alrededor de lx mil jinetes y peones y unos dos mil elefantes con torretas, en cada una de las cuales iban xii, xv o xvi hombres. El rey de Mien con este ejército llegó cerca de la ciudad de Unciam, donde se encontraba la susodicha hueste de los tártaros, y acampó en la llanura a tres jornadas de Unciam. Nastardin, al recibir esta nueva, sintió temor porque llevaba una pequeña mesnada, pero simuló sin embargo no albergar ningún miedo, ya que tenía consigo a hombres fuertes y esforzados guerreros, y fue a su encuentro a la llanura de Buciam, y allí plantó su real junto a un gran bosque donde crecían árboles enormes, porque sabía que los elefantes no podían entrar de ninguna manera en la foresta. Así, pues, el rey de Mien vino a atacar su ejército, pero los tártaros le salieron audazmente al paso. Cuando los caballos de los tártaros vieron los elefantes con torretas, colocados en primera fila, se espantaron con tal pánico, que sus jinetes no pudieron lograr que se les aproximaran ni con fuerza ni con maña. Entonces desmontaron todos, ataron los corceles a los árboles y tornaron como peones a combatir a los elefantes, y comenzaron a arrojar flechas sin pausa contra ellos. Los hombres que estaban en la llanura con los elefantes peleaban contra ellos, pero los tártaros eran más valientes y aguerridos; por consiguiente, causaron con sus saetas muy crueles heridas a multitud de elefantes, los cuales, por miedo a las flechas, emprendieron la huida y todos, en veloz carrera, se internaron en el bosque próximo, ya que sus conductores no pudieron evitar la entrada. En el bosque se desperdigaron acá y acullá y las ramas quebraron todos los castillos de madera, pues la arboleda era grande y espesa. Percatándose de ello, los tártaros corrieron a los caballos, y montando en ellos y dispersos los elefantes, cargaron contra el ejército del rey, en el que había cundido no pequeño temor al ver deshecha el haz de elefantes. Con todo, el combate fue encarnizado en extremo. Cuando uno y otro ejército agotó las flechas que tenía, todos echaron mano a las espadas, con las que lucharon muy denodadamente, cayendo muchos por ambas partes. Por fin el rey de Mien se dio a la fuga con los suyos; los tártaros, lanzándose en su persecución, mataron a muchos de los que huían. Habiendo dado muerte o puesto en fuga a sus adversarios, regresaron al bosque para capturar los elefantes; pero no hubiesen podido apresar ninguno, de no haberles prestado ayuda unos cautivos de los enemigos, con cuyo concurso cogieron cerca de cc. Desde esta batalla en adelante empezó el Gran Kan a tener elefantes para su ejército, con los que antes no contaban para la guerra. A continuación conquistó el Gran Kan las tierras del rey de Mien y las sometió a su señorío.

Capítulo cuadragésimo tercero
De una región salvaje de la provincia de Mien

Al salir de la provincia de Carayam se encuentra un desierto inmenso, por el que se desciende sin parar durante dos jornadas y media. No hay allí poblado ninguno, sino una vasta y anchurosa llanura a la que tres días por semana bajan a ferias y mercados muchos habitantes de las grandes cordilleras de aquella región; llevan oro que truecan por plata y dan una onza de oro por cinco onzas de plata; así, pues, muchos mercaderes de aquellas partes acuden con plata. A aquellas montañas asperísimas donde viven ellos por su seguridad no se acerca ningún extranjero, porque son parajes muy fragosos, y por eso los forasteros no saben dónde está su poblado. Después se encuentra la provincia de Mien, que confina con la India al mediodía, a través de la cual se va durante xv jornadas por lugares salvajes y boscosos donde abundan los elefantes, unicornios y otras fieras salvajes sin cuento; y no hay allí ningún poblado.

Capítulo cuadragésimo cuarto
De la ciudad de Mien y el muy hermoso sepulcro de su rey

Al cabo de aquellas xv jornadas se halla la ciudad que se llama Mien, grande y famosa, que es la capital del reino y está sometida al Gran Kan. Sus habitantes tienen lengua propia y son idólatras. En esta ciudad hubo un rey riquísimo que, al morir, mandó que se le hiciera un sepulcro de esta guisa. En todas las esquinas del monumento ordenó que se levantase una torre de mármol de diez pasos de altura, cuyo grosor tenía la proporción que requería la altura, y que en su chapitel era redonda. Una de estas torres estaba recubierta de oro; el grosor del oro medía un dedo de anchura. Sobre la cúspide de la torre había muchas campanas pequeñas de oro que, al soplar el viento, tañían. Otra torre estaba cubierta en la misma manera y forma de plata, también provista de campanillas de plata. Mandó el soberano que se labrase este sepulcro en honor de su alma y para que no pereciese su memoria. Un día se reunieron en la corte del Gran Kan

juglares en gran número. El monarca, llamándolos a su presencia, les dijo: «Id con el general que os daré y con el ejército que juntaré a vosotros y conquistad la provincia de Mien». Ellos, ofreciéndose de grado a cumplir la orden del rey, marcharon como les mandó y venciendo la provincia de Mien la sometieron a su dominio. Cuando llegaron al sepulcro de mármol no se atrevieron a derrocarlo sin haber antes requerido el consentimiento del gran rey. Este, al oír que el soberano lo había construido en honor de su alma, ordenó que de ningún modo se violase la tumba; en efecto, es costumbre de los tártaros no saquear lo que pertenece a los difuntos. En esta comarca hay muchos elefantes y también grandes y hermosos bueyes salvajes, ciervos y gamos y animales salvajes de otras y diversas especies en grandísimo número.

Capítulo cuadragésimo quinto De la provincia de Bangala

Bangala se encuentra al mediodía en la frontera de la India y no la había sojuzgado todavía el Gran Kan cuando yo, Marco, estuve en su corte, si bien había enviado sus ejércitos a conquistarla. Tienen rey por sí y hablan lengua propia. Todos los habitantes de esta región son idólatras. Se alimentan de carne, arroz y leche. Hay allí grandísima abundancia de algodón, del que hacen muchos tratos. Abunda también en espique, galanga, jengibre, azúcar y otras muchas especias aromáticas. Los bueyes igualan en tamaño a los elefantes. En esta provincia se venden a mercaderes muchos esclavos, la mayoría de los cuales se convierten en eunucos, que después son llevados a los barones por diversas provincias.

Capítulo cuadragésimo sexto De la provincia de Canziga

Después se halla Canziga al oriente, que tiene igualmente rey propio. El pueblo es idólatra. En esta comarca se encuentra oro en grandísima abundancia y muchas especias, pero se hace de ellas poco trato porque la región está muy apartada del mar. Hay allí muchos elefantes y muy abundante caza de alimañas. Los habitantes de la tierra se sustentan de carne, leche y arroz. Carecen de vides, pero preparan bebidas con arroz, aromas y especias finas. Hombres y mujeres se punzan con agujas la cara, cuello, manos, vientre y piernas, y dibujan allí figuras de leones, dragones y aves de manera muy habilidosa, que se fijan en la piel de suerte que nunca desaparecen. Quien tiene más pinturas es considerado más hermoso.

Capítulo cuadragésimo séptimo De la provincia de Amu

La provincia de Amu se encuentra al oriente; está sometida al Gran Kan. Sus hombres son idólatras. Tienen lengua propia y grandes rebaños de animales y abundancia de alimentos. Poseen muchos y excelentes caballos, que los mercaderes llevan a la India. Hay allí muchos búfalos y bueyes y vacas en gran cantidad. Los hombres y las mujeres llevan en sus brazos collares o ajorcas de oro y de plata de gran valor.

Capítulo cuadragésimo octavo De la provincia de Tholoman

Después de Amu se encuentra a ocho jornadas al oriente la provincia de Tholoman, que está sometida al dominio del Gran Kan. Los habitantes tienen su propia lengua y adoran ídolos. Son allí hermosos los hombres y las mujeres, pero de color moreno. Tiene numerosas ciudades y muchas aldeas, y grandes y ásperas montañas. Sus habitantes son aguerridos en las armas y valerosos. Queman los cadáveres de sus muertos y colocan sus huesos en una caja de madera y los esconden en las cavernas de los montes,

para que no los puedan tocar ni hombres ni alimañas. Hay allí oro en gran abundancia, y pagan en vez de moneda con porcelana de la India, de la que se ha dicho más arriba.

Capítulo cuadragésimo nono De la provincia de Cinguy

Después de salir de la provincia de Tholoman se encuentra la provincia de Cinguy al oriente, y se camina a la vera de un río durante xii jornadas. Hay allí ciudades y muchas aldeas. Después se encuentra la grande y noble ciudad de Sinulgu. Esta región está sometida al Gran Kan. Sus habitantes son idólatras. En esta comarca se hacen muy bellos paños de corteza de árbol, con los que se visten en verano. Son hombres muy arrojados y aguerridos. En esta región hay tan gran número de leones que nadie se atreve a dormir de noche fuera de casa, porque los leones comen a todos con los que topan; hasta las naves que van por el río no atracan en la orilla por miedo a los felinos, sino que lo hacen en la mitad de la corriente, ya que los leones se introducen de noche en los barcos fondeados en la ribera y devoran a cuantos encuentran. Aunque los leones de esta región son muy grandes y feroces, sin embargo, los perros son allí tan valientes y tan fuertes que se atreven a atacar a los felinos, pero es menester que vayan dos perros junto con un hombre; en efecto, cuando un varón arrojado atraviesa a caballo la llanura, suele dar muerte a un león si lleva consigo un par de mastines. Cuando la fiera se acerca, inmediatamente los perros con grandes ladridos corren en su alcance, si el hombre los sigue a caballo. Los perros muerden al león en sus cuartos traseros o en la cola, El felino se revuelve al punto contra ellos, pero los perros saben apartarse de él, de modo que no les puede causar daño. Entonces el león reanuda su camino, y de nuevo los perros lo acosan ladrando y mordiéndolo. El ladrido de los canes hace temer al león que acudan otros perros y más hombres, y por ello vaga sin rumbo; y cuando ve un árbol grueso, apoya sus cuartos traseros en el tronco, para que no lo muerdan los perros, y les planta cara. El hombre que va a caballo no cesa de disparar flechas con su arco, de suerte que a menudo sucede que la fiera recibe graves heridas; en efecto, presta tanta atención a los perros que el hombre puede asaetarlo a placer. De esta suerte es posible dar muerte al

león. Esta provincia abunda en seda y por el río susodicho se transportan muy grandes mercaderías.

Capítulo quincuagésimo De las ciudades de Cantafu, Cianglu y Cianoli

Después de salir de la provincia de Cinguy se encuentran en cuatro jornadas bastantes ciudades y muchas aldeas. Tras esas cuatro jornadas está la ciudad de Cantafu, que pertenece a la provincia de Cathay y se encuentra al mediodía; abunda en seda y se hacen allí muchos paños de oro y de seda y lienzos en grandísima abundancia. Desde esta ciudad se marcha al mediodía durante tres jornadas y se da con la ciudad de Cianglu, muy grande, que también forma parte de la provincia de Cathay, donde se hace sal en cantidad infinita; en efecto, la tierra es allí muy salina, y de ella hacen rimeros sobre los cuales arrojan agua; después recogen el agua que escurre al pie del montículo y, poniéndola en un gran caldero, la hacen hervir al fuego largo tiempo; después cuaja en sal bella y blanca. Más allá de la ciudad de Cianglu se encuentra a cinco jornadas la ciudad de Cianoli, por medio de la cual pasa un gran río por el que bajan numerosas naves con muchas mercaderías.

Capítulo quincuagésimo primero De la ciudad de Candifu y Singuimatu

Más allá de la ciudad de Cianglu se encuentra a seis jornadas al mediodía la gran ciudad de Candifu, que solía tener rey hasta que fue sometida al Gran Kan. Tiene bajo su dominio xii ciudades, en todas las cuales hay huertos y abundan los frutos y la seda. Marchando de nuevo al mediodía está a tres jornadas la noble ciudad de Singuimatu, a la que baña al mediodía un gran río que han partido los habitantes en dos brazos, uno de los cuales se dirige al oriente hacia Mangi, otro al occidente hacia Cathay; por estos ríos pasan

naves medianas sin cuento con mercancías infinitas. Avanzando desde Singuimatu al mediodía se encuentran en xvi jornadas ciudades y villas, en las que se hace grandísimo trato de mercaderías. Todos los habitantes de la región son idólatras y la tierra entera está bajo el poder del Gran Kan.

Capítulo quincuagésimo segundo

Del gran río de Caromoran y de las ciudades de Coiganguy y Cianguy

Al cabo de las xvi jornadas susodichas se topa con el gran río de Caromoran, que fluye de las tierras del llamado Preste Juan. Tiene de anchura un espacio de una milla; su profundidad es tan grande que pasan por él sin tropiezo naves gruesas con su cargazón. Se pescan allí peces en suma abundancia. En este río junto al mar Océano están fondeadas a una jornada xv mil naves, que tiene el Gran Kan aprestadas para llevar, si fuere preciso, sus ejércitos a las islas del mar. Son tan grandes que cada una de ellas transporta xv caballos a una región remota con sus jinetes y los mantenimientos necesarios para los jinetes, sus monturas y la tripulación, que en cualquier nave es de xx hombres. Donde atracan las naves se levantan dos ciudades, una de las cuales, la que es grande, está situada a este lado del río; la otra se halla en la orilla de enfrente. Una se llama Coiganguy, la otra Caiguy. Nada más pasar el río susodicho se abre la entrada a la nobilísima provincia de Mangi; su maravillosa magnificencia será descrita en los capítulos siguientes.

Capítulo quincuagésimo tercero

De la nobilísima provincia de Mangi, y en primer lugar de la piedad y justicia de su rey

En la gran provincia de Mangi hubo un rey llamado Facfur, muy poderoso y rico; y no se encontraba en su tiempo otro príncipe mayor que él salvo el Gran Kan. Su reino era fortísimo y se consideraba inexpugnable, y nadie

osaba atacarlo; en consecuencia, el monarca y su pueblo no hacía ejercicio de armas ni de guerra. Todas las ciudades estaban cercadas de profundas cárcavas llenas de agua, que tenían de anchura cuanto podía alcanzar un tiro de arco. Carecían de caballos, porque no sentían miedo de nadie. Por tanto, el monarca no se dedicaba a más que a vivir placenteramente. En su corte tenía cerca de mil pajes y doncellas. Vivía con honra y amaba la paz, la justicia y la misericordia. En todos sus dominios reinaba maravillosa paz, y nadie se atrevía a ofender a su prójimo, porque el soberano guardaba justicia para todos. A menudo las tiendas de los artesanos quedaban abiertas por la noche, y no había quien osara entrar en ellas ni inferirles daño alguno. Los viandantes iban de noche y de día por todo el reino libremente, sin angustias ni sobresaltos. El rey era piadoso y misericorde con los pobres y cuantos sufrían necesidad y penuria. Todos los años hacía que se recogiesen los niños abandonados por sus madres, obra de xx mil, que mandaba criar de la mejor manera a su costa, pues en aquella región las mujeres pobres dejan a sus propios hijos para que los cojan otros, si no los pueden criar ellas mismas. Los niños que el rey hacía recoger los repartía entre los hombres ricos del reino que carecían de descendencia, para que los adoptasen, y cuando habían crecido, los casaba con doncellas recogidas y proveía a sus necesidades con holgura.

Capítulo quincuagésimo cuarto

De cómo Bayan, príncipe del ejército del Gran Kan Cublay, venció la provincia de Mangi y lasometió a su dominio

En el año del Señor de mclxviii el Gran Kan Cublay subyugó a su poder la provincia de Mangi de la siguiente manera. Envió allí a uno de sus príncipes, llamado Bayan Chinsan, que quiere decir en nuestra lengua «el que tiene cien ojos», porque es lo mismo Bayan que «cien ojos». A éste le confió un gran ejército de jinetes y peones y multitud de naves, para conquistar la provincia de Mangi. Bayan, al llegar a la región susodicha, conminó antes que nada a los habitantes de la primera ciudad, llamada Coyanguy, a obedecer a su rey. Al rechazar éstos su requerimiento, no realizó ningún ataque, sino que avanzó hasta la segunda ciudad, que igualmente rehusó someterse. Entonces se dirigió a la tercera, después a la cuarta y luego a la

quinta, recibiendo de todas ellas una respuesta similar; y no temía dejar atrás las ciudades enemigas y continuar su camino hasta otras, ya que su hueste era numerosa y muy aguerrida, tenía consigo a hombres que eran soldados muy arrojados, y el Gran Kan enviaba en pos suyo otro ejército grande y poderoso. A la sexta ciudad la atacó con gran denuedo y la rindió por la fuerza; prosiguiendo así su avance tomó en breve por asalto xii ciudades. Entonces se estremecieron los corazones de los hombres de Mangi, y Bayan se acercó a la inmensa ciudad real de Quinsay y desplegó su ejército ante ella. El rey de Mangi, al oír las proezas y la valentía de los tártaros, quedó muy espantado, y embarcando en un bajel con una gran comitiva se trasladó a una isla inexpugnable, llevando consigo unas mil naves, y dejó la guardia de la ciudad de Quinsay a la reina con una gran hueste. La soberana, comportándose en todo con prudencia, atendía cuidadosamente a la defensa de la tierra con sus barones. Pero cuando se enteró de que el príncipe del ejército de los tártaros se llamaba Bayan Sinsay, es decir, «cien ojos», desfalleció del todo su valor, pues había oído decir a sus astrólogos que la ciudad de Quinsay no podría ser tomada por nadie sino por quien tuviera cien ojos; como parecía imposible que alguien tuviera cien ojos, no temía a ningún príncipe. Así, pues, la reina, conocido el significado de su sobrenombre, entregó la ciudad y su reino sin condiciones al tártaro Bayan. Al oír esta nueva, todas las ciudades acataron las órdenes del Gran Kan salvo la ciudad de Sanfu, que se negó a rendirse durante tres años. La soberana se dirigió a la corte del Gran Kan, que la recibió con máximos honores. El rey Facfur, que había huido a las islas, no quiso partir de allí en toda su vida y en ellas acabó sus días.

Capítulo quincuagésimo quinto **De la ciudad de Coigarguy**

La primera ciudad con la que topan los que entran en la provincia se llama Coigarguy, que es grande, noble y de muchas riquezas. Hay allí un sinfín de naves, pues se encuentra a la orilla del río Caromora. Se hace allí sal en tan gran cantidad que abastece a xl ciudades; de ella el Gran Kan percibe grandes ganancias, así como de las mercancías de la ciudad y del puerto.

Todos los habitantes de la provincia y de esta ciudad de Mangi son idólatras, y queman los cadáveres de los muertos.

Capítulo quincuagésimo sexto De las ciudades de Panthi y Cain

Al término de una jornada al siroco más allá de la ciudad de Coigarguy se encuentra la grande y noble ciudad de Panthi. Allí se hace muchísimo trato de mercaderías y hay abundancia suma de seda y vituallas. En toda aquella región se paga en moneda de la corte del Gran Kan. El camino que conduce de la ciudad de Coigarguy a esta ciudad está todo él empedrado de hermosas losas, y a su derecha e izquierda hay mucha agua. No existe otra vía de entrada o acceso a la provincia de Mangi salvo esta calzada. Al término de otra jornada está la noble ciudad de Cain, donde hay pescado en gran cantidad. Hay allí también mucha caza de animales y aves. Abundan los faisanes de tal manera, que por el peso de la plata que tiene un veneciano se venden tres faisanes excelentes.

Capítulo quincuagésimo séptimo De las ciudades de Tinguy y Yanguy

Después se marcha durante una jornada y por el camino se encuentran caseríos y muy buenas labranzas de la tierra; al final de la jornada está la ciudad de Tinguy, que no es grande, pero tiene suma abundancia de vituallas. Hay allí también muy muchas naves: asimismo se encuentra cerca del mar Océano, a tres jornadas, y en aquel trecho hay muchas salinas. En ese territorio de salinas hay una gran ciudad que se llama Tinguy. Después de salir de la ciudad de Tinguy al cierzo se camina durante una jornada por una región bellísima; al cabo de la jornada se encuentra la noble ciudad de Yanguy, bajo cuya jurisdicción se encuentran xxvii ciudades de grandes

mercaderías. Yo, Marco, por orden del Gran Kan tuve durante tres años en aquella ciudad el cargo de gobernador.

Capítulo quincuagésimo octavo De cómo se tomó con máquinas de guerra la ciudad de Sianfu

Al occidente se encuentra en la provincia de Mangi una región que se llama Nainguy, muy opulenta y hermosa. Allí se hacen muchos paños de oro y seda. Hay también abundancia de grano y de toda suerte de vituallas. Allí se encuentra la ciudad de Sianfu, que tiene bajo su jurisdicción xii ciudades. Esta ciudad se mantuvo tres años en rebeldía, y durante ese término no pudo ser tomada por las tropas de los tártaros cuando conquistaron la provincia de Mangi. El ejército, en efecto, no podía colocarse sino en la parte del aquilón, pues por todos los demás flancos se extendían lagos profundos por los que podían entrar y salir naves en la ciudad, de modo que no podía padecer falta de alimentos. Al oír esta nueva se enojó sobremanera el rey Kan; y aconteció que entonces estaba en su corte micer Nicolás, mi padre, micer Mateo, su hermano, y Yo, Marco, con ellos. Presentándonos, pues, todos a una ante el rey nos ofrecimos a construir máquinas muy buenas con las que tomaría sin remisión la ciudad, ya que no se usaban máquinas en aquellas regiones. Teníamos con nosotros a carpinteros cristianos, que fabricaron tres catapultas excelentes, cada una de las cuales lanzaba piedras de ccc libras; el rey, cargándolas en naves, las envió a su ejército. Cuando fueron asentadas delante de la ciudad de Sianfu, la primera piedra que arrojó la máquina sobre la plaza cayó sobre una casa y destrozó gran partede la misma. Los tártaros que estaban en el ejército, al verlo, quedaron estupefactos, y los sitiados fueron presa de gran pánico; temerosos de ver destruida tan gran ciudad por las máquinas y de morir ellos mismos a manos de los tártaros o perecer bajo los derrumbamientos de las casas, rindieron de inmediato pleitesía al Gran Kan.

Capítulo quincuagésimo noveno
De la ciudad de Cinguy, no muy grande, y del gran río de Quian

Después de salir de la ciudad de Sianfu se encuentra a xv millas al siroco la ciudad de Singuy, no muy grande, aunque cuenta con un sinfín de naves, pues está situada a la orilla del río mayor que existe en el mundo, que se llama Quian, que tiene de anchura unas veces diez millas, otras, ocho, otras seis, y más de cien jornadas de longitud. En este río hay más naves que en todo el mar y en todos los ríos aquende el mar, y bajan por él más mercaderías que por todas las tierras en todos los lugares aquende el mar. Yo, Marco, vi en el puerto de esta ciudad de Cinguy alrededor de cinco mil, que navegaban por el curso del río. Las naves gruesas de aquella región están cubiertas de un sobrado y no tienen sino un mástil para el velamen. La carga de cada una asciende por lo general al número y peso de cuatro mil cántaras; algunas, no obstante, transportan xii mil cántaras, entendiendo cántaras a la manera de las naves de Venecia. Por tanto, la carga de las naves oscila entre las cuatro y las xii mil cántaras, subiendo o bajando de estas cantidades según el calado. No se sirven de maromas de cáñamo salvo para el mástil de la nave y la vela, pero fabrican cuerdas con las grandes cañas de que se ha hecho mención arriba, que tienen xv pasos de longitud, con las que traen a veces la nave a la sirga por el río. En efecto, parten las cañas y, atando unos con otros los cabos cortados, hacen sogas muy largas, pues algunas alcanzan ccc pasos de longitud, y son más fuertes que las maromas de cáñamo.

Capítulo sexagésimo
De la ciudad de Tanguy

Tanguy es una pequeña ciudad a la orilla del mencionado río al cierzo. Todos los años se recoge allí una inmensa cosecha de grano y de arroz, que después es llevada a la corte del Gran Kan a la ciudad de Cambalú; la trasladan desde ese lugar a Cathay por ríos y lagos. El Gran Kan ha mandado hacer muchos y grandes canales en buen número de parajes, para que las naves puedan pasar de un río a otro y llegar a la provincia de Cathay.

También puede irse por tierra desde Mangi a Cathay. La corte del Gran Kan se abastece de trigo gracias sobre todo al que se almacena en el puerto de esta ciudad de Calguy. Frontera a la ciudad de Calguy hay una isla en medio del río; se alza allí un monasterio de monjes gentílicos que tiene muchos ídolos. Residen en él cc o más monjes idólatras; es cabeza y regla de numerosos conventos que sirven a ídolos.

Capítulo sexagésimo primero De la ciudad de Cigianfu

Cigianfu es una ciudad en Mangi donde se hacen muchos trabajos en oro y en seda. Hay allí dos iglesias de cristianos nestorianos, que construyó el nestoriano Masarchis, que obtuvo del Gran Kan el obispado de esa ciudad el año del Señor de mclxxviii.

Capítulo sexagésimo segundo De la ciudad de Thinginguy y de cómo sus moradores fueron matados por haber dado muerte aun ejército de tártaros

Saliendo de la ciudad se va durante tres jornadas al siroco y durante el camino se encuentran ciudades y villas de grandes mercaderías y oficios mecánicos. Más allá, a tres jornadas, se halla la ciudad de Thinginguy, muy gran de y famosa. Hay allí gran abundancia de toda suerte de alimentos. Cuando Bayan, príncipe del ejército del Gran Kan, envió sus huestes a conquistar y sojuzgar las ciudades de Mangi, mandó contra Thinginguy a muchos cristianos que se llaman alanos. Como éstos atacaron con enorme coraje la ciudad, los cercados, vencidos por la valentía de los sitiadores, les abrieron sin condiciones sus puertas. Así, pues, todo el ejército entró pacíficamente en el recinto, sin hacer daño a nadie desde el punto y hora en que decidieron someterse a los mandatos del Gran Kan. Los susodichos alanos que habían conquistado la plaza encontraron en ella vino excelente

en abundancia, del que bebieron en tanta cantidad que todos se embeodaron. A la noche, apesantados por el vino, cayeron en tan gran modorra que se durmieron todos hasta el último y no hicieron ninguna vela. Los ciudadanos que los habían recibido de paz, al ver esto, los atacaron mientras dormían y los mataron a todos, de manera que no escapó ninguno. Bayan, al recibir la nueva, envió contra ellos un gran ejército y, después de tomar la ciudad por la fuerza, ordenó que todos sus habitantes fueran pasados a cuchillo en castigo de tamaña traición y perfidia. Y se hizo tal como mandó.

Capítulo sexagésimo tercero **De la ciudad de Singuy**

Singuy es una ciudad noble, cuya circunferencia abarca lx millas. La habita una muchedumbre sin cuento. La provincia de Mangi es tan populosa que, si el pueblo de la tierra fuera aguerrido en las armas, hubiese debido conquistar y vencer todo el resto del mundo; pero viven allí muchos mercaderes y artesanos y entre ellos muchos médicos y filósofos. En esta ciudad hay vi mil puentes de piedra de tan gran altura, que bajo todos ellos puede pasar con holgura una galera, y bajo muchos pueden pasar al tiempo dos galeras. En los montes de aquella ciudad crece ruibarbo y también jengibre en tanta cantidad, que por un veneciano de plata se pueden comprar ochenta libras de jengibre fresco y buenísimo. Esta ciudad tiene bajo su jurisdicción xvi ciudades de grandes mercaderías y muchos oficios mecánicos, y se hacen por tanto allí muchos paños de seda. Se llama Singuy, es decir «ciudad de la tierra», y otra gran ciudad se llama Quinsay, es decir, «ciudad del cielo». Recibieron este nombre aquellas ciudades porque son las más famosas en las partes de Oriente.

Capítulo sexagésimo cuarto **De la ciudad nobilísima de Quinsay**

Saliendo de la ciudad de Singuy se marcha durante cinco jornadas y se encuentran en el camino muchas ciudades importantes, donde se hacen muy grandes contrataciones. Después se llega a la nobilísima ciudad de Quinsay, que en nuestra lengua quiere decir «ciudad del cielo», que es la ciudad mayor del mundo y la principal en la provincia de Mangi. Yo, Marco, estuve en ella y observé con atención sus cualidades, que referiré de manera sucinta y breve tal y como las vi. Su perímetro abarca en cerco cien millas más o menos. Tiene xii mil puentes de piedra de tanta altura, que las naves por lo general pueden pasar por debajo de ellos. La ciudad está en una laguna, como Venecia, y si careciese de puentes, no habría paso por tierra de un barrio a otro; por esta razón se requiere que haya tantos millares de puentes. Existen en ella xii principales oficios mecánicos, y cada uno cuenta con xii mil tiendas, en las que trabajan los artesanos correspondientes. Cada tienda alberga entre aprendices y maestros a x, xv o xx artesanos, y algunas veces llegan a xl. Es tan grande el número de artesanos y mercaderías, que parece cosa increíble a quien no lo haya visto. Los vecinos de la ciudad llevan una vida muy regalada, * * * y ni ellos ni sus esposas trabajan con sus manos, sino que hacen trabajar a otros criados. En efecto, por una constitución antigua es allí costumbre que cada uno tenga en su propia casa la tienda y el oficio que tuvo su padre; y si es rico, no está obligado al trabajo manual. Las de Quinsay son mujeres muy bellas, criadas por lo general en suma molicie. Al mediodía de la ciudad se extiende un gran lago que ciudad mayor del mundo abarca en cerco xx millas. A las orillas del lago en todo su entorno se levantan numerosos palacios y muchas grandes mansiones de los nobles, de maravillosa factura tanto en su interior como en su fachada. Se encuentran también allí iglesias de ídolos. En el centro del lago hay dos islotes, en cada uno de los cuales se eleva un palacio noble y hermoso en extremo, donde se encuentran los aprestos y la vajilla necesaria para las bodas y los banquetes de gala. Si alguien quiere celebrar un festín en un lugar solemne, se dirige allí, donde puede festejar con boato una comida o una boda. Tiene Quinsay muchas y bellísimas casas. Cuenta asimismo cada barrio con pequeñas torres de piedra construidas para el uso comunal, a fin de que, cuando se produce un incendio fortuito, los vecinos puedan llevar allí sus enseres para que no ardan; en efecto, como muchas casas son de madera, con frecuencia prende el fuego en la ciudad. Sus habitantes adoran ídolos, comen carne de caballo, perro y cualquier animal y pagan en moneda del Gran Kan. En Quinsay se monta mucha guardia por orden del Gran Kan, tanto para que sus moradores no se atre-

van a rebelarse como para que no tengan lugar robos y homicidios; en cada puente de la ciudad vigilan diez centinelas noche y día. En su recinto hay un monte sobre el que se eleva una torre; sobre la torre hay tablas de madera; así, cuando se declara un fuego en la ciudad, si alcanzan a verlo los guardianes de la torre, golpean las tablas con porras de palo, para que se oiga de lejos el son a la redonda y acudan todos a prestar auxilio; lo mismo se hace si por alguna razón estalla en la ciudad una reyerta o un disturbio. Todas las calles son calzadas de piedra. Hay en Quinsay alrededor de tres mil tinas muy grandes y bellas en las que se bañan con frecuencia los vecinos, que se cuidan muy mucho del aseo corporal. A xxv millas al oriente mas allá de Quinsay está el mar Océano, y a la vera del mar la ciudad de Ganfu, donde hay un puerto excelente al que afluyen naves sin cuento desde la India y otras regiones. Desde la ciudad hasta el mar corre un río por el que llegan a ella las naves, río que atraviesa también muchas otras comarcas. Esta provincia la dividió el Gran Kan en nueve reinos, dando rey propio a cada uno según le plugo. Todos estos soberanos son muy poderosos y están sometidos al Gran Kan; es preciso que cada año rindan cuenta a los oficiales del Gran Kan de todos los ingresos y gastos de su reino, así como de su gobierno. Uno de aquellos monarcas reside continuamente en la ciudad de Quinsay, y tiene bajo su señorío cx1 ciudades. La provincia de Mangi tiene en total mccc ciudades, y en cada una de ellas está puesta una guarnición del Gran Kan, para que no se atrevan a rebelarse, El número de guardianes es maravilloso e incontable; sin embargo, no son todos tártaros, sino que son de tropas diversas y mercenarios del Gran Kan. En Quinsay y en toda la provincia de Mangi existe la costumbre de que, cuando nace un niño, inmediatamente sus padres hacen anotar el día y la hora de su nacimiento y bajo qué planeta ha nacido, pues en todos sus viajes y sus acciones se guían por el juicio de los astrólogos; por eso precisan saber el día y la hora de su nacimiento. Cuando alguien fallece, sus parientes se visten de jerga de cáñamo y queman con grandes cánticos el cadáver del muerto, así como imágenes de sus servidores y criadas y caballos y dineros, todo lo cual se hace de papel; y creen que el difunto alcanzará en la otra vida tantas cosas como han ardidido en imagen. Después tañen con gran regocijo música en sus laúdes, diciendo que los dioses lo reciben con la misma pompa con la que incineran su cuerpo. En Quinsay hay un palacio maravilloso, en el que Facfur, otrora rey de Mangi, tenía su corte; es un gran espacio cercado en cuadro por un muro de gran altura, que abarca en su ámbito x millas. Dentro de esos muros hay vergeles muy hermosos con frutos finos y también fuentes y estanques en los que se crían

muchos y sabrosísimos peces. En el centro del recinto se alza un palacio hermosísimo y el mayor que existe en el mundo, pues tiene xx salas todas del mismo tamaño, en cada una de las cuales podrían comer al tiempo diez mil hombres, estando colocados todos los comensales con todo desahogo y como manda el protocolo. Hay también salas pintadas y decoradas con trabajo exquisito, así como alrededor de mil aposentos. En Quinsay hay cc «hogares», por usar la expresión italiana vulgar, es decir, tantas familias, que montan clx romani en un cálculo somero; cada romani comprende x mil hombres. Por tanto, hay tantas familias en total que su número alcanza la suma de un millón y lx mil. En toda la ciudad hay muchos y muy hermosos palacios, pero sólo hay una iglesia de cristianos nestorianos. En Quinsay y en todo su distrito es preciso que cada cabeza de familia escriba sobre la puerta de la casa su nombre, el de su mujer y los de todos los miembros de su casa y su servidumbre, incluso el número de sus caballos. Cuando muere alguien de la familia o cambia de domicilio, es menester que se borre el nombre del difunto o del que se ha ido, y que asimismo se anote el nombre del recién nacido o de quien se ha añadido a la familia. De esta manera se puede saber fácilmente el número de habitantes que tiene la ciudad. También los mesoneros y los que reciben huéspedes registran en sus cuadernos los nombres de todos los viajeros que se acogen en sus hostales y en qué mes y en qué día han entrado en su posada.

Capítulo sexagésimo quinto

De las rentas que recibe el Gran Kan en Quinsay y en la provincia de Mangi

Voy a hablar ahora de los ingresos y rentas que percibe el Gran Kan de la ciudad de Quinsay y de toda la provincia de Mangi. Anualmente ingresa el Gran Kan de la sal que se hace en Quinsay y en sus tierras lxxx romanos de oro; cada romano vale ochenta mil sagios de oro, y cada sagio de oro tiene más peso que el florín. De las otras cosas y mercaderías fuera de la sal recibe tributos inmensos e incalculables. En esta provincia hay más azúcar que en las restantes regiones de todo el mundo. Hay también grandísima abundancia de droguería y especia semejantes, y de cada droga recibe el Gran Kan el tres y medio por ciento. Percibe bien grandes ingresos del vino

que se hace de arroz y diversas especias, así como de la carne. De los xii oficios que se realizan en Quinsay y en su distrito obtiene grandes rentas. De la seda, de la que hay en Mangi inmensa abundancia, recibe el diez por ciento cuando se vende; también se le da el diez por ciento en otros muchos géneros. Yo, Marco, oí contar las rentas que percibe el Gran Kan del reino de Quinsay, que es la novena parte de la provincia de Mangi, y montaban anualmente las rentas, sin incluir la sal, quince millones y seiscientos mil sagios de oro.

Capítulo sexagésimo sexto **De la ciudad de Tampiguy y otras muchas ciudades**

Avanzando más allá de la ciudad de Quinsay al siroco se encuentran sin cesar durante una jornada muchos huertos y excelentes labrantíos. Después de esa jornada se avista la ciudad de Tampiguy, que es grande, noble y muy hermosa. Más allá de la ciudad de Tampiguy se halla a tres jornadas la ciudad de Ungi. Durante dos jornadas al siroco se pasa por ciudades y aldeas que están tan próximas y contiguas, que le parece al viajero atravesar una única ciudad. Hay allí infinita abundancia de todos los alimentos, y asimismo cañas mas gruesas que en todo el resto de la región, pues tienen cuatro palmos de anchura y xv pasos de longitud. A dos jornadas de allí está la ciudad de Ghenghuy, grande y bella. Después se camina durante dos jornadas al siroco y se hallan a cada paso ciudades y aldeas. En esta región hay muchos leones feroces y enormes. Esta comarca, así como las demás de Mangi, carece de carneros, pero tiene bueyes, cabras, machos cabríos y cerdos en suma cantidad. Después de otras cuatro jornadas está la ciudad de Ciangan, muy grande, que está emplazada en un monte que parte un río en dos brazos, que después corren en direcciones opuestas. A continuación se camina durante tres jornadas y se encuentra la ciudad de Cinguy, que es la última en el señorío de Quinsay.

Capítulo sexagésimo séptimo
Del reino de Suguy

Al salir de la ciudad de Tinguy se entra inmediatamente en el reino de Suguy, y sigue el camino al siroco durante seis jornadas por montes y valles, en el que se encuentran ciudades y castillos; hay allí plenitud de víveres, así como muchísima caza de animales y aves; hay gran número de leones. Crece el jengibre en abundancia infinita, pues por el valor de un grueso veneciano se dan lxxx libras de jengibre. Hay también una flor que se asemeja al azafrán; sin embargo, es de otra especie, pero de igual valor que el azafrán. Los habitantes de esta región comen muy gustosos carne humana, con tal que los hombres no hayan fallecido de muerte natural, y piensan que ésta es la mejor carne. Cuando marchan a la guerra, todos se marcan en la frente una señal con hierro al rojo. Ninguno de ellos va a caballo salvo el jefe del ejército. Se sirven de lanzas y espadas. Son hombres cruelísimos sobremanera. Cuando matan en combate a un enemigo, beben su sangre y comen su carne.

Capítulo sexagésimo octavo
De las ciudades de Quelinfu y Unquen

En el medio de las seis jornadas susodichas está la ciudad de Quelinfu, muy grande y noble; tiene sobre el río tres puentes de piedra adornados en el pretil con columnas de mármol. Miden los puentes ocho pasos de anchura y una milla de longitud. Hay allí seda, jengibre y galanga en grandísima abundancia. Los hombres y las mujeres son muy hermosos. Hay gallinas que carecen de alas, pero tienen pelo como los gatos y son todas de color negro; ponen huevos excelentes, parecidos a los de nuestras gallinas. Por la multitud de leones es peligroso en extremo pasar por allí. Transcurridas las seis jornadas susodichas está a xv millas la ciudad de Unquen. Hay en ella azúcar en cantidad infinita y se lleva de allí a la ciudad de Cambalú.

Capítulo sexagésimo noveno
De la ciudad de Fuguy

Avanzando por el camino se encuentra a xv millas la ciudad de Fuguy, que es la capital del reino de Conchay, uno de los nueve reinos de Mangi. En esta ciudad acampa el ejército del Gran Kan para custodia de la región, listo a acudir inmediatamente a la ciudad que se atreva a rebelarse. Por medio de la ciudad pasa un río que tiene una milla de anchura. En ella se construyen muchas naves que navegan por el río. Hay allí jengibre en abundancia extraordinaria. Se hacen también tratos grandísimos de perlas y de piedras preciosas, que se traen de la India, pues está cercana al mar Océano. Tiene asimismo abundancia de vituallas.

Capítulo septuagésimo
De la ciudad de Zaizen y su famosísimo puerto y de la ciudad de Tinguy

Después de franquear el río susodicho se va durante cinco jornadas al siroco y se encuentran en el camino buenísimas ciudades y muchas aldeas y caseríos y bosques, en los que se hallan muchos árboles de los que se extrae el alcanfor. Al cabo de esas cinco jornadas se encuentra la ciudad de Zaizen, que es inmensa y tiene un puerto famosísimo al que acuden en cantidad infinita las naves de la India con sus mercancías, pues por una que vaya con pimienta a Alejandría para llevarla de allí a tierra de los cristianos, vienen cien navíos a este puerto. En efecto, es uno de los mayores y mejores del mundo por la cantidad y el volumen de las mercancías que entran en él. El Gran Kan obtiene enormes rentas de este puerto, pues cada nave le paga de todas sus mercancías el diez por ciento. La nave recibe de los mercaderes el xxx por ciento por el flete de las mercancías finas; por el de las demás mercancías bastas, lináloe y sándalo recibe el xl por ciento, de suerte que los mercaderes pagan en total, contando el tributo real y el flete, la mitad de todas las mercancías que llevan al puerto susodicho. En la ciudad hay gran abundancia de víveres. En esta región está la ciudad de Tinguy,

donde se hacen bellísimas escudillas de una tierra que se llama porcelana, en una comarca que es una de las nueve regiones de Mangi; tienen éstos lengua propia. De este reino obtiene el Gran Kan tan grandes o mayores rentas que del reino de Quinsay. Dejo de escribir de los otros reinos de Mangi por mor de brevedad; en caso de describir cada uno, sería excesiva la prolijidad de este libro. Es preciso que pase a la India, donde yo, Marco, residí largo tiempo, y de la que hay que contar grandes e innumerables cosas.

Libro tercero

Capítulo primero

El primer capítulo contiene la descripción de las naves

La parte tercera de nuestro libro contiene la descripción de la India; pero comencemos al principio por sus naves. Las naves con las que se surca el mar de la India son del siguiente porte: por lo general, son de pino, y tienen un sobrado, que entre nosotros se llama «cubierta», sobre el que se asientan camarotes o celdas en número de xl, cada una de las cuales aloja cómodamente a un mercader; tiene también la nave un amplustre o gobernalle único, que en lengua vulgar se llama «timón»; asimismo está provista de cuatro mástiles y cuatro velas, pero dos de los mástiles susodichos están dispuestos de manera que se puedan poner y quitar sin dificultad. Por otra parte, las tablas están clavadas y fijas dos a dos, y así, al ajustarse una tabla sobre otra, se dobla el forro del barco en todos sus costados. La nave se sujeta con clavos de hierro; también las tablas de la nave están clavadas por dentro y por fuera según la común usanza de nuestros marineros. Sin embargo, no están calafateadas con pez porque en aquellas regiones carecen de ella; en cambio pican y desmenuzan el cáñamo y lo mezclan con aceite de los árboles y con cal, y con este engrudo brean los navíos; es esta untura muy tenaz y excelente para este uso. Cualquier nao gruesa precisa de doscientos marineros poco más o menos, pero transporta por lo general seis mil sacos de pimienta. Tiene grandes remos y muchas veces va a boga; cualquiera de los remos necesita a su vez cuatro marineros. Tiene además

la nave dos barcas grandes; unas son mayores que otras, pero cualquiera de ellas transporta mil sacos de pimienta y para su manejo y gobernación se requieren xl marineros, con lo que a menudo va la nave a remolque de las barcas, que avanzan a vela o a remo según la ocasión. Asimismo cuenta la nao con diez barcas pequeñas que llamamos bateles para la pesca, el anclaje y otros muchos menesteres náuticos. Todas estas barcas van atadas a los costados de la nave y se echan al agua cuando es preciso. A su vez, las barcas tienen igualmente bateles. Cuando la nao gruesa realiza un largo viaje por mar o navega durante un año completo necesita reparación, y sobre cada tabla de la nave primitiva se pone una tercera tabla por doquier, y se brea como se hizo al principio. Y esta operación se repite también otras veces hasta que, al final, cubren la nave seis hiladas de tablas.

Capítulo segundo De la isla de Ciampagu

Pasemos ahora a describir las regiones de la India; empezaremos por la isla de Ciampagu, que es una isla al oriente en alta mar, que dista de la costa de Mangi mil cuatrocientas millas. Es grande en extremo y sus habitantes, blancos y de linda figura, son idólatras y tienen rey, pero no son tributarios de nadie más. Allí hay oro en grandísima abundancia, pero el monarca no permite fácilmente que se saque fuera de la isla, por lo que pocos mercaderes van allí y rara vez arriban a sus puertos naves de otras regiones. El rey de la isla tiene un gran palacio techado de oro muy fino, como entre nosotros se recubren de plomo las iglesias. Las ventanas de ese palacio están todas guarnecidas de oro, y el pavimento de las salas y de muchos aposentos está cubierto de planchas de oro, las cuales tienen dos dedos de grosor. Allí hay perlas en extrema abundancia, redondas y gruesas y de color rojo, que en precio y valor sobrepujan al aljófara blanco. También hay muchas piedras preciosas, por lo que la isla de Ciampagu es rica a maravilla.

Capítulo tercero
De cómo el Gran Kan envió su ejército a conquistar la isla de
Ciampagu

El Gran Kan Cublay, prestando oídos a los mercaderes que le narraban las riquezas de Clampagu, envió allí a dos de sus barones con un imponente ejército para someter la isla a su dominio. Uno de ellos se llamaba Anatar, el otro Santhim. Zarpando del puerto de Quinsay con muchas naves y gran copia de jinetes y peones arribaron allí, y descendiendo en tierra infirieron grandes daos a las villas y aldeas que se encontraban en la llanura. Sin embargo, surgió entre ellos desavenencia, porque el uno se negaba a plegarse a la voluntad del otro. Por esta razón no los acompañó el éxito como esperaban, pues no conquistaron ninguna ciudad a excepción de una sola aldea en una refriega pequeña. Como los que se encontraban en la aldea no quisieron rendirse, fueron todos descabezados por orden de los barones, salvo ocho hombres que había entre ellos, cada uno de los cuales tenía cosido en el brazo, entre la carne y la piel, una piedra preciosa en la que nadie hubiese podido reparar; esta piedra está embrujada con diabólicos ensalmos a este efecto, a saber, que nadie que la lleve sobre sí pueda recibir herida o muerte por el hierro. Así, pues, cuando eran golpeados con la espada no podían sufrir ningún daño. Al conocerse la causa, ordenaron que se les diese muerte con un garrote de madera. Y así murieron de inmediato y los barones cogieron las piedras susodichas.

Capítulo cuarto
De cómo naufragaron las naves del ejército de los tártaros y cómo
muchos del ejército escaparon

Acaeció un día que se levantó en el mar una borrasca y las naves de los tártaros fueron batidas por la fuerza del viento sobre la costa. Al aconsejar los marinos que se alejasen los navíos de tierra, se embarcó todo el ejército. Sin embargo, como la tempestad arreció, naufragaron muchas naos, y los que iban en ellas llegaron a otra isla situada a unas cuatro millas de Ciampagu asiéndose a tablas de madera o nadando; a su vez, el grueso del ejér-

cito, que pudo escapar en las naves, retornó a su patria. Los que arribaron a la isla eran al pie de treinta mil; pero como habían perdido las naves y multitud de compañeros y estaban cerca de la isla de Ciampagu, se juzgaban próximos a la muerte por estar desprovistos de ayuda humana; en la isla a la que habían llegado no había poblado alguno.

Capítulo quinto
De cómo los tártaros regresaron astutamente y tomaron la ciudad principal

Al amainar la tempestad del mar, los hombres de la gran isla de Ciampagu marcharon contra ellos con muchas naves y un gran ejército con intención de matarlos, ya que los veían privados de armas y de ayuda. Cuando abandonando las naves descendieron en tierra, los tártaros, entonces, los alejaron hábilmente del litoral y desviándose por otro camino volvieron de repente a la costa y se embarcaron todos en las naos, dejando al adversario en tierra sin barcos. Así fueron a la isla de Ciampagu y, tomando las banderas enemigas que encontraron en las naves, se dirigieron a la ciudad que era más principal en la isla. Los que habían quedado en ella, cuando vieron las enseñas de su pueblo, salieron a su encuentro pensando que los suyos tornaban victoriosos. Ellos entraron inmediatamente en la plaza y, reteniendo a las mujeres, expulsaron a los demás que habían quedado en la ciudad.

Capítulo sexto
De cómo los tártaros fueron cercados y devolvieron la ciudad que habían tomado

Al oír esta nueva el rey de Ciampagu, aprestando naves de otros lugares de la isla, navegó * * * hacia Ciampagu con su ejército, y sitió la ciudad que habían conquistado los tártaros; y con tan gran diligencia hizo guardar to-

das sus entradas y salidas, que nadie podía entrar en ella desde el exterior ni salir del interior fuera del recinto. Así fueron asediados y cercados durante siete meses por un gran ejército, de suerte que no pudieron dar aviso al Gran Kan por algún mensajero. viendo, en consecuencia, que no podían obtener ayuda de los suyos, entregaron sin condiciones la ciudad a aquel rey de Ciampagu a trueque de sus vidas, y después regresaron a su patria. Esto ocurrió en el año del Señor milésimo ducentésimo sexagésimo nono.

Capítulo séptimo

De la idolatría y la crueldad de sus hombres

En esta isla de Ciampagu y en aquellas regiones hay muchos ídolos que tienen unos cabeza de buey, otros de cerdo y otros de carnero, perro u otros diversos animales. También hay algunos ídolos que tienen cuatro caras en una sola cabeza; asimismo hay otros que tienen tres cabezas, una sobre el cuello y otras dos a cada lado de los hombros; algunos, en fin, tienen cuatro manos, otros diez, otros cien: el ídolo que más manos tiene se considera que posee más poder. Cuando se les pregunta a los habitantes de Ciampagu la razón de todo ello, por lo general no saben dar otra respuesta sino que así lo creyeron sus mayores y tal fe han recibido de ellos, y que quieren practicar y creer lo que siguieron sus antepasados. Cuando los habitantes de la isla de Ciampagu apresan a un extranjero, si el cautivo puede lograr su redención por dineros, lo dejan ir a cambio de un rescate; mas si carece de bienes para alcanzar su libertad, lo matan y se lo comen cocido e invitan a semejante banquete a sus parientes y amigos, ya que comen con gran gula aquella carne, afirmando que la carne humana es mejor que ninguna otra.

Capítulo octavo

De la multitud de las islas de aquella región y sus frutos

El mar donde está la isla de Ciampagu es Océano y se llama mar de Cim, es decir, «mar de Mangi», ya que la provincia de Mangi está en su costa. En el mar donde está Ciampagu hay otras muchísimas islas, que contadas con cuidado por los marineros y pilotos de aquella región se ha hallado que son siete mil cccclxxviii, la mayor parte de las cuales está poblada por hombres. En todas las islas susodichas los árboles son de especias, pues allí no crece ningún arbusto que no sea muy aromático y provechoso. Allí hay especias infinitas; hay pimienta blanquísima como la nieve; también hay suma abundancia de la negra. Con todo, los mercaderes de otras partes rara vez aportan por allí, pues pasan un año completo en el mar, ya que van en invierno y vuelven en verano. Sólo dos vientos reinan en aquel mar, uno en invierno y otro en verano. También está esta región muy distante de las costas de la India. Sobre esta comarca, como no estuve allí, concluyo mi narración. Volvamos, pues, al puerto de Zaizen, para seguir con las demás tierras.

Capítulo noveno De la provincia de Ziamba

Después de partir del puerto de Zaizen y navegando al garbino mil quinientas millas se llega a la provincia de Ziamba, que es grande en extremo y de muchas riquezas. Esta región tiene su propia lengua y su propio rey y sigue la idolatría. En el año del Señor de mcccclxxviii el Gran Kan Cublay envió a uno de sus príncipes, llamado Sagata, con un gran ejército, para someter a su dominio aquella comarca; pero encontró ciudades tan fuertes y castillos tan guarnecidos que no pudo tomar ni ciudades ni castillos. No obstante, como talaba las mieses de la tierra, el rey de Ziamba prometió pagar un tributo anual al Gran Kan si se avenía a dejarlo en paz. Alcanzado un acuerdo, se retiró el ejército, y aquel monarca envía todos los años xx elefantes muy hermosos al Gran Kan. Yo, Marco, estuve en esta provincia, en la que encontré a un rey anciano con un sinfín de mujeres, de las que tenía cccxxxvi hijos varones y hembras; de ellos 1 ya podían llevar armas. En esta región hay muchos elefantes y lináloe en grandísima abundancia; hay también bosques de madera de ébano.

Capítulo décimo
De la isla de Jana la Grande

Dejando atrás la provincia de Ziamba se navega entre el mediodía y el siroco d millas y se llega a Jana la Grande, que tiene de circunferencia tres mil millas. En esta isla hay un rey que no es tributarlo de nadie. Allí hay extraordinaria abundancia de pimienta, nuez moscada, espique, galanga, cubeba, clavo y otras especias. Acuden a ella muchos mercaderes, ya que obtienen grandes ganancias. Todos los habitantes de la isla son idólatras. El Gran Kan no ha podido todavía sojuzgarla.

Capítulo undécimo
Sobre la provincia de Laach

Dejando atrás la isla de Jana se navega entre el mediodía y el garbino siete millas y se arriba a dos islas, que se llaman Sandur y Candur. dc millas más allá se encuentra la provincia de Laach, que es grande y rica a maravilla. Tiene rey propio y lengua propia, sin pagar tributo a nadie salvo a su soberano, ya que es muy áspera y no puede ser invadida por nadie. Los habitantes de la región son idólatras. En esta comarca crecen brasiles domésticos y grandes como limones, que son muy buenos. También hay muchos elefantes. Asimismo hay porcelana que se utiliza como moneda, de la cual se ha dicho arriba. A esta provincia acuden pocos de otras partes, porque la región dista de ser pacífica.

Capítulo duodécimo
De la isla de Pentain

Después de partir de Laach se navega quinientas millas al mediodía, y se encuentra la isla de Pentain, que es también una región muy salvaje; hay allí bosques de árboles de gran aroma y mucho provecho. Entre la provincia de Laach y Pentain en un compás de xl millas no se encuentra más profundidad en el mar que cuatro pasos, por lo que es preciso que los navegantes alcen el gobernalle o timón. Después se llega al reino de Malciur, donde hay muchas especias en grandísima abundancia. Hay allí también lengua propia.

Capítulo décimo tercero **De la isla que se llama Jana la Chica**

A cien millas al siroco más allá de Pentain se encuentra la isla que se llama Jana la Chica, que tiene de boj dos mil millas. Hay allí ocho reinos, cada uno con su rey, y también tienen lengua propia. Todos los habitantes de esta isla son idólatras. Asimismo hay abundancia de toda suerte de especias, de las que nunca se ha visto su par aquende el mar. Esta región está situada tan al mediodía, que no se puede divisar desde ella la estrella polar, es decir, la que se llama en romance «tramontana». Yo, Marco, estuve en seis reinos de esta isla, a saber, en el reino de Ferlech, Bosman, Samara, Dragoyam, Lambri y Farfut, pero no estuve en los otros dos. Por tanto, hablaré en primer lugar del reino de Ferlech.

Capítulo décimo cuarto **Del reino de Ferlech**

A causa de los mercaderes sarracenos, de los que acude gran muchedumbre al reino de Ferlech, los habitantes de aquel reino que pueblan la región costera han recibido la ley del miserable Mahoma; en cambio, los que moran en las montañas no tienen ley, sino que viven como bestias y con-

sideran como dios y adoran la primera cosa con la que tropiezan al levantarse por la mañana. Comen la carne de todos los animales, puros e impuros, y también la carne humana.

Capítulo décimo quinto Del reino de Bosman

El reino de Bosman tiene lengua propia. Los hombres son muy bestiales; dicen que están sometidos al Gran Kan, pero no le rinden tributo. Sin embargo, alguna vez le envían joyas de animales salvajes. Hay allí unicornios muy grandes, que son poco menores que elefantes. El unicornio tiene pelo de búfalo, pata parecida a la del elefante y cabeza como el jabalí, que siempre lleva inclinada hacia el suelo; hace su cubil con preferencia en lodazales y es animal muy sucio. En medio de su frente sobresale un único cuerno, muy grueso y negro; tiene la lengua espinosa, erizada de grandes y gruesas púas, con las que causa muchas heridas a hombres y animales. En este reino hay muchos monos de diversas clases: unos son pequeños y tienen la cara parecida a la humana e incluso en el resto de sus miembros se conforman mucho con el hombre. Los cazadores los atrapan y les quitan los pelos, dejando sólo los del mentón y los de otras partes a semejanza humana. Después, los depositan una vez muertos en una pequeña caja y los conservan en especias para que no se pudran; a continuación los secan y los venden a los mercaderes, que los llevan por diversas partes del mundo y hacen creer a muchos que hay hombres así de pequeños. También se hallan en este reino muchos azores negros como cuervos, que cazan las aves a maravilla.

Capítulo décimo sexto Del reino de Samara

Después del reino de Bosman se encuentra en la misma isla el reino de Samara. En ese reino yo, Marco, residí dos meses con mis compañeros, porque no alcanzamos a tener tiempo favorable para la navegación. Así, pues, descendimos en tierra y allí construimos una fortaleza de madera con empalizada, en la que pasábamos la mayor parte del tiempo por temor al pueblo bestial de aquella región, que come con sumo gusto carne humana. En este reino no aparece la estrella polar que se llama en romance «tramontana», ni tampoco se ven las estrellas de la Osa Mayor que el vulgo llama «El Carro». Los habitantes de aquel reino son idólatras y muy bestiales en sus costumbres y muy salvajes. Hay allí peces muy sabrosos en grandísima cantidad. No crece el trigo, sino que hacen el pan de arroz. No tienen viñas, pero hacen vino de la siguiente manera: hay allí muchos árboles pequeños que se asemejan a las palmas, cada uno de los cuales tiene cuatro ramas por lo general; en una determinada época del año hacen una incisión en las ramas y atan a cada corte una orza, en la que recogen el jugo que rezuma el árbol como se destila el aguardiente. Ese líquido fluye con tan gran abundancia, que entre el día y la noche se llena la orza sujeta a la rama. Una vez vaciadas, vuelven a poner las orzas en las ramas, y así se prolonga esta vendimia muchos días. Después riegan con agua el pie del árbol, cuando ya ha dejado de gotear, y a poco vuelve a manar de nuevo el jugo, aunque no es de tanto valor como el primero. De este líquido hacen uso como vino y cosechan gran cantidad; es de sabor muy agradable y tiene color blanco y tinto, igual que el vino. En esta región hay en gran abundancia nueces de la India, que son grandes y buenísimas. Los habitantes de esta región se sirven como comida de todas las carnes sin distinción.

Capítulo décimo séptimo **Del reino de Dragoyam**

El reino de Dragoyam, en el que se adoran ídolos, tiene rey propio y también lengua propia. Sus hombres son muy salvajes. Existe en él la costumbre siguiente: cuando alguien enferma de gravedad, sus parientes llevan ante él a magos y encantadores y les preguntan si podrá sanar; aquéllos responden sobre su salvación o su muerte según la contestación que reciban de los demonios. Si dicen que el paciente no puede convalecer, llaman a los

que mejor y con más presteza saben matar a los enfermos, y tapan su boca de suerte que pierda la respiración. Una vez muerto, trocean su carne y la cuecen Y, reuniéndose todos sus parientes, la comen con toda su medula. Dicen, en efecto, que si su carne se pudriese y se convirtiese en gusanos, ellos morirían de hambre y el alma del difunto sufriría por esta razón un gravísimo castigo. A los huesos los sepultan en las cavernas de los montes, para que no los puedan tocar ni los hombres ni las bestias. Cuando los habitantes de aquella región capturan a algún extranjero, si no pueden pagar rescate, lo matan y se lo comen.

Capítulo décimo octavo Del reino de Lambri

Otro reino de la isla susodicha se llama Lambri, en el que hay muchas especias a maravilla. Allí crecen brasiles en grandísima abundancia. Cuando han crecido, los transplantan y por tres años los dejan en tierra, y después los arrancan con las raíces. Estos brasiles, yo, Marco, los llevé conmigo a Venecia y los hice plantar, pero no lograron brotar porque requieren una tierra muy caliente. Los habitantes de este reino son idólatras. En esta región hay una cosa muy de maravillar: existen muchos hombres que tienen cola como los perros, de un palmo de longitud; estos hombres con rabo no habitan en las ciudades, sino en los montes. Hay también muchos unicornios y otros muchos animales a maravilla.

Capítulo décimo noveno Del reino de Farfur

El sexto reino de aquella isla se llama Farfur, donde nace el mejor alcanfor que se pueda encontrar en parte alguna; se trueca con oro al peso. Hacen pan de arroz y carecen de trigo. Abundan en leche de la que se alimentan por lo general. Tienen vino de los árboles, sobre el que se habló en el reino

de Samara. En esta región crecen muchos árboles de gran grosor, que tienen corteza muy, fina; debajo de la corteza hay una harina buenísima en extremo, con la que preparan delicados manjares de los que yo, Marco, comí muchas veces. En los otros dos reinos de la isla no estuve, así que nada diré sobre ellos.

Capítulo vigésimo De la isla de Necuran

Partiendo de la isla de Jana por la parte del reino de Lambri, se avanza por mar ciento cincuenta millas y se da con dos islas, Necuran y Angaman. El pueblo de la isla de Necuran no tiene rey. Viven muy bestialmente. Sus habitantes, hombres y mujeres, van desnudos y no se cubren ninguna parte del cuerpo y son idólatras. Hay allí bosques de árboles de sándalo rojo, de nueces de la India y de clavo, y tienen abundancia de brasiles y de diversas clases de especias.

Capítulo vigésimo primero De la isla de Angaman

La otra isla se llama Angaman, y es grande. Su pueblo adora ídolos y vive muy bestialmente. Los hombres son salvajes y cruelísimos. Se alimentan de arroz, leche y carne. No hacen ascos a carne alguna, pues comen carne humana. Sus hombres son muy monstruosos, pues hay unos que tienen cabeza de perro y ojos parecidos a los caninos. Allí se encuentra abundancia de todas las especias. Hay también diversos y variados frutos cerca de las partes marítimas, muy dispares de los nuestros.

Capítulo vigésimo segundo **De la gran isla de Seilán**

Partiendo de la de Angaman se encuentra, a mil millas al garbino, la isla de Seilán, que es una de las mejores y mayores islas del mundo, y tiene dos mil cuarenta millas de perímetro. Sin embargo, fue mayor otrora, ya que, como es común fama en aquellas partes, su boj comprendía en tiempos tres mil seiscientas millas. Pero el viento que sopla reciamente desde la tramontana batió la isla a lo largo de muchos años con enorme ímpetu y tanta fuerza que, al derrumbarse buen número de los acantilados costeros, se sumió mucho territorio y el mar comió la mayor parte de la tierra. Esta isla tiene un rey riquísimo, que no es tributario de nadie. Sus habitantes son idólatras y todos van desnudos, hombres y mujeres, aunque cada cual tapa sus vergüenzas con un pañezuelo. No tienen grano alguno salvo arroz. Se alimentan de carne, arroz y leche. Tienen abundancia de semillas de ajonjolí, de las que hacen aceite. Tienen los brasiles mejores del mundo, que crecen allí. También tienen vino de los árboles de los que se dijo arriba en el reino de Samara. En esta isla se encuentran las piedras preciosas que se llaman rubíes, que no se hallan en otras partes. Hay asimismo muchos zafiros, topacios, amatistas y muchas otras piedras preciosas. Su rey posee el más bello rubí que jamás se haya visto en el mundo, pues es de un palmo de longitud y de anchura como el brazo de un hombre; es resplandeciente en extremo y carece de toda impureza, de suerte que semeja fuego ardiente. El Gran Kan Cublay le envió mensajeros pidiéndole que le entregase la piedra susodicha, por la que él estaba dispuesto a darle el precio de una ciudad; él respondió que la piedra era de sus antepasados y que no la daría jamás a ningún hombre. Los habitantes de esta isla no son esforzados, sino muy medrosos. Cuando tienen guerra con alguien, llaman de otras partes a soldados mercenarios y sobre todo a sarracenos.

Capítulo vigésimo tercero **Del reino de Maabar**

Más allá de la isla de Seilán se encuentra a xl millas Maabar, que se llama India la Grande. No es isla, sino tierra firme. En esta región hay cinco reyes. Es una comarca nobilísima y rica a maravilla. En la primera parte de esta provincia hay un monarca de nombre Seudeba, en cuyo reino hay perlas en abundancia extraordinaria; en efecto, en el mar de esta región se forma un brazo de mar o ensenada entre tierra firme y una isla, en el que la profundidad del agua no sobrepasa los diez o doce pasos y algunas veces los dos; allí se encuentran las perlas susodichas. Varios mercaderes hacen compañía entre sí y tienen naves grandes y pequeñas y contratan a hombres, que se sumergen en el fondo del agua y cogen los ostiones en los que están las perlas. Cuando estos pescadores no pueden aguantar más, suben a la superficie y otra vez descienden debajo del agua y así continúan todo el día. En aquel golfo hay peces tan grandes que podrían matar a los que bucean en el mar; pero los mercaderes se han precavido de este peligro de la siguiente manera: contratan los negociantes a unos magos llamados abrayanna, que con sus ensalmos y arte diabólica hechizan y aturden aquellos peces de suerte que no pueden dañar a nadie. Como esta pesca se realiza de día y no de noche, aquellos magos pronuncian los conjuros de día y por la tarde los deshacen para la noche; temen, en efecto, que alguien a hurtadillas sin permiso de los mercaderes se zambulla en el mar y coja las perlas. Los ladrones, a su vez, no se atreven a meterse en el agua por miedo, y no se encuentra a nadie más que sepa hacer sortilegios semejantes, salvo aquellos abrayanna que están tomados a sueldo por los negociantes. Esta pesca tiene lugar a lo largo de todo el mes de abril hasta mediados de mayo; para entonces se ha recogido una inmensa cantidad de perlas, que después los mercaderes distribuyen por el mundo. Los negociantes que hacen esta pesca y la arriendan del rey le dan sólo la décima parte de todas las perlas; a los encantadores que embrujan los peces les dan la vigésima parte del total; también se provee de manera muy satisfactoria para los pescadores. Desde la mitad de mayo en adelante no se encuentran más allí, pero en otro lugar que dista de éste ccc millas hay perlas en el mar durante todo el mes de setiembre hasta mediados de octubre. El pueblo de esta provincia va desnudo en cualquier estación; sólo un pañezuelo cubre sus vergüenzas; incluso el rey de este reino anda en cueros como los demás, pero lleva al cuello un collar de oro engastado por doquier en zafiros, esmeraldas, rubíes y otras piedras preciosísimas, collar que es de valor sin ponderación. Igualmente cuelga de su pescuezo un hilo de seda en el cual hay ciento cuatro piedras preciosas, a saber, perlas muy gruesas y rubíes; es preciso, en efecto, que todos los días pronuncie en honor de sus

dioses ciento cuatro oraciones por la mañana y otras tantas igualmente por la tarde. Trae también el soberano en cada brazo y en cada pie tres ajorcas que están todas ellas cubiertas de gemas; en los dedos de las manos y de los pies lleva el rey piedras preciosas. Esta pedrería que el soberano luce continuamente sobre sí vale una ciudad espléndida, pues de las perlas que allí se cogen el monarca elige para sí las mejores y más gruesas. Tiene además el susodicho rey d mujeres, y a uno de sus hermanos le quitó su esposa y aquél, por temor a su ira, disimuló la afrenta.

Capítulo vigésimo cuarto

Del reino de Far y sus costumbres y de la idolatría de sus habitantes

Los habitantes del reino de Far son todos idólatras y muchos de ellos adoran el buey, diciendo que el buey es algo santísimo; y no lo matan ni comen su carne por devoción. Cuando se mueren los bueyes, recogen su manteca y con ella untan sus casas. Entre estos idólatras hay unos de otra secta que se llaman gony, que no matan bueyes; pero si perecen de muerte natural o son matados por otros, entonces comen muy a gusto su carne. Dicen en aquella región que éstos son de la casta de los que mataron a Santo Tomás apóstol, y ninguno de ellos puede entrar en la iglesia donde yace su cuerpo, pues ni diez hombres podrían meter a uno de ellos en aquel santuario. En esta provincia hay muchos magos que entienden de agüeros, ensalmos y adivinaciones. En la comarca existen numerosos monasterios, en los que hay cantidad de ídolos. Muchos hombres ofrecen a sus hijas a los dioses por los que sienten mayor devoción, aunque las doncellas habitan en casa de sus padres. Cuando los monjes quieren celebrar una fiesta solemne, convocan a las muchachas consagradas a los dioses; ellas acuden y ante los ídolos hacen bailes y grandes cánticos. A menudo las susodichas jóvenes llevan consigo manjares y ponen una mesa delante del ídolo y la dejan allí el tiempo que podría tardar en comer con sosiego un gran príncipe; mientras tanto, cantan y danzan en su presencia y creen que entonces el dios degusta el jugo de la carne; después, comen en la mesa preparada con gran devoción. Terminada la ceremonia vuelven todas a sus hogares. Guardan este ritual las doncellas consagradas a los ídolos hasta que se casan. Cuando muere un rey en esta región, ha de ser quemado según la costumbre su

cadáver, y los soldados que le servían de continuo y los que cabalgaban con él se lanzan todos en vida a la pira y arden con el cuerpo del monarca, pensando que por ello en el más allá serán sus compañeros y que nunca jamás podrán separarse de su lado. También cuando fallecen otros hombres, muchas mujeres se arrojan de grado a la hoguera para arder con ellos al tiempo que se incineran sus cadáveres, a fin de ser en la otra vida sus esposas; las que obran así reciben grandes alabanzas del pueblo. En esta región existe la siguiente costumbre: cuando, por exigencia de la justicia, debe ejecutarse a alguien por sentencia del rey, le pide el reo como gracia que le deje darse muerte en honor de algún ídolo; obtenida la venia se reúnen ante él todos sus parientes y le ponen al cuello diez o doce puñales puntiagudos, y sentado en una silla lo pasean por toda la ciudad pregonando a gritos: «Este hombre, Fulano, quiere darse muerte a sí mismo en honor de aquel ídolo». Cuando se llega al lugar donde se hace pública justicia, aquél, cogiendo una daga, exclama a voz en cuello: «Yo me mato a mí mismo por amor a tal dios». Dicho esto, se hiere gravemente; y tomando otra gumía se asesta otra cruel puñalada; y así multiplica sus golpes cambiando en cada uno de cuchillo, hasta que muere de resultas de las heridas. Sus parientes queman su cuerpo con gran alborozo. Los hombres de esta comarca no consideran pecado ningún tipo de lujuria.

Capítulo vigésimo quinto **De diversas costumbres de esta región**

El rey de esta región y todos los demás, mayores y pequeños, se sientan en el suelo. Y si algún extranjero les pregunta por qué se sientan de esa manera, le responden así: «De la tierra hemos nacido para volver a ella, y por tanto queremos honrar la tierra: nadie la debe despreciar». Con las armas valen poco o nada. Cuando es fuerza marchar a la guerra, no se sirven de armas o corazas, sino que llevan consigo sólo escudos y lanzas. No matan ningún animal. Si alguna vez quieren comer carne, hacen que una persona de otra región mate los animales. Todos los hombres y mujeres lavan su cuerpo dos veces al día. Quien deja de cumplir esta norma es considerado entre ellos como hereje. En este reino se hace mucha justicia de homicidios y hurtos. No se atreven a beber vino, y quien fuere sorprendido

bebiendo vino, sería tenido por loco y en un juicio cualquiera sería rechazado como testigo. Tampoco admiten el dicho de los que se confían al mar en navíos, pues afirman que los tales son hombres desesperados.

Capítulo vigésimo sexto **De otras costumbres y novedades de aquella tierra**

En este reino no se crían caballos. Por lo tanto, el rey de Var y los otros cuatro soberanos de la provincia de Moabar gastan todos los años gran suma de dineros en caballos, pues los cinco monarcas mencionados compran anualmente más de diez mil corceles. En las regiones de Curmes, Chisi, Dairfar, Ser y Deni hay caballos excelentes, y los mercaderes llevan de allí gran cantidad al reino de Moabar. Se enriquecen con este trato los comerciantes, ya que venden un caballo generalmente por un precio de quinientos sagios de plata, que valen cien marcos de plata. Sin embargo, en el año mueren casi todos los corceles, ya que allí no pueden vivir largo tiempo, por lo que se renuevan cada año. Tienen caballerizos o malos o pocos, y los merchantes, en la medida de lo posible, miran mucho a que no acudan de otras partes, pues los indios por sí solos no saben cuidar los caballos, y el temple del aire es muy contrario al ganado equino. Una buena yegua, montada allí por un buen semental, no pare sin embargo sino un potro pequeño y de ningún valor: todos salen patituertos, de suerte que no pueden ser apropiados en absoluto para la monta. En esta provincia se da a los caballos carne cocida con arroz y se les ponen muchos otros manjares cocidos. No nace grano alguno salvo arroz. Hace allí un calor intensísimo y van, por tanto, desnudos. No tienen lluvia jamás, salvo en los meses de junio, julio y agosto; y si durante esos tres meses susodichos no hubiese lluvia, que refresca el aire, nadie podría vivir por el sofoco del calor. En esta región todas las aves son diferentes con mucho de las nuestras, salvo las codornices, que son parecidas a las de acá. Hay azores negros como cuervos, mayores que los nuestros, que cazan las aves a maravilla, y murciélagos grandes como azores.

Capítulo vigésimo séptimo
De la ciudad donde descansa el cuerpo de Santo Tomás y de los milagros que allí se hacen por sus merecimientos

En la provincia de Moabar en India la Grande yace el cuerpo de Santo Tomás apóstol, que en esta región sufrió martirio por el Señor. Está su cuerpo tierra adentro en una ciudad pequeña, a la que acuden pocos mercaderes porque se encuentra en paralelo desviado del comercio. Hay allí muchos cristianos y también numerosos sarracenos, que vienen a menudo de aquellas regiones a visitar el santuario y sienten gran veneración por este apóstol, pues dicen que fue un gran profeta, y lo llaman amaria, es decir, «hombre santo». A su vez, los cristianos que visitan el templo del apóstol se llevan consigo con devoción un poco de tierra en la que fue martirizado Santo Tomás, que es roja. En efecto, hacen con ella muchos milagros: los enfermos la beben desleída en agua o en otro líquido y muchos por ello se libran de diversas y graves enfermedades. En el año del Señor de mclxxxviii un gran príncipe de aquella tierra recogió en el tiempo de la cosecha gran cantidad de arroz, y como no disponía de lugar oportuno donde almacenarlo a su gusto, ocupó todas las casas de Santo Tomás apóstol, guardando en ellas su arroz contra la voluntad de los santeros, que humildemente le rogaban que no ocupase el hostel de los peregrinos que todos los días visitaban el templo del apóstol. Pero por la noche se le apareció Santo Tomás teniendo una horquilla de hierro en la mano, y poniéndosela sobre la garganta del dormido le dijo: «Si no desalojas en el acto mis casas, que ocupó afrentosamente tu temeridad, es obligado que mueras mala muerte». Al despertarse aquél cumplió al punto lo que el apóstol le había ordenado en sueños, y los cristianos dieron gracias a Dios y a Santo Tomás, reconfortados por la aparición del apóstol. Aquél contó en público su visión a todos. Muchos otros milagros suceden allí muy a menudo a invocación del apóstol Santo Tomás en loor de la fe cristiana.

Capítulo vigésimo octavo
De la idolatría de los paganos de aquel reino

En la provincia de Moabar todos los habitantes, hombres y mujeres, son negros. Sin embargo, no nacen así del todo, sino que artificiosamente se añaden una gran negrura por gala; en efecto, untan a los niños tres veces por semana con aceite de ajonjolí y así salen negrísimo en extremo, pues juzgan que es más bello el más negro. Los idólatras que hay entre ellos hacen negrísimo las imágenes de sus dioses, diciendo que los dioses y todos los santos son negros; por el contrario, pintan al diablo de blanco, afirmando que los diablos son blancos. Cuando los que adoran el buey marchan a la guerra, cada uno de ellos lleva consigo un pelo de buey salvaje; los jinetes los atan a la crin de su caballo y los infantes a sus cabellos o a sus piernas. Piensan, en efecto, que el buey salvaje tiene tanto poder y santidad que todo el que tenga sobre sí un pelo suyo, estará a salvo en cualquier peligro. Por esta causa las cerdas del buey salvaje alcanzan entre ellos gran precio.

Capítulo vigésimo nono **Del reino de Murfili y de cómo se encuentran en él diamantes**

Yendo más allá del reino de Moabar al viento que se dice «tramontana» se encuentra a mil millas el reino de Murfili, que no es tributarlo de nadie. Sus habitantes se nutren de carne, leche y arroz. Son idólatras. En algunos montes de este reino se encuentran diamantes. En efecto, después de la lluvia van los hombres a las torrenteras por las que baja el agua de las sierras, y cuando el agua se pierde en regatos escarban la arena y hallan muchos diamantes. También en verano durante los mayores calores los consiguen de la siguiente manera: suben a aquellos grandes montes no sin enormes penalidades, a causa del asfixiante calor que allí reina; es también muy peligrosa la ascensión debido a las grandes serpientes, de las que hay en aquel lugar cantidad infinita. Se extienden entre las montañas unos valles circundados por doquier de riscos intransitables, así que los hombres no tienen acceso a ellos. En aquellos valles abundan los diamantes. Asimismo menudean en las montañas las águilas blancas que anidan en las sierras y que se alimentan de las serpientes susodichas. Por tanto, los que quieren cobrar diamantes de aquellos valles arrojan desde los riscos al fondo

muchos trozos de carne, que por lo general caen sobre las piedras preciosas. Las águilas, viendo carne en los valles, se posan sobre ella y la picotean allí o la llevan a comer a los picachos. Por su parte, los que vigilan las águilas, si ven que vuelan a los montes, corren allá si el lugar es accesible, y ahuyentando las rapaces cogen las piltrafas, en las que encuentran con frecuencia los diamantes que quedaron adheridos a ellas; si las águilas, por el contrario, comen los despojos en los valles, van los hombres después al lugar donde las aves duermen de noche; y como las águilas al engullir la carroña suelen tragar las piedras pegadas a ella, los buscadores las hallan en sus excrementos; y de este modo encuentran diamantes en aquellos montes en abundancia extraordinaria. En el mundo entero no se pueden encontrar en otra parte. Los reyes y barones de la región aquella compran para sí los mejores y más hermosos, mientras que los demás son distribuidos por el orbe gracias a los mercaderes. En esta región se hace el bocarán más fino y hermoso que haya en el mundo. En esta provincia se crían los carneros mayores de la tierra. De todos los alimentos hay allí grandísima abundancia.

Capítulo trigésimo Del reino de Lach

Cuando se parte de nuevo de la provincia de Moabar desde el lugar donde yace el cuerpo de Santo Tomás apóstol y se va al occidente, se encuentra la provincia que se llama Lach. Allí habitan los abrayamin, que abominan sobremanera de la mentira; de hecho, por nada del mundo dirían una falsedad. Son también muy castos, pues cada uno de ellos se contenta con su mujer y temen y se guardan de coger o robar lo ajeno. No se sirven de vino ni de carne; no matan ningún animal. Son idólatras y observan los agüeros. Cuando quieren comprar algo, miden primero su propia sombra al sol y según las reglas de su superstición así proceden en el trato. Son muy parcos al comer y hacen grandes ayunos. Son sanos sobremanera, pues usan a menudo como alimento una hierba que los ayuda a maravilla a la digestión. Nunca menguan su sangre con sangrias. Hay entre ellos unos religiosos que observan una vida durísima por devoción a los ídolos. Van totalmente desnudos y no se cubren en parte alguna de su cuerpo, diciendo que no les son-

roja ir en cueros porque carecen de todo pecado. Adoran el buey. Cada uno de ellos lleva ceñido a la frente un pequeño buey de cobre, y todos con muchísima reverencia se dan un unto hecho de cenizas de hueso de buey. No usan escudillas ni tajadores al comer, sino que ponen su alimento en hojas secas, que son de los manzanos llamados del Paraíso, o sobre otras grandes hojas secas; no comen sobre hojas verdes ni tampoco se sustentan de frutos verdes o de hierbas verdes o de raíces verdes, ya que todo lo que es verde dicen que está animado, por lo que no quieren comerlo, por temor a cometer un gran sacrilegio al matarlo. Tampoco y por la misma razón se atreven a dar muerte a ningún animal grande o pequeño; de ninguna manera cometen pecados contra su ley; duermen sobre el suelo desnudo y queman los cadáveres de los muertos.

Capítulo trigésimo primero Del reino de Coilum

Al salir del reino de Moabar por otra región al garbino, se encuentra a d millas el reino de Coilum, donde viven muchos cristianos, judíos e idólatras. Hay allí lengua propia. El rey de Coilum no es tributarlo de nadie. En este reino crecen brasiles grandes como limones, muy buenos. También hay allí pimienta en extrema abundancia, pues los bosques y las campiñas rebosan de pimienta; sin embargo, el arbusto del que nace es doméstico; se coge sólo en junio y julio. Hay allí en gran cantidad índigo, del que se sirven los tintoreros; se hace de una hierba, y esa hierba la hacen en grandes calderos, la ponen a remojo y la dejan allí así hasta que quede bien marchita; después la secan al sol, que en aquella región caliente con grandes ardores, y a causa de la altísima temperatura hierve la hierba y se cuaja; a continuación parten aquella materia en pedazos pequeños y así es traída a nuestra patria. En aquella región resulta penoso vivir por el excesivo calor que hace: en efecto, si se pone un huevo en el río, al poco tiempo se cuece perfectamente. Acuden por las mercaderías a esta comarca muchos negociantes de diversas naciones, dada la grandísima granjería que allí se obtiene. En esta tierra hay muchos animales diferentes de los de las demás partes. En efecto, los leones son negros por completo, sin otro color. Hay papagayos o epymachi blancos sin mancha como la nieve, aunque

tienen rojas las patas y el pico. Hay también papagayos de diversas clases, más hermosos que los que nos traen aquende el mar. Hay gallinas diferentes en todo de las nuestras. Todo lo cría la región aquella diverso de lo que dan las demás regiones, las aves, los animales y las especias, y ello se debe a que es caliente sobremanera. No tienen grano alguno salvo arroz. Hacen vino de azúcar. De los demás alimentos hay abundancia infinita. Hay allí muchos astrólogos y médicos. Andan todos desnudos, hombres y mujeres, y son negros; no obstante, cubren y tapan sus vergüenzas con un hermoso paño. Sin embargo, son por lo general lujuriosos. Toman como esposas a parientes en tercer grado, y esta norma se observa en toda la India.

Capítulo trigésimo segundo De la provincia de Comari

Comari es una región de la India donde se puede ver la estrella polar, es decir, la llamada tramontana, pues desde la isla de Jana hasta este paraje no se puede divisar en absoluto. Por el contrario, si alguien entra en el mar junto a Comari, a treinta millas de allí verá la polar antedicha, y parece que se alza por encima del horizonte la medida de un codo. Esta región es muy salvaje y tienen muchos animales y muy diferentes de los demás, y en particular simios. Hay allí muchos monos que tienen rostro de hombre. Hay gatos que se llaman paulos, muy distintos de los demás; hay leones, onzas y leopardos sin cuento.

Capítulo trigésimo tercero Del reino de Beli

Partiendo de Comari a ccc millas al occidente se encuentra el reino de Beli, que tiene rey propio y propia lengua. Los habitantes de aquella región veneran imágenes. El monarca es riquísimo y tiene grandes tesoros, aunque no es poderoso por la multitud o el valor de su pueblo, mas la tierra es tan

bravía que no puede ser invadida por el enemigo. En esta región hay gran abundancia de pimienta, jengibre y otras especias nobles. Si alguna nave, al pasar por allí, se desvía a un puerto de esta comarca para capear alguna tempestad o por cualquier otra causa, si aporta a ellos por azar y no de propia voluntad, los hombres de la tierra toman a la fuerza todo lo que encuentran en el navío y dicen: «Vosotros queríais ir a otra región o lugar con vuestras mercaderías, pero nuestro dios y nuestra buena ventura os han traído muy a vuestro pesar a nuestra tierra. Por tanto cogemos de vosotros lo que nuestro dios y nuestra fortuna nos han deparado». Tal bellaquería se comete en toda la comarca. En esta región hay muchos y feroces leones.

Capítulo trigésimo cuarto Del reino de Melibar

Después se llega al reino de Melibar, que está al occidente de India la Grande. Tiene rey e idioma propio. El monarca no es tributarlo de nadie. El pueblo del reino adora ídolos. En esta tierra se ve la polar, es decir, la tramontana, y parece que se alza como dos brazas sobre el horizonte. En este reino, e igualmente en el de Gozurath, que está al lado, hay muchos piratas. Cada año se hacen a la vela de aquellos reinos más de cien bajeles corsarios, y pillan y saquean todas las naves de los mercaderes que pasan. Llevan a bordo consigo a sus mujeres e hijos, grandes y pequeños, y permanecen embarcados durante todo el verano. Establecen en el mar vigías, para que las naves en tránsito no puedan escapar de las suyas. Las vigías se efectúan de la manera siguiente: a través del mar de aquella región se aposta cada nao pirata a cinco millas una de otra, de modo que veinte navíos abarcan un compás de cien millas. Cuando los corsarios ven pasar un barco, lo anuncian con fuego y humo a sus compañeros de al lado, y aquéllos a su vez lo avisan a sus laterales, y así acuden cuantos son menester y saquean cuanto encuentran en las naves. De esta manera nadie puede escapar de sus manos. A los hombres que aprisionan no les infieren daño en sus personas, pero les quitan sus naves y todos sus bienes y los dejan desnudos en el litoral diciéndoles: «Marchaos y procurad enriqueceros de nuevo. Quizá paséis por nosotros con otras mercancías, y otra vez nos traeréis lo que donde hay muchos piratas hayáis vuelto a ganar». En esta re-

gión hay maravillosa abundancia de pimienta, jengibre y calabazas de nueces de la India. Se hace un bocarán excelente y hermoso sobremanera. De las ciudades de estos reinos no escribo, porque nuestro libro se extendería en exceso.

Capítulo trigésimo quinto Del reino de Gozurath

Otro reino vecino al de Melbar se llama Gozurath. Allí hay rey e idioma propio. Se encuentra al occidente de India la Grande. En este reino se alza la polar sobre el horizonte en altura de seis brazas. Allí se encuentran los mayores piratas que existen en el mundo. Cuando apresan en el mar a mercaderes, les dan de beber tamarindo con agua de mar, de resultas de lo cual los negociantes sufren diarrea de inmediato. Hacen esto porque los mercaderes, viendo venir de lejos a los piratas, acostumbran a tragarse las piedras preciosas y las perlas. De esta manera, pues, los piratas cobran todo y no se les puede ocultar nada en absoluto. En esta región hay abundancia de índigo, pimienta y jengibre. Hay también árboles de los que se coge algodón en gran cantidad. El árbol que produce algodón crece por lo general hasta una altura de seis pasos y da fruto durante xx años, y después de xx años nada. El algodón que da el árbol vale hasta los xii años para tejer; por encima de los xii años sirve para colchones, tabardos y cosas de este jaez. En este reino hay suma abundancia de un cuero buenísimo, que se curte y prepara de manera excelente.

Capítulo trigésimo sexto De los reinos de Chana, Cambaeth, Semenach y Resmacoron

Después se llega por mar al occidente a Chana, Cambaeth, Semenach y Resmacoron. Los nombres susodichos corresponden a reinos en los que se hacen grandísimos tratos. Cada uno tiene rey y lengua propia. En India la

Grande no hay más cosas que considere que haya de describir en mi libro. De ella no referí sino las tierras y reinos comarcanos al mar y algunas islas que se encuentran en aquel mar. * * * Si no, sería muy trabajoso y añadiría gran prolijidad a nuestro libro.

Capítulo trigésimo séptimo
Sobre dos islas, en una de las cuales habitan hombres sin mujeres y en la otra mujeres sin hombres

Más allá del reino de Resmacoron, a cincuenta millas en alta mar, se encuentran al mediodía dos islas, distantes entre sí unas xxx millas. En una moran hombres sin mujeres, y se llama en su lengua la isla Macho; en la otra, por el contrario, habitan mujeres sin hombres, y se denomina aquella isla Hembra. Los que residen en estas islas forman una comunidad y son cristianos. Las mujeres no van nunca a la isla de los hombres, pero los hombres van a la isla de las mujeres y viven con ellas durante tres meses seguidos. Habita cada uno en su casa con su esposa, y después retorna a la isla Macho, donde permanece el resto del año. Las mujeres tienen a sus hijos varones consigo hasta los xiv años, y después los envían a sus padres. Las hembras dan de comer a la prole y tienen cuidado de algunos frutos de la isla, mientras que los hombres se proveen de alimento a sí mismos, a sus hijos y a sus mujeres. Son excelentes pescadores y cogen infinitos peces, que venden frescos y secos a los negociantes; y obtienen grandes ganancias del pescado, y eso que reservan gran cantidad para sí. Se sustentan de leche, carne, pescado y arroz. En este mar hay gran abundancia de ámbar y se pescan en sus aguas muchos y grandes cetáceos. Los hombres de aquella isla no tienen rey, sino que reconocen como señor a su obispo, pues están sometidos al obispo de Scoiram, y tienen idioma propio.

Capítulo trigésimo octavo
De la isla de Scoiran

La isla de Scoiran se encuentra al mediodía, a cincuenta millas de navegación de las dos islas susodichas. Sus habitantes son cristianos y tienen arzobispo. En esta isla hay gran abundancia de ámbar y se confeccionan buenísimos y muy bellos paños de algodón. Se hacen allí muchos tratos y sobre todo de pescado. Se alimentan de carne, pescado, leche y arroz. Sus habitantes no tienen grano salvo arroz. Todos andan desnudos. A esta isla llevan muchos piratas lo que roban en el mar y lo venden todo allí; aquéllos compran de grado el botín, ya que ha sido arrebatado a idólatras y sarracenos y no a cristianos. En este lugar hay muchos encantadores entre los cristianos: si zarpa de la isla de Scoiram alguna nave que quieren hacer volver los nigromantes, aunque navegue a todo trapo y con viento favorable, hacen con su arte diabólica y con sus conjuros que se levante un viento contrario a la nao, de suerte que le es forzoso tornar atrás.

Capítulo trigésimo noveno De la isla de Madaigaster

Después de partir de Scoiran se encuentra, a mil millas al mediodía, la isla de Madaigaster, que es de las mayores y más ricas islas del mundo. Abarca su circunferencia cuatro mil millas. Sus habitantes son sarracenos y observan la ley del miserable Mahoma. No tienen rey, sino que se ha confiado el gobierno de toda la isla a cuatro ancianos. En ella hay más elefantes que los que se pueda encontrar en cualquier otra región de la tierra; incluso en el mundo entero no hay tanto tráfico de colmillos de elefante como allí y en la isla de Zanzíbar. Sus habitantes no comen carne que no sea de camello, ya que descubrieron que era más sana que las demás; en efecto, hay tan incontable multitud de camellos que parecería increíble por el pasmo que causa su número inaudito al que no lo haya visto con sus propios ojos. Abundan también los bosques de sándalos rojos, de los que crecen allí grandes árboles, con los que se hacen muchas negociaciones. Hay infinita cantidad de ámbar, ya que en el mar se pescan a menudo cachalotes y enormes cetáceos de los que se coge el ámbar. Hay leopardos, onzas y leones corpulentos a maravilla. Hay ciervos, gamos y cabras en gran número, y muchísima caza de animales y aves. Las aves de aquella región

son muy diferentes de las nuestras. Hay también pájaros de muchas clases, que no tenemos en absoluto en nuestro país. A este lugar acuden muchas naves por la contratación. En cambio a las otras islas que están más allá, al mediodía, hay poca afluencia de navíos salvo a la isla de Zanzíbar, a causa de la corriente velocísima del agua de mar; en efecto, las naves arriban allí rápidamente, pero vuelven con terrible dificultad; pues el mismo bajel que va en xx días desde el reino de Moabar hasta la isla de Madaigastar apenas puede regresar de Madaigastar a Moabar en tres meses, porque aquella impetuosa corriente del mar siempre corre a mediodía y nunca su flujo se desvía en otra dirección ni en sentido contrario.

Capítulo cuadragésimo **De las aves enormes que se llaman ruch**

En las islas aquellas, a las que las naves van muy a pesar suyo, según dije, por la rapidísima corriente de agua, aparece en determinada época del año una especie maravillosa de ave que se llama ruch. Se asemeja al águila en la forma de su cuerpo, pero es de enorme envergadura. Los que la han visto aseguran que las plumas de un ala miden xii pasos de longitud; la anchura de las plumas y de su cuerpo guarda la proporción debida a tan desmesurada longitud. Este ave tiene tanta fortaleza y valor que una de ellas, sin auxilio de otra, apresa un elefante y lo eleva a lo alto del aire, desde donde lo suelta para que se desplome y reviente; después se posa sobre su cadáver y devora su carne. Yo, Marco, cuando oí contar esto por primera vez, pensé que aquellas aves eran grifos, de los que se dice que en parte tienen figura de pájaro y en parte de bestias; pero los que las han visto afirman sin vacilar que en ningún miembro se asemejan a bestia alguna, sino que tienen sólo dos patas como las aves. El Gran Kan Cublay envió mensajeros a aquellas islas para que se pusiera en libertad a un embajador que estaba allí preso; además les encomendó que se informaran, para referírselas a su regreso, de las cualidades y cosas maravillosas de la región. Estos, a su vuelta, trajeron al cautivo que habían ido a buscar y, entre otras cosas que contaron de estas islas, dijeron que había jabalíes del tamaño de búfalos, así como jirafas y asnos salvajes en gran número y otros muchos animales que nosotros no tenemos en nuestra tierra.

Capítulo cuadragésimo primero De la isla de Zanzíbar

Se encuentra después la isla de Zanzíbar, que abarca en su circunferencia dos mil millas. Allí hay rey y lengua particular. Todos los habitantes de la isla son idólatras. Son también gruesos de talle, pero la altura de su cuerpo no guarda la proporción debida a su gordura; en efecto, si se extendiesen en altura como requeriría su grosor, sin duda parecerían gigantes. No obstante, son muy fuertes, pues uno de ellos lleva tanto peso como puedan cargar cuatro hombres de otra región; también uno de ellos engulle comida por cinco de otra región. Son negros y andan desnudos, pero tapan sus vergüenzas. Su cabello es tan apelmazado y crespo, que apenas puede desrizarse con agua. Tienen boca muy grande, nariz respingona hacia la frente, grandes orejas y ojos espantables. Sus mujeres son igualmente monstruosas: tienen boca grande, nariz chata, ojos saltones y las manos cuatro veces más gruesas que las mujeres de los demás pueblos. Se alimentan de carne, leche, arroz y dátiles. Carecen de viñas, pero

hacen un brebaje excelente como bebida ordinaria de arroz, azúcar, dátiles y otras especias. Se hacen allí muy grandes tratos, sobre todo de ámbar y colmillos de elefante, pues hay muchos elefantes y en el mar de aquella isla se pescan grandes cetáceos. Los hombres de esta tierra son muy fuertes y belicosos y no parece que se recaten de la muerte. No tienen caballos, pero van a la guerra con elefantes y camellos. Sobre los elefantes ponen torretas de madera de tan gran tamaño, que sobre una de estas torretas caben xvi o xx hombres armados; los que van en semejantes castillos pelean con lanzas, espadas y piedras; las torretas aquellas están cubiertas con un entramado de vigas. Así, pues, cuando se disponen a marchar a la guerra, primero dan a los elefantes aquel estupendo brebaje que prepara para sí el pueblo de la tierra, para que con semejante bebida cobren mayor fiereza. En esta isla abundan los leones, que son muy diferentes de los de las demás regiones. También hay leopardos y onzas en gran número. De la misma manera, todas las bestias de este lugar difieren de las bestias que existen en el resto del mundo. Hay carneros blancos que tienen la testuz negra, y así son cuantos se crían en la isla. Hay multitud de jirafas, que tienen el cuello de tres pasos de longitud; sus patas delanteras son largas, las traseras cortas; su cabeza es pequeña y su color manchado de blanco y rojo. * * * Las susodichas son animales mansos y no hacen daño a nadie.

Capítulo cuadragésimo segundo
De la multitud de islas de la India

Aunque he escrito muchas cosas de la India, no me he referido, sin embargo, sino a las islas más principales; aquellas que he pasado por alto están sometidas a las descritas. Es tan grande la multitud de las islas de la India, que ningún hombre viviente podría relatar sus cualidades. Según aseguran los marineros y los pilotos de aquellas regiones y según se sabe por la carta de marcar y la observación de los compases del mar de la India, hay en este mar islas en número de mcccclxxviii, contando en total todas las que, según dicen, están habitadas. Descritas, pues, de manera sumaria las islas principales y las regiones de India la Grande, que se extiende desde la provincia de Moabar hasta el reino de Resmacoron, y también de India la Chica, cuyos términos van desde el reino de Cimbal hasta el reino de Murfil.

Capítulo cuadragésimo tercero
Hablaré ahora de las principales regiones de la India o de la India mediana, que por nombre especial llaman Abascia.

Abascia es una región muy grande que se divide en siete reinos, donde gobiernan siete reyes de los cuales, el que se descuella sobre los demás, es cristiano; los otros seis se reparten en dos clases, pues tres de ellos son cristianos y los otros tres sarracenos. Los cristianos de esta provincia tienen en la frente una señal dorada a manera de cruz, que se les hierra cuando se bautizan. Los sarracenos llevan una señal pareja en la frente hasta la mitad de la nariz. Hay en aquella comarca muchos judíos, que están marcados y herrados con hierro rusiente en ambos carrillos. El rey principal habita en el interior de la tierra; los sarracenos viven en los confines de la región, hacia la provincia de Adén. En la provincia de Adén predicó Santo Tomás apóstol, donde convirtió muchos pueblos a Cristo; después pasó al reino de Moabar y tras la conversión de muchos fue coronado por el martirio; allí también descansa su cuerpo santísimo, como se ha dicho arriba. En esta región son buenos soldados, valientes y muy esforzados en las armas, y sostienen

guerra continuada con el Sultán de Adén, con los de Nubia y con otros infinitos pueblos asentados en sus confines.

Capítulo cuadragésimo cuarto

De un obispo cristiano, a quien el Sultán de Adén hizo circuncidar en befa de la religión cristiana y del rey de Abascia, y de la terrible venganza de este último

En el año del Señor de mcclxxxviii el rey más principal de esta provincia de Abascia quiso ir a Jerusalén a visitar el Sepulcro de nuestro Señor Jesucristo. Cuando anunció el propósito de su devoción a sus barones, todos le disuadieron de marchar allí él en persona, pues temían que le ocurriera en el camino alguna desgracia, dado que tenía que pasar por tierra de sarracenos infieles. Le aconsejaron, en consecuencia, que enviara a un venerable obispo de su reino al Santo Sepulcro, para llevar por medio de él las ofrendas de su devoción. Este, atendiendo a sus razones, dirigió allí al susodicho obispo con un solemne presente. Cuando a su retorno atravesaba la tierra del rey de Adén, cuyos habitantes son sarracenos y sienten odio exacerbado contra los cristianos, el soberano prendió al obispo, al oír que era cristiano y mensajero del rey de la provincia de Abascia. Al ser llevado el obispo a su presencia, profirió el monarca gravísimas amenazas contra él si no renegaba del nombre de Cristo y abrazaba la ley de Mahoma. El prelado, perseverando con firme ánimo en la fe del Señor, dijo que se ofrecía de grado a la muerte antes que abjurar de la fe y la caridad de Cristo. Entonces el Sultán de Adén ordenó circuncidarlo, en vilipendio de la fe cristiana y del monarca de Abascia, que era cristiano. Puesto en libertad el obispo, una vez retajado, llegó ante el rey de Abascia. Entonces el soberano, al saber cuanto le habían hecho, se hinchó de justa ira, y juntando gran copia de peones, jinetes y elefantes con torretas se dirigió en son de guerra contra las tierras del rey de Adén. El Sultán de Adén, que tenía en su compañía a dos reyes, salió a su encuentro con un gran ejército. Así entablaron combate, y después de morir muchos del ejército del rey de Adén quedó triunfador el monarca de Abascia, que tornó a proseguir su avance hacia el interior del reino de Adén. Los sarracenos, que intentaron en tres lugares cortarle el paso, fueron siempre derrotados por la hueste del rey de Abascia. Después

de la victoria, el monarca de Abascia permaneció en las tierras del rey de Adén un mes talando sin pausa la región. Acto seguido volvió con gran honra a su tierra, tras haber tomado cumplida venganza de la cruel fechoría del Sultán de Adén.

Capítulo cuadragésimo quinto **De la diversidad de las bestias de la provincia de Abascia**

El pueblo de Abascia se sustenta de carne, leche y arroz y usa aceite de ajonjolí. Hay allí muchas ciudades y villas. Se hacen innumerables tratos. Hay sobre todo bocarán excelente y paños de algodón en grandísima abundancia. Hay muchos elefantes, aunque no nacen allí, sino que los traen de otras regiones de la India. Se crían muchas jirafas, leones, leopardos y otros muchos animales, muy diferentes, sin embargo, de los nuestros. Hay allí asnos salvajes y aves de diversas especies, que no tenemos en nuestras tierras; hay gallinas muy hermosas; hay avestruces grandes como asnos; hay muchos y bellos papagayos o epymachi y monos de diversas maneras: gatos paulos y gatos maimones, que parecen totalmente tener figura humana.

Capítulo cuadragésimo sexto **De la provincia de Adén**

La provincia de Adén tiene un rey que llaman Sultán. Los habitantes de esta región son todos sarracenos y abrigan odio extremado contra los cristianos. Hay allí multitud de ciudades y aldeas. Hay un puerto excelente, al que arriban muchas naves de la India trayendo especias, y mercaderes, que compran las especias para llevarlas a Alejandría; durante una semana las transportan por el río; después las cargan en camellos y las llevan durante xxx jornadas en camellos, hasta que llegan al río de Alejandría donde, embarcándolas de nuevo en otras naves, las conducen hasta Alejandría. Este es

el camino más fácil y más corto que pueden tomar los mercaderes que traen mercancías y especias desde la India a Alejandría, y por esa ruta los comerciantes llevan caballos a la India. El monarca de Adén lleva tan grandes derechos de las mercaderías que atraviesan su territorio que, a causa de sus rentas innumerables, es uno de los más ricos reyes que haya en el mundo. Cuando el Sultán de Babilonia sitió Achon y la hostigaba en el año del Señor de mclxx, el Sultán de Adén le envió en su ayuda xxx mil jinetes y cccc mil camellos; y no obró así porque tuviese tamaño afecto al Sultán de Babilonia, sino sólo porque aborrecía con odio vivísimo a los cristianos. A xl millas de pasar el puerto de Adén se encuentra en la misma región una ciudad enorme llamada Escier, que está situada al septentrión del reino, y tiene bajo su poder muchas ciudades y aldeas; está sometida al dominio del rey de Adén. Junto a esta ciudad se halla un puerto excelente. Todos los habitantes de la tierra son sarracenos. Desde este puerto llevan los comerciantes tan innumerable cantidad de caballos a la India, que apenas puede darse crédito a los que la cuentan. En esta comarca hay gran abundancia de incienso blanco y buenísimo, que destilan gota a gota pequeños árboles parecidos a abetos. Los habitantes de esta región hacen en ellos frecuentes cortes, y sajan la corteza del árbol, y de aquellas incisiones se escurren por la corteza gotas de incienso. Incluso sin semejantes cortes se obtiene igualmente mucho líquido de ellos a causa del tremendo calor de la tierra; después se endurece. Hay también muchas palmeras que dan en abundancia excelentes dátiles. No nace allí ningún grano sino arroz, y aun éste crece poco, por lo que es necesario que se traiga grano de otras regiones. Hay peces en gran número y muy sabrosos, que en romance llamamos «toninas». Carecen de viñas, pero hacen un vino buenísimo de dátiles, arroz y azúcar. En esta región se crían carneros de corta estatura que carecen de orejas en absoluto ni muestran forma alguna en su lugar, sino que, donde los demás animales tienen orejas, allí tienen ellos dos cuernos pequeños. Los animales de la región, es decir, los caballos, ovejas, bueyes y camellos están acostumbrados a sustentarse de pescado, y ése es su alimento común y cotidiano; en efecto, como la tierra aquella es árida sobremanera a causa del calor, no germina hierbas ni grano, por lo que dan a los animales pescado como pienso. Durante tres meses se hace maravillosa pesquería: en marzo, abril y mayo, de suerte que causa grandísimo pasmo la captura de ese sinfín de peces, que secan y conservan durante todo el año y los dan a los animales; éstos comen tanto el pescado fresco como el seco, aunque están más habituados al seco. Los habitantes de esta región hacen bizcocho de pescado, pues despiezan los peces grandes y los pedazos menudos los hu-

medecen, mezclan y amasan, tal como se hace con la harina cuando se elabora pan de la pasta del grano; después secan al sol aquella mojama, que se conserva muy bien durante el año.

Capítulo cuadragésimo séptimo **De otra región en la que habitan los tártaros en la zona del aquilón**

Terminado cuanto decidí narrar acerca de la India y algunas comarcas de Etiopía, ahora, antes de poner fin a este libro, volvamos a unas regiones excelentes que se extienden en las partes extremas del aquilón, de las que había dejado de hablar en su momento en los libros anteriores por mor de brevedad. En unas tierras situadas en los confines del aquilón, más allá del polo ártico, habitan muchos tártaros sometidos a un soberano que desciende del linaje del Gran Kan. Estos conservan las ceremonias y costumbres de sus antiguos antepasados, que son los verdaderos y auténticos tártaros. Todos son idólatras y adoran a un único dios, que se llama Nezangaim y que piensan que tiene poder sobre la tierra y todas las cosas que nacen en ella; y por eso lo denominan dios de la tierra. A este falso dios le hacen ídolos e imágenes de fieltro, como se ha dicho arriba de los otros tártaros. Este pueblo no habita ni en aldeas ni en villas ni en ciudades, sino en los montes y en las campiñas de la región. De estos tártaros existe una inmensa muchedumbre. No tienen grano en absoluto, sino que se nutren de carne y de leche. Viven en grandísima paz, ya que su rey, a quien todos obedecen, los mantiene en calma. Poseen gran número de camellos, caballos, bueyes, ovejas y otros diversos animales. Hay allí osos blancos y negros por completo, de muy gran longitud, por lo general de xx: palmos. Hay zorras, negras y muy grandes. Hay asnos salvajes en gran cantidad. Hay también animales pequeños de nombre rondes, que tienen una piel suavísima en extremo; estas pieles se llaman cibelinas, sobre las que se ha dicho arriba en el capítulo xx del libro segundo. Hay asimismo veros en grandísima abundancia, cuyas pieles son finas en grado sumo. Hay otros animales muy grandes para su especie que se llaman «ratas del Faraón», que capturan en el tiempo del verano en tan gran cantidad, que apenas se sirven de otra carne como comida en aquella estación. Hay, en fin, gran abundancia de

toda suerte de alimañas salvajes, ya que aquella región es sobremanera bravía.

Capítulo cuadragésimo octavo
De otra región a la que es difícil el paso y acceso a causa del barro
y la nieve

En las regiones de la tierra susodicha bajo el dominio del rey antes mencionado se extiende otra zona montañosa, habitada por hombres que cazan animales pequeños que tienen pieles muy finas, como los rondes de los que se ha hablado arriba. Hay allí en cantidad innumerable armiños, ardillas, veros, zorras negras y otros animales semejantes, de todos los cuales se ha dicho antes. Los moradores de las susodichas montañas saben cazar los con tanta maña e ingenio, que pocos son los que logran escapar de sus manos. Los caballos, bueyes, asnos y demás animales pesados no pueden ir a esos lugares porque la región tiene en la planicie lagos y fuentes y a causa del enorme frío de la zona los lagos están siempre revestidos de hielo, de suerte que no pueden pasar allí las naves; tampoco ese hielo tiene tanta consistencia como para poder soportar carros pesados o animales de peso. Toda la planicie no cubierta por las lagunas está tan embarrada, a causa del agua que brota de un sinfín de manantiales, que no tienen por allí paso ni los carros ni los animales pesados. Se extiende esta comarca a lo largo de trece jornadas. Como hay en ella tan gran abundancia de pieles preciosas, de las que se obtienen muy pingües ganancias, los hombres de aquella región han encontrado el siguiente medio para que los mercaderes de otras partes puedan tener acceso hasta ellos. En el comienzo de cada una de las xiii jornadas a lo largo de las que, como se ha dicho, se extiende la región, hay una pequeña aldea con varias casas en las que habitan unos hombres que acompañan y acogen a los mercaderes. En cada aldea se guardan perros grandes como asnos en un número de cuarenta. Estos canes están acostumbrados y adiestrados a arrastrar trineos, que en romance se llaman en Italia «tragie». Es el trineo un vehículo sin ruedas del que se sirven entre nosotros los habitantes de las montañas. A un trineo atan seis perros en el orden conveniente. Sobre su superficie se tienden pieles de oso, en las que se sientan los dos en trato, el que va por pieles y el conductor que guía los per-

ros y conoce el camino al dedillo. Como aquel vehículo es de una madera muy liviana y por debajo está plano y pulido y dado que los perros son fuertes y hechos a estos menesteres y que tampoco se cargan grandes pesos en el vehículo, los perros aquellos lo arrastran por el barro con toda facilidad y el trineo no se hunde mucho en el fango durante el trayecto. Cuando se llega a la aldea que está al cabo de la jornada, los mercaderes toman entonces otro conductor para el día siguiente, ya que los perros no podrían aguantar aquel esfuerzo durante xiii jornadas seguidas. Por tanto, el primer guía regresa con su trailla a su morada, mientras que el comerciante cambia en todas las jornadas de perros, de vehículo y de conductor. Así, pues, llega a las montañas para comprar las pieles, y del modo susodicho regresa a su patria a través de la llanura. En aquellas regiones se obtienen muy grandes ganancias de aquellas pieles.

Capítulo cuadragésimo nono De la región de las Tinieblas

En la tierra limítrofe al reino de los tártaros, del que acabamos de hacer mención, hay otra región en las últimas poblaciones del septentrión, que se llama Oscuridad, ya que, al no brillar allí el sol durante la mayor parte del año, el aire es oscuro a manera de crepúsculo. Los habitantes de aquella región son hermosos, grandes y corpulentos, pero muy pálidos. No tienen ni rey ni príncipe a cuyo dominio estén sometidos, sino que son hombres de costumbres salvajes, que viven bestialmente. Los tártaros comarcanos a ellos a menudo invaden la región y saquean sus animales y sus bienes, infiriéndoles muchos daños. Y ya que, a causa de la lobregura del aire, no sabrían después regresar a su morada, cabalgan en yeguas que tienen potros y hacen que unos yegüerizos retengan los potros a la entrada de la comarca; y cuando, cogido el botín en las tinieblas, quieren volver a la región de la luz, sueltan las riendas a las yeguas y les dejan ir libremente adonde quieran; las yeguas, ansiando ver sus crías, retornan al paraje donde las habían dejado, trayendo de vuelta a sus jinetes al lugar adonde ellos no hubieran sabido regresar. Los habitantes de esta región cazan en gran abundancia armiños, veros, ardillas y otros animales semejantes, que tienen pieles finas, y llevan

las pieles a las tierras de la luz limítrofes, donde obtienen con ellas grandes ganancias.

Capítulo quincuagésimo
De la provincia de los Rutenos

La enorme provincia de los Rutenos está situada hacia el polo ártico. Los pueblos de esta tierra son cristianos y observan en los oficios eclesiásticos el rito griego. Todos son blancos y hermosos, con cabellos muy rubios. Son tributarios del rey de los tártaros, con los que lindan al oriente. Hay allí infinita abundancia de pieles de armiño, martas cibelinas, zorras, ardillas y veros. Hay muchas minas de plata, pero la comarca es fría sobremanera; se extiende hasta el mar Océano. En aquel mar hay algunas islas en las que nacen y se capturan gerifaltes y herodii o halcones peregrinos en gran cantidad, que son llevados después a diversas regiones y provincias.

Acaba el libro de micer Marco de Venecia. A Dios gracias.